# *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*

## *Hitler como precursor*

CARL AMERY

TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



**COLECCIÓN NOEMA**

# *Auschwitz,*

CARL AMERY

TRADUCCIÓN DE CRISTINA GARCÍA OHLRICH

# *¿comienza el siglo XXI?*

*Hitler como precursor*

**TURNER**
**FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**

Primera edición en castellano, octubre de 2002
Primera edición en alemán, Luchterhand, 1998
Título original: *Hitler als Vorläufer: Auschwitz-der Beginn des 21. Jahrhunderts?*





Diseño de la colección: Enric Satué

Turner Publicaciones
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227
14200 México, D.F.

ISBN España: 84-7506-528-7
ISBN México: 968-16-6643-7
Depósito legal: M-38.877-2002
*Printed in Spain*

ÍNDICE

# I
# DRÁCULA EN EL SÓTANO
## O EL GRAN DESCONCIERTO

En Auschwitz y en otros campos de exterminio, Hitler asesinó e incineró a millones de judíos, gitanos y a otras elites extranjeras. Éste fue sin duda el genocidio masivo mejor organizado y más frío de la historia.

Alexandre Kojève, gran filósofo y maestro de insignes intelectuales franceses, se ha negado a reconocer que Auschwitz fue un "acontecimiento histórico".

Kojève es sincero y consecuente al hacerlo. El hegeliano expresa lo que creen y sienten con mayor o menor sinceridad y coherencia prácticamente la totalidad de los que han participado en el debate sobre la historia moderna: el Tercer Reich, el fenómeno Hitler, o como quiera denominarse, no encaja en los esquemas explicativos con cuya ayuda han interpretado e interpretan actualmente nuestro camino por la historia (al menos la europea) los historiadores y los filósofos de la historia.

### *La contradicción*

Hitler no encaja, eso es. Hitler se cae de los esquemas elaborados hasta la fecha. Los intentos de acercamiento a su persona y a su mundo son muchos, pero no parece encajar en el universo de la autoconciencia euroatlántica, tal y como la formaron nuestros maestros.

¿Cómo se conforma esta conciencia? Está hecha de nuestra experiencia histórica y del modo en que la concebimos.

La concebimos, sea cual sea nuestra posición, a partir de la fórmula "hacia la luz a través de la noche". El Renacimiento y el Humanismo ponen fin al oscuro medioevo; las *lumières*, es decir, los espíritus libres, prenden la antorcha de la Ilustración en el campo teológico filosófico, político y social; comienza la despedida de una minoría de edad lastrada por el sentimiento de culpa frente a uno mismo y los otros. Conocimientos cada vez mayores nos proporcionan un control cada vez más amplio de nuestro destino, cuyas caricias o golpes ya no queremos aceptar como un *Act of God*, como una fuerza mayor. Crece el bienestar, las maneras se depuran, los espacios vitales se amplían, así como también las posibilidades de movimiento en estos espacios. La emancipación cobra impulso y con ella la libertad política. Ésta atrae a la justicia, que finalmente también exige y obtiene el Cuarto Estado. Irrumpen diversos procesos de diferenciación de la conciencia y de los sentimientos, y con ellos aumenta la empatía, a saber, la capacidad de comprender la existencia del otro, del vecino.

Sin duda, también surgen corrientes contrarias en las márgenes, se producen remolinos y turbulencias, retrocesos locales y temporales, pasajes por túneles sombríos, misteriosos. Pero de lo que se trata en último término es de la corriente principal: ésta determina el discurrir de la historia.

El Tercer Reich está en abierta contradicción con todo ello: constituye una crasa negación de la racionalidad o de la interpretabilidad del propio proceso histórico. Pues si (en su completa inadmisibilidad) muestra algún tipo de lógica, no es sino por su quiebra tras escasos doce años, una quiebra en la que se manifiesta su carácter históricamente impredecible. Su final es su refu-

tación, y con ello un hecho que permite de nuevo su admisión en el esquema interpretativo al uso.

### *La catástrofe natural Hitler*

Y así, sólo queda una interpretación posible: Hitler y el hitlerismo no constituyen un acontecimiento histórico, sino un fenómeno natural, similar a la erupción de un volcán o un aluvión; un meteorito que cae en medio de Europa, que arrasa medio continente, llevándose consigo a casi todos sus judíos y a muchos millones más, que convierte en cenizas palacios, catedrales, fábricas y viviendas. El incendio se apaga de un modo tan absurdo como absurdo fue su inicio. (Resulta significativo que ni el horror bolchevique ni el resto de los fascismos europeos provocan semejante maniobra de evasión hacia los fenómenos naturales.)

Esta interpretación alivia, alivia de un modo indecible: pues por muy agudamente que desentrañemos los detalles de la historia del Tercer Reich, por muy concienzudo que sea nuestro análisis de las relaciones, orígenes y condicionantes de sus intérpretes, todo ello no nos dice nada concreto ni sobre nosotros ni sobre nuestra evolución. Al analista o al historiador sólo le importará entonces la "elaboración racional del pasado" (Hans Mommsen). Todos, todos están de acuerdo en este punto, ya sean de izquierdas o de derechas, motivados por una pasión judía o por un vago deseo de descargar el instinto patrio alemán. Sea como fuere, la catástrofe ha pasado y vemos aflorar vida nueva en los retoños del proceso histórico.

### *Y los medios de comunicación le siguen la corriente*

Esta reacción de descarga y de evasión se corresponde con el tratamiento que dan los medios de comunicación a estos doce

años, tratamiento que en no pocas ocasiones roza lo ridículo. Caras, atuendos y *atrezzo* se conjuran y se alían aquí para crear una imagen, o imágenes, que resultan quiméricas, surrealistas, y a veces hasta grotescas. Desde la demonología de los ángeles de la muerte de las SS y los negros morros de los Daimler, desde el frío lujo de los palacios de cristal del Día del Partido, hasta la demente pantomima chapliana del dictador, pasando por las gruesas mejillas funcionariales y los ojos de cerdo con bombachos marrones, todo colabora a tensar el arco estético; y bajo él, desde la banalización de las series televisivas nos han presentado y siguen presentándonos toda clase de fantoches prusianos con monóculo y gordos soldados bávaros, todos tan fieles a la realidad y a nuestra actualidad como el tío Gilito.

### *Quedo espanto en el palacio de Drácula*

Sin duda, casi todos sienten que no fue eso, que no pudo ser eso, sienten que hay fibras nerviosas vivas y dolorosas que nos ligan a ese tiempo perdido. Y desde luego, también lo sienten los historiadores que husmean por el palacio de Drácula del Tercer Reich.

Mientras toquetean y clasifican su *atrezzo* carcomido por la polilla, sus oscuras cámaras de tortura, los retratos en sepia del álbum de fotos de los asesinos, sienten que no es posible aprehender así al amo del castillo.

Sienten que, como es propio de su naturaleza, Drácula sigue escondido en algún rincón del sótano más profundo, bajo una gruesa capa de escombros, pero sin la estaca en el corazón que garantizaría su muerte y que impediría definitivamente su regreso.

¿A qué se debe esta sorda certeza? Resulta forzosamente de la propia imposibilidad de hacer desaparecer a Hitler de una historia en la que pervive con monstruosa y gigantesca presencia. Y es que fue un acontecimiento, y un acontecimiento del que todos sabemos con certeza que sigue afectándonos.

## *El imposible "punto final"*

Diariamente constatamos una y otra vez que es imposible. Hasta hoy, cada intento de poner el conocido "punto final" ha desembocado en un nuevo estallido del candente debate. Incluso si todos los participantes estuvieran de acuerdo (o al menos lo fingieran), como en la reciente controversia Goldhagen, en que todo había concluido, en que el antisemitismo, el delirio de grandeza nacional y el sentimiento antidemocrático de la época de Weimar pertenecían al pasado, y con ello las condiciones de una posible recaída. Ya sólo las disonancias de la discusión y la música de fondo que ponen los medios de comunicación muestran que se están reprimiendo miedos decisivos y tan presentes hoy como ayer.

De estos síntomas, es decir, de la altísima temperatura que alcanza el debate público, hay que deducir que el espectro enterrado bajo los escombros sólo está aparentemente muerto y que sin duda puede empezar a bullir de nuevo.

## *Necesitamos otro punto de partida*

Para utilizar los términos de Gregory Bateson: el mapa no es el territorio. Y si, a pesar de un conocimiento exhaustivo del mapa,

uno se pierde en el territorio, seguramente ello no debe achacarse al territorio, sino al mapa que uno se hace.

Por ello, hay que preguntarse si no será culpa de los modelos historiográficos de Kojève y compañía que no consigamos encasillar a Hitler.

Hay que preguntarse si se está obviando o reprimiendo una dimensión de su terrible realidad que anularía radicalmente los modelos de explicación heredados. Tales preguntas son siempre dolorosas, pero en primer lugar nos evitan la cobarde capitulación ante un "fenómeno natural", restaurando con ello la dignidad de nuestra racionalidad y, segundo, pueden ayudarnos a determinar ciertas condiciones que harían posible el resurgir de Drácula para hacerlas menos probables.

Será esta dimensión la que a continuación se expondrá y comentará.

*De todo ello resulta*

- Que el Tercer Reich formaba parte de una tendencia evolutiva que surge como muy tarde con la secularización, la industrialización y el auge del "factor productivo ciencia".
- Que al hilo de esta tendencia aparece un nuevo interrogante que no se debatió hasta el siglo XX como *predicament of mankind*, como "dilema de la humanidad", y que en el siglo XXI se convertirá en una cuestión existencial irrefutablemente concreta: la cuestión de las condiciones que requiere la continuidad de nuestra especie en un planeta limitado.
- Que Hitler intentó anticiparse a este interrogante y que trató de darle respuesta a través de un programa asesino que ejecutaría un pueblo superior y que pretendía apoyarse en un "rei-

no de mil años", es decir, en un lapso marcado no por la historia humana sino por el devenir natural.

- Que, además, mediante la aniquilación de la cultura judeocristiana y sus derivados seculares trató de dar a este programa la necesaria sanción social.
- Que, por una parte, este programa prometía al pueblo superior poder y bienestar a través de una agresión permanente, al tiempo que contrarrestaba la limitación de los recursos del planeta mediante el correspondiente sometimiento y diezmo de los pueblos esclavos.
- Que esta tétrica lógica aportó mucho a la capacidad de imposición de las ideas nazis, puesto que desde hacía generaciones la crítica de la civilización de los alemanes (y no sólo ésta) había pasado de esgrimir argumentos y estados de ánimo romántico conservadores a posturas propias del biologismo y del socialdarwinismo, o al menos se vio reforzada por éstos.
- Que sería una ingenuidad imperdonable presuponer que las próximas décadas y generaciones no pudieran revivir dicho programa, purgado de su craso diletantismo y revestido de un brillo y vocabulario científicos.

*Hitler como precursor*

Ésta es por lo tanto la muy realista pesadilla que, dado el peligro de una pérdida total de la civilización, ha de ser pensada para poder diluirla. Ésta es la Medusa a la que debemos mirar de frente sin quedar petrificados.

Es el temor de tal petrificación el que hallamos tras la negativa de los historiadores a debatir siquiera la persistencia del programa de Hitler. Pero en cuanto se incluye este aspecto, esta

dimensión claramente perceptible para una mirada valiente, queda anulada de inmediato la nulidad, el carácter opuesto a todo sentido y a toda historia del Tercer Reich y de la Shoah.

Entonces nos encontramos forzosamente ante la idea de que la ideología hitleriana oculta una oferta de elementos de futuro al que no se atreve a enfrentarse ni el debate historiográfico actual ni los estamentos políticos de nuestro presente.

Y no se trata de la corriente y superficial advertencia ante el neonazismo. Sin duda, constituye un deber constante de la sociedad permanecer alerta ante cualquier tipo de barbarie. Pero de lo que se trata en este ESCRITO DE COMBATE es en primer término de una alerta mucho más fundamental que la que se refiere a esos rasurados cerveceros con botas de paracaidista, de una cuestión de principios.

Y ésta puede formularse así: ¿acaso arroja Adolf Hitler, o, más bien, acaso arroja el gran plan de Hitler, desarrollado entre 1920 y los terribles acontecimientos ocurridos entre la guerra oriental y la Shoah, sombras de futuras posibilidades? En otras palabras: *¿fue Hitler un precursor?*

De nosotros depende que pueda ser así, de las decisiones que la humanidad hace tiempo debería haber tomado. Las posibilidades de que así sea no son pequeñas. Y se acrecientan en la medida en que queramos darle la espalda a este peligro.

# II
# EL PROGRAMA Y SU CUMPLIMIENTO
## O LO QUE NO ES TAN IMPORTANTE

Debemos averiguar lo siguiente: ¿aparece la cuestión de la especie en la imagen hitleriana del mundo? ¿Cómo la aborda Hitler? ¿Qué solución consideró? Y ¿cómo se concretaron sus planes en los doce años que duró el Tercer Reich?

Esta investigación indaga partiendo y desembocando en dos ejes temporales: las ideas del programa original de Hitler, tal como se plasmó en *Mi lucha*, y su materialización completa o parcial en el "Plan General Este".

Ello nos evita la necesidad de extendernos sobre una serie de cuestiones reales o aparentes que siguen ocupando con la mayor vehemencia el actual debate historiográfico.

### *"Intencionalismo" versus "funcionalismo"*

Tenemos por ejemplo el debate entre "intencionalistas" y "funcionalistas", es decir, el debate entre una escuela que afirma que toda la maquinaria del Tercer Reich avanzó (sobre todo durante la guerra) hacia la gran aniquilación sin la colaboración esencial de Hitler, y otra, la de los intencionalistas, que afirma que Hitler impulsó expresa e intencionalmente estas prácticas de aniquilación.

Nuestro método no necesita hacer hincapié en ninguna de las dos versiones, pues ninguna lo rebate. De lo que se trata es de

la propia lógica del programa, que desembocó (ya se ocupara Hitler o no durante un par de años con otros problemas de índole interna, o sociopolíticos, con su patológico afán constructor, o con las intrigas de sus acólitos) en la realidad de la Shoah y el gran exterminio de los eslavos.

## *El carácter demoníaco de Hitler*

También dejaremos en un segundo plano la cuestión del carisma personal de Hitler o, por expresarlo en términos negativos, de su carácter demoníaco.

Sin duda, su biografía y su carácter albergan indicios del surgimiento de su negra metafísica y su particular potencia de irradiación. Es innegable que esta metafísica, que esta irradiación, fueron "únicas" en un sentido maligno. Esto no significa sin embargo que se correspondiesen con el espíritu de la época, al contrario. Debemos acostumbrarnos a dejar de ver en la lista de los ancestros históricos de Hitler únicamente a "reaccionarios" específicamente alemanes (de los cuales hay unos pocos), sino un cúmulo de teorías y prácticas "modernas" que fueron tanto más potentes cuanto más se centró nuestra conciencia en los factores productivos que son la ciencia y la técnica. (¿Acaso no fue la brutal "modernidad" del hitlerismo lo que lo distinguía claramente de otros fascismos vecinos?)

## *"Izquierda" o "derecha"*

Tampoco debe preocuparnos si hay que ubicar la programática de Hitler a la "izquierda", o más bien a la "derecha", en sus sen-

tidos tradicionales. Naturalmente, Hitler era enemigo de todo lo que puede compendiarse bajo el año 1789 –y con ello está a la derecha de todo lo democrático que pudiera encontrarse en el panorama político–. Pero su *Weltanschauung* y sus propuestas para la redención (o aniquilación) de los impíos, tal y como él los ve, se nutren de un afán de transformación y derrocamiento que supera con mucho a todos los enemigos de lo establecido. Que no lo quisieran ver los envarados conservadores de la enseña monárquica, que creyeran sinceramente poder "enmarcar" a Hitler en la urna de los notables, tiene mucho que ver con el hecho de que ya conocían semejante palabrerío (y griterío) de la época del Kaiser, y que lo consideraran mera bambolla de un demagogo plebeyo, pero útil. Semejante ignorancia la pagó la estúpida y altiva reacción del Gabinete de enero de 1933 con la pérdida total de sus atribuciones. Sería poco propio considerar que fue un suceso trágico: los participantes fueron torpes y carecieron de toda grandeza.

## *Tomar la palabra a Hitler*

El método que nos parece más útil es el sencillo pero difícil intento de tomar a Hitler tan literalmente como sea posible.

Esto parece de hecho extraordinariamente complicado. En todos los análisis y biografías accesibles ocurre exactamente aquello que practicaron (para su posterior desgracia) sus coetáneos: no se lo entiende literalmente, sino que se relativizan sus programas, sus declaraciones de intenciones, acercándolos a lo que se consideraba el marco conceptual de la época, precisamente el marco que Hitler aprovechó y que finalmente destruyó hasta en sus últimos cimientos.

Tenemos que advertir al lector: nos tendremos que ocupar de su escrito programático, del libro *Mi lucha.* El libro se lee muy mal, está plagado de imágenes torcidas, de despropósitos burocráticos; de él emana, como observa con razón el biógrafo Fest, un hedor mohoso de estrechez espiritual y caracteriológica. Tal era exactamente el propósito de la obra en su intencionada oscilación entre proclamas llenas de odio y pretenciosas rememoraciones de juveniles francachelas, que la hace totalmente insufrible. Pero esto no va a arredrarnos tratándose de establecer una perspectiva justa.

Se trata en cierto sentido de intentar dar un giro copernicano. Se trata de orientar el meteorito hecho de consignas que pulula por el libro y convertirlo en el sol central en torno del cual gira el resto en órbitas más o menos caóticas. La piedra de toque de la fiabilidad de nuestra perspectiva será la pregunta: ¿puede iluminar ese sol central los terribles acontecimientos que jalonaron el período que va de 1941 a 1945? Y, para ser aún más precisos: ¿está en condiciones de sacar en particular a la Shoah de las brumas de la falta de significado histórico?

En todo ello, se trata en primer lugar de considerar esas ideas, marcos conceptuales y materiales que Hitler entresacó del *Zeitgeist*, espíritu de la época del que sin duda fue hijo.

# III
# EL OSCURO SIGLO XIX
## O LA VICTORIA DE LA ILUSTRACIÓN POPULAR

Las ediciones de *Mi lucha* fueron ingentes. El libro se usaba en la admisión a las distintas organizaciones del movimiento nazi, en bodas, ascensos y en toda clase de ocasiones. Al parecer, nadie lo ha leído, y la mayor parte de las personas que afirman que sí ni siquiera mienten. No es una lectura fácil; como ya se ha dicho, está muy mal escrito, y donde no fanfarronea es alambicado y pomposo; la fijación de Hitler con sus recuerdos de tinte austríaco popular, a los que dedica capítulos enteros, exigía del lector alemán ya entonces, en 1925, unos conocimientos históricos nada desdeñables.

Pero quizá haya otro motivo para esta negativa en la recepción. Y es que el lector de 1925 no encontró en el libro prácticamente nada que no estuviera ya, digamos, en el aire. Apenas habría podido distinguir si aquello que le había quedado en la cabeza tras la lectura del libro no hubiera sido depositado allí previamente por otros medios (periódicos, pasquines, libros escolares, folletos de formación del espíritu popular, etc.). Lo que hoy nos deja helados, o nos mueve a risa, en determinados pasajes era entonces moneda corriente en las tertulias de cafés y cervecerías.

### *La calderilla de los eslóganes ideológicos*

En los años veinte del siglo, ni los eslóganes de la derecha ni los de la izquierda presentaban un envoltorio tan lleno de san-

gre y veneno como el que más tarde les inyectó el leninismo-estalinismo y el fascismo real. La República de Consejos de Munich de 1919 poco tenía que ver con el mundo soviético del otro lado; la expresión "Tercer Reich" aún no evocaba necesariamente en 1920 un constructo fascista, sino que sus heraldos, como Moeller van den Bruck, la asociaban más bien a un uso lingüístico medieval de Joaquin de Fiori, quien predicaba, tras el imperio del Reino del Padre (el Antiguo Testamento) y del Hijo (el Nuevo Testamento), el advenimiento de un nuevo y tercer reino, el del Espíritu Santo.

El antisemitismo era moneda corriente. Abarcaba desde la ambigüedad de los chistes sobre judíos de mayor o menor gusto, hasta canciones y consignas asesinas; pero esas cosas (*à mort les juifs!*) ya se conocían desde el caso Dreyfus en Francia, y los pogromos de Bialystok o de Odessa se habían producido (o así al menos pensaban los coetáneos civilizados) en una región oscura y a fin de cuentas medieval. Sin duda, en Austro-Hungría el antisemitismo era más acusado, sin duda, en Munich-Schwabing residía el ideólogo en jefe Ludwig Klages, cuyas ideas claramente visionarias sobre la desastrosa situación del mundo desembocaron en una absurda demonización del espíritu judío.

Y en la universidad de Munich había una cátedra de Geopolítica, una ciencia que aspiraba a explicar las posibilidades y procesos políticos a partir de las condiciones territoriales y de sus recursos, y que de ello derivaba una especie de teoría natural de los conflictos. Su titular, el catedrático Karl Haushofer, había desarrollado las ideas de ciertas eminencias inglesas y llegó a forjarse una reputación internacional tras afilar sus propias herramientas científicas mediante análisis geopolíticos sobre Japón. Pero sería un error tacharlo de nazi. (De uno de sus discípulos trataremos más tarde.)

Más decisivo que todos estos detalles de Europa central (y de más calado para la comprensión de la metafísica hitleriana) es el desarrollo de la ilustración popular a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

## *Avanza el darwinismo social*

El particular itinerario alemán a través del Romanticismo, del ensalzamiento de lo ario, la religiosidad panteísta, la exagerada reacción ante la Revolución Francesa, que quiso adornarse de un popurrí de ideas "populares", es un factor al que a menudo quiere responsabilizarse del ascenso del nazismo, y es difícil dudar de que estos elementos aportaron mucha química al nazismo. Pero no sólo la lectura de *Mi lucha*, sino también una mirada desprejuiciada al rostro completo del nazismo, nos revela un rasgo aún más llamativo: un darwinismo social brutalmente materialista.

Muchos se han roto la cabeza tratando de saber cómo pudo ser precisamente el pueblo más culto y alfabetizado de Europa el que creara algo como el nazismo. La respuesta es sencilla: es precisamente la alfabetización de las masas alemanas, y son precisamente las circunstancias en las que se produce esta alfabetización, las que explican su surgimiento.

La ilustración de las masas alemanas, en particular del movimiento obrero, pero también de los perdedores de la modernización, frustrados y semicultos, tenía una orientación materialista y atea. En un gran número de asociaciones culturales, asiduamente visitadas (la sed de conocimientos de los subprivilegiados y la energía que invertían en su adquisición eran enormes), se impuso la fuerza espiritual decisiva del siglo XIX, el materialismo, y su plasmación más importante fue el darwinismo.

*Fuerza y materia, la solución de los enigmas universales*

Esto ocurrió en gran medida en el marco de la ciencia popular. A menudo se escucha la queja de que Alemania apenas está en condiciones de producir autores expertos que se adecuen al público. Sin embargo, el siglo XIX dio a luz a dos talentos de este tipo, que escribieron eficaces escritos muy leídos: Ludwig Büchner, hermano del dramaturgo Georg, de quien en 1855 se edita *Kraft und Stoff* (Fuerza y materia); y Ernst Heinrich Haeckel, que publica en 1899 *Die Welträtsel* (Los enigmas del mundo). Estas obras se convirtieron en los escritos fundamentales de la ilustración popular en Alemania durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Büchner era un materialista ateo, Haeckel el agresivo propagador no sólo del darwinismo estrictamente científico, sino también de un darwinismo social que él interpretaba sin empacho en el sentido del capitalismo dominante. Un movimiento obrero de orientación marxista podía desde luego aprovechar el darwinismo, siempre que extrajera las consecuencias opuestas, es decir, siempre que creyera superar a Haeckel dando un paso más y situándose en el devenir histórico materialista.

Es importante saber que este materialismo ateo tuvo en Alemania más éxito que en Inglaterra, pongamos por caso, o en América. Las relaciones tanto de la emergente burguesía liberal como de la clase trabajadora con las Iglesias (con la católica, que seguía marcada por una estructura jerárquica, pero mucho más aún con un luteranismo estatal y fiel a la autoridad) pasaron de una desconfianza cada vez mayor a una enemistad real y favorecieron el avance de un ateísmo militante, mientras que los protestantismos anglosajones permanecían más enraizados en la base de la sociedad, conservando un matiz más "popular" (basta pensar en el metodismo).

Y así ocurrió que el darwinismo llegó a imponerse allí con más celeridad y mayor calado que en las culturas anglosajonas.

(Esto es así incluso en nuestros días: que asociaciones locales de padres insistan, incluso en regiones conservadoras, en que se incorpore en régimen de igualdad el "creacionismo", es decir, la interpretación literal de la doctrina de la creación bíblica, en los cursos de ciencias de la enseñanza primaria y secundaria, es algo impensable en Europa, mientras que sigue ocurriendo en los Estados Unidos.)

*Imperialismo y chovinismo*

Esto no significa que el darwinismo y su variante social común se limitasen a Alemania o a Europa central; más bien ocurre que la atmósfera en sí que respiraba la humanidad llamada progresista estaba impregnada de imperialismo, ansia de poder y racismo explícito. Y allí florecieron teorías territoriales y de flotas, el *sea power* se convirtió en un lema internacional al que no sólo sucumbieron las tradicionales potencias navales, sino que también lo honró el Kaiser alemán Guillermo II (con consecuencias catastróficas). Los Estados Unidos de Norteamérica proclamaron su *Manifest Destiny*; y éste no sólo entrañaba ya la expansión hasta el Pacífico y la desmembración de México, sino la expansión intercontinental hacia España a través del Pacífico, en cuyo transcurso sencillamente se anexarían las Filipinas.

"Tenemos que seguir el llamado de nuestra sangre, que nos invita a conquistar nuevos mercados y, si es necesario, países nuevos. En el plan infinito del Todopoderoso, las culturas menores y las razas caídas en la depravación están condenadas a ceder ante una cultura superior y una raza más fuerte y noble." Quien así se expresa no fue un Houston Stuart Chamberlain en Alemania, ni un Joseph Chamberlain en Londres, sino un joven político oriun-

do de Indianapolis llamado Albert Beveridge, cuya demagogia predicaba la guerra de conquista de 1898: "Es el destino el que nos dicta nuestra política". Tampoco se ahorró la loa de la raza teutona este hombre de Indianápolis. De todos modos, era evidente que se trataba de intereses fundamentalmente materiales, y fue un británico, el poeta del imperio Rudyard Kipling, el que ofreció la formulación más elegante de la ideología misionera poscristiana en un poema que puso a disposición de una revista literaria americana con el fin expreso de apoyar a los expansionistas:

> Recoged el fardo del hombre blanco,
> y enviad a lo mejor de vuestra prole;
> enviad a vuestros hijos al exilio
> para servir a vuestros sometidos
> ... esos nuevos cautivos, hoscas gentes
> medio diablos, medio niños...*

Muy sutil es este evangelio del "fardo del hombre blanco", que envía a sus mejores hijos al exilio colonial por el bien de los sometidos, hoscas gentes medio diablos, medio niños... Así, y quizá de un modo aún peor, se ataba el nuevo y brutal *Zeitgeist*, el expansionismo, a la vieja cuerda del progresismo que en el siglo XIX más que en ningún otro se consideró el sentido vertebrador de la historia humana.

"Dialéctica de la Ilustración": este es el lema bajo el cual resumimos hoy esta problemática. En la medida en que un espíritu indagador cada vez más pujante renunciaba a las antiguas superestructuras, desvelaba las supuestamente indiscutibles líneas direc-

* Take up the White Man's Burden / Send forth the best ye breed, / Go bind your sons to exile / to serve your captive's need... / ... your newcaught, sullen peoples, / half-devil and half-child...

trices del comportamiento biológico humano, interpretándolas sin más como líneas directrices de la construcción social de la humanidad. Y así pudo ocurrir que el autor de la expresión "salir de una culpable minoría de edad", Immanuel Kant, pusiera su imperativo categórico a disposición de los cuarteles prusianos y que llegara a convertirse en férreo decálogo prusiano y consigna para la instrucción.

Pero aún no es momento de regresar a las circunstancias propias del marco prusiano alemán, o austríaco popular. Todavía hay que rendir honores al menos a tres fenómenos del *Zeitgeist* que no se circunscribían a Europa central: el desprecio más o menos discreto de la democracia, el convencimiento casi generalizado de la necesidad de la eugenesia y la incipiente intuición del cercano agotamiento de los recursos materiales.

### *La democracia despreciada*

En el continente europeo no podía hablarse sin más de un consenso democrático: el viejo conservadurismo, reforzado por las tendencias de la Restauración, denunciaba por doquier (y sobre todo también en Francia) la república de los abogados, la debilidad de los símbolos y el engranaje mecanicista de las votaciones y pactos, es decir, el parlamentarismo como tal, al que Karl Kraus tachó de "acuartelamiento de la prostitución política". Aún quedaba muy lejos la realidad de la práctica del *one man, one vote*, por no hablar de la de *one woman, one vote* (hay estudios que prueban que en los tiempos de la Schlachta polaca, el gobierno patricio del Parlamento de Cracovia, poseía el derecho al voto un porcentaje mayor de la población nacional total que la que lo tenía en Inglaterra antes de 1830). Sin embargo, se temía algo

aún peor: la pronta llegada de la *verdadera* democracia, y por ello en casi todas partes la *intelligentsia* conservadora se afanaba en sus críticas a la democratización, con frecuencia apoyada por el clero, pero también por una mayoría de la población rural.

Aún más dudosa, puesto que su peso tendía a aumentar, era otra enemistad de nuevo cuño: la hostilidad hacia la democracia que profesaban los expertos científicos y técnicos, es decir, los portadores del progreso tal como se entendía en líneas generales. A ellos les parecía ridículo que en un Estado y sistema económico moderno que resultaba cada vez más complejo se dejase el poder en manos de criados y empleados o, aún peor, en sus demagógicos funcionarios. Si bien les repugnaban las viejas elites que poseían poder e influencia debido a sus títulos nobiliarios o al hecho de que se supieran de memoria versos en griego antiguo, la democracia del *one man, one vote* les parecía aún más primitiva y despreciable. La Alemania imperial con su Reichstag frenado, sus laboriosos funcionarios, con una formación técnica que los propios ingleses consideraban modélica y una industria férreamente dirigida, suscitaba entre las elites técnicas del extranjero una admiración no exenta de envidia. (No es difícil detectarla en un sinnúmero de escritos de corte popular y en la prosa de entretenimiento en lengua inglesa y francesa.)

## *Masa hereditaria y eugenesia*

Al corpus de dogmas científicos propio del fin del siglo XIX pertenecía sin duda también la teoría genética. A partir de Darwin y de los descubrimientos del monje bohemio Mendel el mundo creyó a pies juntillas haber llegado a la resolución de enigmas universales últimos y ante todo pareció abrirse una nueva pers-

pectiva frente a la cuestión social: la miseria de las clases bajas no procedía de la *poverté* o de la inhumanidad innata del sistema industrial, sino de un material genético de menor valor. En todas partes, y sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica, se compilaban árboles genealógicos de criminales y de los (reales o supuestos) enfermos hereditarios, a los que ahora se podía y debía tratar con los medios de la moderna medicina (es decir, quirúrgicamente) a fin de permitir que el corpus social sanase. Todo ello se denominaba eugenesia.

Si echamos un vistazo a las obras decisivas de la época, por ejemplo a un importante volumen alemán de 1921, nos tropezamos con un vocabulario pasmosamente diletante. "Apto", frente a "no apto", "débil", "desequilibrado": la lista de semejantes definiciones, muy vagas, de enfermedades hereditarias podría alargarse sin dificultad. Este diletantismo no impidió sin embargo que los expertos en eugenesia de prestigio académico elevasen unas exigencias aterradoras en calidad de abogados de la esterilización y heraldos del progreso. Todo lo que podía parecer asocial, y preventivamente incluso los tuberculosos, se convirtió en carne de cañón del escalpelo. Uno de estos grandes espíritus calculó que el porcentaje de población susceptible de tal tratamiento podría elevarse hasta un treinta por ciento. Y en este caso no importa el partido o el territorio propio del predicador: tanto el socialdemócrata Grotjahn como el matrimonio sueco Myrdal fueron fervientes partidarios de una práctica eugenésica amplia. La zona gris que separa la aceptación voluntaria y la autorización ajena "por motivos políticos y de salud pública" era y sigue siendo, como es natural, muy turbia. Resultaría sin duda embarazoso comprobar en cada caso si las cerca de treinta mil esterilizaciones que, por indicaciones eugenésicas, se llevaron a cabo en los Estados Unidos entre las guerras contaron siempre

con la aquiescencia del afectado, en particular, tratándose de negros o de indios...

El racismo formaba parte de un modo casi obligado de la eugenesia dogmática; aquí se plasma de forma particularmente expresiva el doble filo de este tipo de progreso, la Ilustración. Y ante todo quedó claro que, mientras que la investigación dejaba la ética a un lado con el pretexto de la falta de premisas, la práctica seguía lastrada por los viejos prejuicios: una terrible combinación.

*El racismo "científico"*

Cuando la Ilustración destruyó la fe literal en los relatos bíblicos, ello también afectó naturalmente al viejo racismo bíblico que se concreta en el relato sobre los tres hijos de Noé: de los tres hermanos, Cam es el más irrespetuoso, el que se burla de la desnudez del padre borracho, mientras Sem y Jafet lo cubren volviendo el rostro. De las fórmulas de bendición y maldición creadas por la historia de Noé se sigue lo que los píos *afrikaans boer* creen saber hasta nuestros días: que el negro está abocado a talar la madera y a acarrear el agua para los hermanos privilegiados.

Esto es tan cómodo como estúpido, pero según este relato, Cam, Sem y Jafet al menos eran hermanos, hijos de un mismo padre y seguramente también de una única madre. Sólo la Ilustración permitió que tal hermandad (por poco que implicase en la práctica) se pusiera en tela de juicio "científicamente" y en sus cimientos.

Voltaire, la gran luminaria de sus comienzos, dio por sentado que los negros están más cerca del mono que de las razas humanas superiores; las cópulas de las mujeres negras con machos monos le parecían también un hecho demostrado, y considera-

ba que al menos era consolador que los productos de semejantes uniones fueran estériles.

Pero las principales dificultades de esta transición a la antropología "científica" las proporcionaron ante todo las razas instaladas aún más lejos, las de piel amarilla y roja. Entonces aparecieron a diestro y siniestro aventuradas hipótesis: los pueblos de los viejos continentes, con raíces similares, se habrían dispersado a partir de la construcción de Babel, mientras que las razas americanas surgieron localmente con independencia de aquéllas.

Por otra parte, había sabios como el inglés Edward Long, que insistía pertinaz en la consanguinidad de los negros y los orangutanes (y que, como Voltaire, sabía de la esterilidad de los vástagos). Hubo un señor Fabricius que demostró la fundamental "otredad" de los negros a partir de sus parásitos: el *pediculus humanus*, la pulga de las razas superiores, constituiría una especie totalmente distinta de la del *pediculus nigritarius*, lo probaba un breve vistazo al gabinete de la ciencia natural.

### *Darwin lo aclara todo*

Pero el racismo no se hizo completamente científico hasta el surgimiento del darwinismo. Por fin, eso era evidente, había una base sólida para la diferencia (y la jerarquía) de las razas: los ejemplares de piel blanca, negra, amarilla y roja procedían de diversos tipos de monos, aunque aún no se supiera qué especie de primates era la más inteligente y por ello digna de constituirse en ancestro del jefe blanco. Y así, los señores Schaafhausen, Klaatsch, Sergi, Sera, Arldt, y algunos otros, atribuyeron a gorilas, chimpancés, gibones y orangutanes el origen de las distintas razas, lo que desde luego dio pie a divertidas disputas de especialistas. (Estas teo-

rías poligenéticas se mantuvieron largo tiempo hasta que finalmente, en nuestros días, la investigación del genoma y de la mitocondria restauró en parte la hermandad de los hijos de Noé; la bisabuela Eva se alza, negra y bella, de su tumba de Tanganika.)

Aún más intrincada fue y es la historia del antisemitismo. Ya el nombre da fe de una mala conciencia ideológica o, mejor aun, de una cobardía, pues semitas son también, como es sabido, los árabes, pero lo que denominamos antisemitismo, y que en realidad debería llamarse antijudaísmo, favorece precisamente la alianza de los cabezas rapadas y los partidarios de la Hezbolá.

### *Del deicidio a la consanguinidad*

El viejo antijudaísmo sancionado por la Iglesia y veterotestariamente fundamentado era cruel e hizo correr a chorros la sangre de los supuestos deicidas (para lo que la quema de incómodos libros de texto resultó muy práctica). El antijudaísmo tocó realmente el corazón de la Ilustración y el del siglo XVIII; el Natán de Lessing representa el surgimiento de una tolerancia auténtica. Hans Mayer, el cuerdo estudioso de la literatura, concluye en su libro sobre los marginados que este breve período fue el único realmente tolerante. La circunstancia que lo permitió fue la alianza minoritaria, aunque socialmente poderosa, entre una aristocracia madura y los sectores más destacados de una emergente burguesía ilustrada. (Después, el burgués siglo XIX osciló nuevamente hacia la intolerancia.) Lo relevante es que esta alianza aún estaba marcada por el respeto de ciertas tradiciones bíblicas positivas, por un nuevo respeto de la importante función pedagógica del Antiguo Testamento.

En el siglo XIX se inicia una amplia asimilación de los judíos, impulsada por la gran Revolución Francesa y por el liberalis-

mo; la sociedad alemana y la austríaca se convirtieron en su principal biotopo. Muy a menudo finalizaba con su conversión a la fe cristiana, pero sorprende ver cuántas veces no se requería tal conversión. El camino hacia un futuro armonioso de convivencia parecía abierto.

Precisamente como consecuencia de esta emancipación surgió sin embargo un efecto que casi le rompe el espinazo a la intolerante España del siglo dieciséis: el miedo a los judíos no remitía allí tras su conversión más o menos obligada, sino que incluso se veía reforzado. Los conversos, es decir, los judíos bautizados y sus descendientes, ¿simplemente habían cedido a la presión que se ejercía sobre ellos? ¿No llevaban bajo el manto de un aparente conformismo una vida profundamente abyecta, que el mismo cielo condena? ¿Acaso no podían incluso seguir sirviendo a un siniestro plan de boicot y debilitamiento de la España cristiana?

En este círculo de tinieblas trazado por la sospecha, que nada puede disipar al ser enteramente indemostrable, surge el espantoso lema de la "limpieza de sangre". El agua de la pila bautismal ya no logra transformar al vecino judío en auténtico cristiano, y entonces se lo condena al destino irrecusable de las antiguas vías de sangre, que lo convierten para siempre en enemigo mortal y, con ello, en eterna víctima.

El esquema se repitió en la Europa del siglo XIX. La asimilación mediante la integración voluntaria producía la misma desconfianza que la asimilación por conversión forzosa. Y la teoría genética aparentemente científica colaboró a reforzar esto. Ya no bastaba con dar fe de la confesión ante el registro civil, sino que contaban los árboles genealógicos, dosis mínimas de sangre no limpia, para colgarle al israelita deseoso de asimilarse la estrella amarilla, el signo de advertencia que identifica al "judío".

## *¿Qué hace tan temible al judío?*

Lo que hacía tan temible a este judío aún requiere una aclaración. Lo más terrible de este nuevo antisemitismo racista es seguramente su vaguedad, una vaguedad que permitía endosarle selectivamente al judío el papel de traidor a la patria, de saqueador consciente y de disgregador cultural.

Según el grado y color del resentimiento cambiaban los escenarios de este supuesto complot y de sus supuestos compinches. Durante la crisis Dreyfus, por ejemplo, la prensa derechista francesa creó un fantasma que denominó *le syndicat.* En las caricaturas lo dotaron de todos los rasgos del satánico judío de nariz aguileña que más tarde difundiría el panfleto agitador nazi *Der Stürmer,* pero para los franceses el judío del *syndicat* era desde luego un aliado del Kaiser alemán. A su vez, este Kaiser alemán estaba firmemente convencido (con el historiador Treitschke y muchos otros) de que los judíos eran nuestra desgracia, un tumor nacido en el cuerpo del Reich alemán, y que lo más sensato sería llevarlos a algún lugar ignoto, si no eliminarlos por completo.

Y con ello volvemos a los alemanes. Y es que hay que admitir que los alemanes y los austríacos, en particular sus clases dirigentes, tenían motivos de peso para temer a los judíos.

## *Tradición judía y selección*

La Europa central de habla alemana se encontraba en una fase agitada, en una fase de modernización particularmente difícil y compleja. Las capas altas de la sociedad continuaban marcadas y ocupadas por el feudalismo; las Iglesias, el estamento militar, el alto funcionariado, no estaban al alcance de los judíos. Pero

la modernización avanzaba a una velocidad cada vez mayor en la vida comercial y la cultural, en la convivencia urbana, así como en la evolución del derecho, creando nuevos campos de actividad y modificando las circunstancias de los existentes. Lo que contaba en esta nueva sociedad era la capacidad de abstracción y de articulación, celeridad en la concepción y la evaluación, sensibilidad para percibir la novedad social y política, combinadas con la tenacidad y el talento que requiere la amistad crítica.

Pero precisamente ésas eran cualidades que se seleccionaban, si no genéticamente, sí culturalmente, en las sociedades de los guetos cerradas durante siglos, mediante el debate continuo y la revisión de las interpretaciones de la Torá, en un medio con un índice de alfabetización extremadamente elevado.

Y así, los judíos se introducen en una sociedad que casi por fuerza les atribuye a ellos y a su dinámica el papel de la modernización. Atenazados por la necesidad, pasaron de largo ante los peñascos en proceso de descomposición de la sociedad preburguesa. No podían llegar ni a generales ni a prefectos, jueces u obispos, pero podían convertirse en todo eso que generalmente resulta necesario en una sociedad moderna y que procura reconocimiento, ingresos y satisfacción personal: banqueros e industriales, médicos y físicos, escritores, periodistas y gentes del teatro.

La burguesía "aria" que los rodeaba seguía ateniéndose por precaución y cortedad de ánimo a la vieja situación, en la que el valor de un hombre aún se medía por sus bíceps y su honor por el rasero de los duelos. Haciéndose eco de una ancestral tradición alemana, los hijos de esta burguesía consideraban la universidad no tanto como un lugar donde adquirir conocimientos, sino firmeza de carácter bebiendo copiosamente y agitando el sable, y ponían gran empeño en mantener a sus compañeros judíos lejos de los lugares donde estudiaban y bebían. ¿Cuál fue la inevita-

ble consecuencia? Que los compañeros judíos aceleraron el paso y produjeron entonces rendimientos muy superiores, no sólo en las profesiones accesibles a ellos, sino que elevaron considerablemente el nivel cultural general de las profesiones más destacadas (abogados, científicos, médicos, empresarios, etcétera).

La atropellada celeridad del ascenso judío fue también consecuencia de la tradición familiar judía. No había *mamme* que permitiera a sus hijos quedarse por debajo de las posibilidades que les ofrecían sus talentos; sobre este rasgo se han escrito innumerables historias familiares que van desde Leitomischl hasta Brooklyn. Y también sobre sus éxitos hay documentos: una estadística compilada poco antes de la Primera Guerra Mundial se ocupa del cumplimiento o incumplimiento porcentual del nivel de rendimiento exigido a los estudiantes de educación secundaria, escuelas técnicas y universidades, clasificado según las notas obtenidas. Los católicos se situaban en un veinte por ciento por debajo del listón, los protestantes lo alcanzaban en mayor o menor medida, y los judíos (los estudiantes de "confesión mosaica") lo superaban en un seiscientos por ciento.

## *El odio a los aventajados*

Muchos han intentado dar con la razón por la cual los alemanes quisieron conducir a la aniquilación a una minoría que a ojos vista produjo logros extraordinarios en todos los campos de la cultura. Bien, la razón fue sin duda que hicieron esas aportaciones y que por ello se los odiaba. Y es que, tras derrotar a los franceses en Sedan, los alemanes tenían un Reich grande y moderno que metía cada vez más ruido, pero eso no significaba que quisiera zafarse de su inmovilismo y de su vieja comodidad. No sig-

nificaba que los modestos raseros del éxito conocidos, que hasta entonces lograron ignorar mal que bien, de pronto se situaran un pie, un codo, o incluso un moderno metro más arriba. El odio a los judíos que ascendían ya producía en la Viena de la infancia de Hitler orgías de palizas que propinaban los estudiantes arios alemanes, y me atrevo a decir que en 1933 éste fue el principal motivo de que las universidades alemanas traicionaran a sus profesores judíos. (Aunque también subyacían motivos más profundos y oscuros, que no tenían nada que ver con la raza, o sea, con la genética. De ellos hablaremos más adelante.)

Es evidente que este antisemitismo era algo esencialmente distinto del antiguo odio de la Iglesia. Sin duda existía en los círculos confesionales más rancios en forma de ignorante desconfianza, lo que en la Segunda Guerra Mundial impidió a las mayorías cristianas de Europa una intercesión eficaz en favor de los perseguidos (con algunas heroicas excepciones, sobre todo en los Países Bajos y en Escandinavia). Pero sobre ello hace tiempo que se ha dicho bastante.

### *Otros problemas raciales*

El racismo "científico" no sólo se ocupaba de los judíos, sino de problemas mucho más absurdos. Ante todo sirvió para establecer en la Europa de entonces algo así como una jerarquía racial, para lo cual se echó mano de ciencias auxiliares como la craneometría y la filología. En este juego los germanos obtuvieron notas ridículamente altas, y no sólo los del círculo cultural de habla alemana. En Francia surgió una paralizadora teoría sobre la oposición entre los amos francos, altos, de piel clara y cráneo estrecho, y los "galos", achaparrados y de cabeza redonda, una teoría que

defendían académicos muy serios. La marcha triunfal de los alemanes en 1870-1871 representó, con su vulgar griterío, un duro revés para sus convicciones; uno de estos "germanistas" quiso salvarlos, a ellos y a sí mismo, mediante la tesis de que los burdos vencedores no eran germanos, sino una raza menor de origen borusiofinesa que a su vez habría sometido a los nobles y cordiales germanos alemanes. (El médico Virchow, políticamente muy activo, encontró en esta tesis interés suficiente como para enviar a un grupo de antropólogos a Finlandia para investigarla. Los resultados contradijeron al preocupado francés.)

*El incordio de los eslavos*

Pero quedaba el incordio de los eslavos. Ya sólo por razones históricas se les temía, cuando no se los despreciaba, y casi siempre las dos cosas. Que, comparados con los alemanes, eran inferiores era evidente, según decían. En cualquier lugar donde surgieran culturas y Estados eslavos, se lo debían de un modo constatable a la genialidad germano nórdica: desde el Rus en Kiev hasta las ciudades de los polacos y los checos. Su territorio parecía el idóneo para la expansión alemana. (Esto era una convicción general indiscutida. Hay que recalcar que también diputados democráticos y de izquierdas sostenían en 1848 discursos de tinte expansionista en la Paulskirche de Fráncfort, en los que defendían enardecidos el *Manifest Destiny* que Alemania tenía para con el Este, poblado de razas inferiores.)

El poeta y sabio alemán Herder había cometido, sin embargo, el imperdonable error (así se veía) de recopilar la poesía de esos pueblos, traducirla y editarla. Con ello les abrió la posibilidad de salir de su triste existencia rural y su servidumbre, y cons-

truir lenguas nacionales a partir de sus dialectos de cocina. La desafortunada consecuencia fue el ascenso no sólo de nuevos nacionalismos, sino de una nueva y muy militante ideología compuesta, el paneslavismo.

Naturalmente, éste dirigió sus rayos destructores principalmente contra el constructo político que menos podía conjugarse con todas las novedades e ideologías técnico nacionalistas: la vieja monarquía real e imperial del Danubio. Desde el norte y el oeste la asediaba lo alemán, y no en último término el beso del hermano germano del norte, desde el este y el sur el nuevo nacionalismo eslavo (y también el húngaro), y en Viena, la contradictoria metrópolis, ya percibía el ruido de sables del enfrentamiento de las nuevas y las viejas pasiones. Y con ello volvemos a acercarnos al objeto principal de nuestra investigación: el muchacho de Linz, huérfano de padres y de patria, en su residencia vienesa de caballeros.

### *Primeras sombras en la cuestión de la especie*

Pero retrocedamos una vez más ante esta sobrecogedora visión. Ocupémonos primero del tercer problema que aparece, con el siglo XIX, en el debate público: el problema de la población y de la agronomía científica, que suele identificarse en general con los éxitos del genial Justus Liebig. Sus trabajos propulsaron la multiplicación de los productos del suelo mediante abonos químicos, y con ello la era del moderno *agrobusiness*. Pero lo que no es tan conocido es que él mismo ya advirtió de los posibles efectos secundarios nocivos de su agricultura química. Sus advertencias jamás surtieron efecto.

Y no fue el único que alzó la voz. En el transcurso de las décadas centrales del siglo se acumularon las opiniones sobre los ries-

gos de la agricultura intensiva y Marx y Engels interpretaron semejante visión como un indicio del carácter explotador del capitalismo. La preocupación por la naturaleza enajenada y expoliada, que desde el Romanticismo es un tópico literario de los conservadores, extrae ahora armas enteramente nuevas de los arsenales de la ciencia. En el período de entreguerras llegó a ser una pieza importante del malestar general de la cultura; lemas como "el hombre, su propio animal doméstico" y "el avance de la estepa artificial" pertenecían al repertorio estándar de las revistas de maestros de escuela, por ejemplo de la época de Weimar.

### *Superpoblación*

Era lógico que finalmente también la cuestión del crecimiento poblacional entrase en el crítico campo de visión del racionalismo. Su tratamiento en calidad de problema político y social está asociado al nombre del pionero Thomas Robert Malthus, un pastor anglicano de Surrey. La primera versión de su obra decisiva, *An Essay on the Principles of Population*, la editó en 1798 en forma de ensayo crítico; años después apareció, completamente revisada, como obra científica acompañada de un imponente aparato crítico.

Malthus, que predijo que el crecimiento geométrico de la población superaría la base alimentaria, fue todo menos un materialista; como único método moralmente defendible de control de la población recomendó el *moral restraint*, que entendía como estricta castidad premarital y casamientos tardíos. Esta reserva moral bastaría, así lo esperaba, para evitar las catástrofes que atrajeron los períodos pasados de sobrepoblación con sus terribles sufrimientos. Y, sin embargo, de inmediato y muchas otras veces

en la historia fue atacado por inmoral y aguafiestas. Ni el incipiente capitalismo ni, más tarde, el socialismo quisieron ni pudieron entrar en un debate serio de este dilema, y precisamente las regiones más pobres del mundo no ven hoy en las recomendaciones malthusianas otra cosa que una maniobra del imperialismo blanco para rehuir las exigencias de la justicia global.

Pero precisamente los marxistas sabían que esta cuestión, cuya gravedad puede estimar cualquier estudiante de secundaria con una calculadora, no podía ser evitada. Su posible respuesta se esconde en una carta de Engels a Kautsky de 1881: Engels está seguro de que en el caso de que la sociedad deba regular la reproducción humana igual que lo hace con la producción de cosas, será el comunismo, y sólo el comunismo, el que pueda solucionar *sin dificultad alguna* este problema.

## *De la Ilustración a la oscuridad*

Echemos una mirada somera a las principales fuerzas del siglo XIX. Una gran parte de estas fuerzas abandonarán, primero de forma imperceptible, pero luego con una velocidad y dinámica crecientes, la vía por la que las encauzó la Ilustración en el siglo XVIII. Los ideales primigenios, el idealismo, palidecen más y más, a pesar de que, o quizá precisamente porque, el nuevo devenir de la historia y sus herramientas conceptuales procedían, o parecían proceder completamente, de los arsenales de la Ilustración.

¿Acaso no se basaba el nuevo código humano en la ética ilustrada de una visión del mundo no turbada por ninguna tiniebla metafísica? ¿Acaso no añadían los descubrimientos de la ciencia elementos nuevos y excitantes al saber, y con ello a las posibilidades de autodeterminación? ¿No era cierto que la teoría de

"*Fuerza y materia*", o la propia teoría de la evolución darwinista, solucionaban toda una serie de enigmas universales que hasta la fecha se habían dejado en manos de las fabulaciones de la teología?

¿Y no se tenía el derecho de deducir de todos esos descubrimientos, que hacían de Dios como hipótesis una instancia cada vez más superflua, las correspondientes consecuencias en el trato entre los seres humanos y las sociedades entre sí? ¿Y no se derivaba de ello un *Manifest Destiny*, el derecho –que no requería demostración– de los blancos, la raza evidentemente superior, de avanzar hasta los confines del mundo? ¿No entrañaba esto también el deber de estos seres superiores de asegurar el derecho de los hijos y nietos a un futuro privilegiado adoptando las medidas necesarias?

Pero, ¿podían unirse estos principios, derivados sin más de los descubrimientos científicos, con las ingenuas concepciones de una democracia política, o incluso social?

Tal era la sospecha en el llamado Occidente. Esta era la hiel que producía estragos entre los antiguos conservadores cristianos, pero también en las tradiciones democráticas, por lo que el resultado de esta mixtura no dejaba de asustar a los espíritus sinceros.

*La nueva melancolía*

Bueno, todo ello se conoce, desde Horkheimer y Adorno, como la "dialéctica de la Ilustración". Y, mucho antes de que aparecieran sus académicas formulaciones, esta dialéctica fue royendo la robustez de las eras victoriana y guillermina: como un velo de melancolía, un oscuro presentimiento se expandió entre los

espíritus más sensibles. La transitoriedad, que ya nadie compensaba ni dotaba de sentido con las promesas de otra vida, era uno de los nombres de estos presentimientos. El aristócrata francés Gobineau, que en 1822 presenta a la modernidad el racismo doctrinario con sus *Versuche über die Ungleichheit der Menschenrassen* (Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas), se preguntaba si no estaríamos a tan sólo tres o cuatro siglos del instante en que "el último de nuestra especie exhale su último aliento, esos tiempos en los que el globo terráqueo, ya mudo, trace insensible su órbita –¡pero sin nosotros!–...". Algo parecido dice Ludwig Klages, aunque parta de premisas ideológicas distintas, cuando ve (nótese bien, esperanzado) agitarse de nuevo los bosques eternos más allá de la devastación, de la que es responsable "el alma, convertida en simia" por efecto del espíritu. Volveremos a tropezarnos con esta imagen del globo terráqueo vacío de hombres; su versión más grotesca, pero más fértil, la encuentra en *Mi lucha*.

Todo ello conformó una mezcla altamente explosiva, más en Europa central que en Occidente, que aún se atenía a los modos y modales liberales. No se precisaba más que un instante catalizador para hacer estallar esta mezcolanza. Y fue precisamente en ese instante, bajo el eco atronador de los disparos de Sarajevo, que el treintañero apátrida entró en la historia.

# IV
# VIENA Y MUNICH
## O EL PEZ GUÍA AMPUTADO

Hasta entonces había sido un don nadie. Posteriores enemigos lo llamaron el pintor de brocha gorda, o, también, en el ámbito anglosajón, el *paperhanger,* el empapelador. Ambas denominaciones son una ofensa para dos honestas ramas de artesanos.

*El desplazado...*

Adolf Hitler había abandonado la escuela secundaria y vagaba en ensueños, entre púberes fantasías sobre su propio talento pictórico, que trataba de poner a prueba con su entusiasmo por la arquitectura y los escenarios, y la decoración de postales. Era un holgazán que vegetó andrajoso cuatro años en Viena en una residencia de caballeros, que se mantenía gracias a una ínfima pensión de orfandad y a la generosidad del fabricante de marcos Samuel Morgenstern, que de cuando en cuando le compraba alguna de sus vistas de la ciudad, tímidamente realistas. Era un proletario bohemio que tenía bastante tiempo para percibir las expresiones más mezquinas de la llamada lucha del pueblo, y todo el resentimiento y contrarresentimiento que a la sazón proliferaban en Viena: entre alemanes y checos, alemanes y judíos, alemanes e italianos, y en todos los sentidos entre todos estos pueblos. Aprendió, como aplicado discípulo de los pangermanistas,

a odiar al propio Estado y a admirar rendidamente a la Alemania de Bismarck. En su apatridismo y anomía se aisló penosamente del mundo de los trabajadores. Y sin duda absorbió la mayor parte del trasiego racial de esos elementos supuestamente inferiores, amargados y alejados del Estado, que bullía en la Austria alemana: oyó hablar del señor Lanz zu Liebenfels, que retocó los salmos para dirigirlos a los seres de luz nórdicos y que izó la primera bandera con la cruz gamada; leyó las hojas volantes de ediciones ínfimas; seguramente admiró también al poderoso alcalde Lueger, que gobernaba Viena con mano de hierro, tan empecinado en su pragmático antisemitismo como en sus tendencias socialcristianas. Entre todos ellos no debió sentirse tan huérfano. Sin duda era parte y vástago de un *Zeitgeist* que, más tarde, en 1913, lo llevó hasta Munich.

Allí vivió exactamente igual que lo había hecho en Viena, en una alcoba barata llena de chinches, sin dinero, fascinado por el poder del Reich, pero en realidad muy alejado del mundo del norte prusiano, que en principio le era del todo ajeno.

### ... *encuentra plaza*

Su suerte y la desgracia de todos nosotros fue el estallido de la guerra en 1914. Hay quien ha creído reconocer a Hitler en una fotografía de archivo que retrata a las masas patriotas entusiasmadas delante de la *Feldherrnhalle*. Persisten ciertas dudas sobre la autenticidad de la cabeza; en realidad, como prueba resulta de escasa importancia.

En cualquier caso, Adolf Hitler se presenta voluntariamente a un regimiento de infantería bávaro, es admitido y desaparece durante cuatro años en el barro flamenco: un hombre sin atadura algu-

na a un hogar medianamente normal. En estos cuatro años llega a cabo; oficiales bávaros a los que se interrogó más tarde aseguran con visos de veracidad que no le querían confiar ningún puesto de mando, ni siquiera el de suboficial. Hubo rumores de que tuvo un hijo varón en Francia. También esto, en caso de ser cierto, carece de importancia, tanto para él como para nuestra historia.

Se conservan un par de cartas y postales que escribió. Sabemos de inciertas vacaciones y estancias en hospitales militares del reino. En *Mi lucha* describe prolijamente cuánto le deprimía el ambiente de la patria, y seguramente hay que creerle. Pensemos en su situación: el solitario correo en la trinchera que come mal, pero a fin de cuentas mejor que los que se quedaron en casa, liberado por primera vez de su crisis de identidad y condecorado por su valor personal (en 1914 recibe la Cruz de Hierro de segunda clase, y en 1918 la de primera). A este hombre lo plantan de nuevo en el mundo civil al concederle un par de semanas de vacaciones, un mundo que lenta y dolorosamente comprende que se lo ha engañado y que se lo sigue engañando, que descubre que el Gran Cuartel General (la única autoridad que realmente decidía el destino alemán) ha terminado por envolverlo en una red de mentiras que prolongaban (inútilmente) la guerra.

## *Hitler se inventa su Alemania*

Es lógico que el cabo Hitler rechazase espantado tales descubrimientos. Pues, ¿qué sería de él si esa secreta verdad se hiciese pública? ¿Qué será de él, huérfano de hogar y de patria, si esa patria del color gris manchado del uniforme militar, que es la única que conoce, se va revelando de año en año, mes a mes, como un sangriento extravío histórico, como mera proyección propagandística?

Y así, se inventa su propia patria. Se inventa la Alemania que describe en *Mi lucha*: una Alemania tan inocente, tan indeciblemente ingenua, y precisamente por eso traicionada, debilitada hasta la extenuación por marxistas y judíos, una Alemania sometida a los destructores internos y a una propaganda enemiga sutil y diestramente gestionada.

Nada más lógico entonces que, ante la noticia del gris y deslucido final de la guerra, el cabo en el lazareto de Pasewalk decidiera, aparentemente, convertirse en político. Fuera cierto o no, su mito lo construyó él con sus propias manos. ¿Qué importa que se sacara de la manga al ambicioso e inspirado chico de Linz, abocado al arte desde el principio? ¿Qué más da si se inventó a un padre estricto, pero justo, que en realidad debió de ser un tirano torturador? ¿Qué importa que hablase de los duros años de trabajo en Viena entre los movimientos de la agitación socialdemócrata, cuando en realidad, durante cuatro años, no fue otra cosa que lo que los vieneses llaman un *Tachinierer*?*

En realidad todo eso importaba poco. Más aún: la generalidad lo consideró prácticamente irrelevante. Cuanto menos hubiera sido este Führer antes de 1918, más prometía serlo todo.

Para quien recuerde la vida cotidiana en el Tercer Reich: ¿cuándo se llegó a hablar de Hitler como de una persona de carne y hueso? ¿A quién le interesaban a fin de cuentas las historias de escolares sobre la pobre madre en Braunau, el insolente alumno de la escuela secundaria, o sobre los duros años de Viena, de los que jamás llegó a saberse nada concreto?

Precisamente la falta de entidad de esta biografía constituyó el núcleo de lo que se entendió y se entiende por su "carácter demoníaco".

* En Viena se llama así al vago, al holgazán. [N. de la T.]

## EXCURSO I
*¿Cuán demoníaco era Hitler?*

Ya de por sí la pregunta resulta sospechosa. Da a entender que el que la formula desea esconder un punto débil en su pasado político y que lo hace de un modo mítico-místico. Hay una anécdota del teólogo suizo Karl Barth, al que al parecer otros religiosos aseguraron después de 1945 que al encontrarse con Hitler creyeron estar viendo los ojos de Satán. Barth se echó a reír y les espetó que no querían admitir que políticamente habían sido unos necios.

Y, sin embargo, el muy serio Rüdiger Safranski no ha sido el único en redescubrir el "mal" absoluto como elemento de descripción útil. En el caso Hitler, la fórmula demoníaca al menos nos circunscribe a la pregunta: ¿cómo pudo ocurrir que la mayoría del pueblo alemán llegara a reaccionar ante este personaje, que fue un don nadie durante treinta años, con esas orgías de delirio?

Yo personalmente no puedo dar una respuesta. Una única vez lo vi personalmente, tras la inauguración de la primera exposición de la Casa del Arte, creo. Debía de tener doce o trece años. Lo llevaban, a la cabeza de una fila de Daimler negros, por la Prinzregentenstrasse y hacia la salida de la ciudad, de pie en un coche abierto, con la mano derecha cruzada hacia atrás sobre el hombro y la palma hacia arriba: deformado saludo fascista, por tanto, que recuerda al camarero bandeja en ristre. Tras él, separados y protegidos por un coche lleno de escoltas, lo seguían los suyos; me pareció ver a Goebbels, a Hess y a Göring, pero naturalmente no puedo estar del todo seguro con la memoria cuajada como la tengo de recuerdos de reproducciones fotográficas. Lo que es indiscutible es que vi a Hitler. Y no me impresionó en absoluto. No era más real que una postal de propaganda.

Semejante inmunidad se daba, y muy a menudo, está constatado. Pero con mucha más frecuencia atraía, magnetizaba, hechizaba; eso también está constatado sin asomo de duda. ¿Era demoníaco? ¿Tenía "mana", carisma, o quizá sólo para los susceptibles de ser seducidos? Si es así, entonces la demonología y el carisma no dejaron su impronta en ese rostro hecho a pedazos, la cara de ventanilla de un subalterno centroeuropeo, el rostro del mozo de la pensión de al lado.

Propongo que nos aproximemos a la cuestión de lo demoníaco desde una perspectiva de historia del arte, lo que nos permitirá una mayor libertad. ¡Consideremos por ejemplo los diablos de Jerónimo Bosch! Esos trémulos monstruos son muy variados, pero tienen una cosa en común: no están completos. Su terror, el espanto que irradian es el de un ser tullido, incompleto, reducido a una mecanicidad monomaníaca. Y a eso, a la deformidad, tiende en último término, a mi entender, el carácter demoníaco de Hitler (en caso de haberlo).

Pero, ¿qué le faltaba? ¿Cuál era su hándicap decisivo, e infernal en sus efectos? Aquí nos servirá un ejemplo extraído de la biología experimental.

Hace años leí algo acerca de un experimento que se hizo con peces de cardumen, esos diminutos seres brillantes que nadan en bandadas de a cientos, a veces miles, y que en un instante cambian de dirección conjuntamente: nudos en una red invisible de relaciones que parece vivir y funcionar como un supraorganismo. Los investigadores llegaron a aislar el cordón nervioso que les permite hacerlo: transcurre paralelo a sus flancos. Y, con la conocida curiosidad falta de escrúpulos propia de la ciencia, extrajeron el vital órgano de la empatía a uno de ellos, convirtiéndolo en un lisiado. El pez maltratado, incólume exteriormente, fue devuelto entonces al cardumen natal y, lógicamente, se convirtió en pez guía.

Lógicamente, pues, como no percibía señales y sus miles de compañeros nada sabían de su estado, consideraron que sus decisiones solitarias, que ya no respondían a la conocida determinación colectiva, eran ejemplares. Únicamente él, secretamente lisiado, parecía saber por dónde ir, cuál era la derecha, la izquierda, el camino hacia arriba o hacia abajo, aunque en realidad no respondía más que a un impulso ciego, autista.

La demonología del líder como consecuencia de una autorreferencia absoluta, incapaz de empatía: una vez que uno se ha expuesto a esta posibilidad, la encuentra más de una vez en la historia de las "grandes" figuras de líder de la historia. Y así, todo parece indicar que Alejandro de Macedonia padecía de ello. En el caso de Napoleón está más documentado, por ejemplo en sus llamamientos a los soldados y a su nación al inaugurar cada nueva guerra sangrienta: "¡Franceses! ¡El zar ha roto la palabra que me dio!". Al parecer, consideraba que una traición personal era razón suficiente para tapizar campos de batalla con miríadas de cadáveres. Pero ninguno fue tan decididamente un lisiado como Hitler.

Monologador obsesivo, en su juventud no conoció el intercambio racional de argumentos. Hay testigos que afirman que en la residencia vienesa donde se alojó en los días en que era incapaz de ganarse el sustento, sus compañeros de habitación tenían que escuchar hasta el alba una retahíla interminable de opiniones, leídas o escuchadas, y que, cuando alegaban que necesitaban dormir, les espetaba: "¡Claro, esto no os interesa!". Otto Strasser, correligionario suyo durante mucho tiempo y que compartió con él la notoria reclusión en la fortaleza de Landsberg en 1924 (y más tarde se convirtió en peligroso enemigo), relata lo mucho que irritaban a los compañeros, dedicados a los juegos de cartas y a beber, los interminables paseos y monólogos

que daba Hitler por el piso, razón por la cual, entre otras, lo convencieron de que pusiera por escrito sus pensamientos, origen de *Mi lucha*. Y cuando uno lee los prolijos protocolos de sus llamados *Tischgespräche* de los años de guerra, resulta claro que aquí hablaba él exclusivamente, él y nadie más. Su ideología, su metafísica se alimentó de los residuos del espíritu de la época de Viena y de Munich y se hizo fuerte en los recodos de su propio pecho; instintivamente quiso protegerla de cualquier examen basado en una argumentación racional sincera o en experiencias reales. Su memoria era formidable, pero en vano buscaremos en sus escritos o discursos nada parecido a una reproducción sensata, o al menos esquemática de las teorías que se le oponen, como por ejemplo la marxista. (En la Segunda Guerra Mundial, la suya, evitó concienzudamente contemplar los efectos de la destrucción, por ejemplo las ruinas de las ciudades bombardeadas.)

Sí, él era el pez guía amputado que ya no percibía señales correctoras, el que únicamente seguía sus impulsos más oscuros. Y el gran cardumen alemán, desorientado por la derrota de la Alemania imperial, que trataba denodadamente de adaptarse a una paz democrática sin anexiones basada en los Catorce Puntos de Wilson, experimentó acto seguido la derrota de Wilson en Versalles y la llegada de una despiadada paz impuesta, con lo que se vio inmerso en aguas ignotas, frías y desiertas. Confrontado con formas hostiles, casi mortales de crisis económicas, desorientado hasta la médula, percibe la imparable rabia con la que este autista se lanza hacia lo desconocido, lo considera el poste indicador de la providencia, la salida de la miseria, la promesa de un futuro aún inimaginable, pero en cualquier caso glorioso. Y los haces nerviosos de estos millones de seres se acoplan a él.

Entre 1919 y 1923, Hitler descubre en Munich su talento como agitador: cosechó grandes éxitos en este campo y se propulsó hábilmente entre las diversas corrientes reaccionarias bávaras. A ello se añadieron además otros conocimientos e impulsos que se apropió, y que a menudo se subestiman. Quienes lo hacen caen (consciente o inconscientemente) en las celadas del propio Hitler, que describe los años en Viena como los años decisivos de su formación. La imponente obra de Brigitte Hamann, *Hitlers Wien*, en la que se recogen literalmente todos sus apuntes, ha dado alas a esta subestimación, lo cual en mi opinión no hace justicia a su autora. Pues precisamente porque el libro no se deja nada en el tintero es posible determinar, comparando lo que allí se ofrece con los datos de *Mi lucha*, que su programa no cuajó verdaderamente hasta que Hitler se trasladó a Munich.

## *Segunda formación*

En conversaciones con correligionarios, Hitler definió más tarde su estancia en la prisión de Landsberg, en 1924, como su "universidad". Al menos afirma que durante el tiempo en que estuvo recluido leyó obras de Nietzsche, Chamberlain, Ranke, Treitschke, Marx y muchas otras. "Landsberg fue mi universidad, costeada por el Estado. Reconocí la certeza de mis opiniones estudiando la historia del mundo y la historia natural, y me regocijé observando los hipócritas y contradictorios aspavientos 'sabios' de los profesores y prelados universitarios."

Pero aún más decisivo fue el redactor, o, si se quiere, "negro", de *Mi lucha*. Pues los apuntes y las ideas anotados de los que surgiría la obra requerían un ordenamiento y custodia que no podían esperarse del temperamento de Hitler.

### *Rudolf Hess*

En esos días se le acercó Rudolf Hess, se convirtió en su secretario y se ocupó de la obra del maestro. Hess había sido alumno del geopolítico Haushofer. Como a muchos de los nacionalsocialistas semiinstruidos, le atraía lo esotérico, pero su formación estaba muy por encima de las curiosidades "raciales" de la Austria de preguerra y, por ello, era muy superior a la de su líder.

Bien, pues este Rudolf Hess se convierte entonces en el *alter ego* del agitador en ciernes. Lamentablemente, se acercó con excesiva devoción al alemán de su maestro; pero hay toda una serie de elementos "muniqueses" y excursos, y sobre todo su afinidad con las memorias de los protagonistas de las "batallas cerveceras", que *Mi lucha*, eso puede concluirse con seguridad, debe sin duda al afanoso y entregado secretario. (Esto quizá explique también el curioso y terco apego que le tuvo Hitler, pues Hess fue oficialmente el "representante del Führer" hasta su espectacular escapada a Inglaterra de 1941.)

### *El* atrezzo *completado*

Por lo tanto, podemos partir de la base de que durante la época de la redacción de *Mi lucha* (y, con ello, de la elaboración del programa determinante de su política y su visión del mundo) Adolf Hitler añadió a las bagatelas adquiridas durante su estancia en la residencia de caballeros vienesa toda una serie de muebles de peso, y que estos muebles procedían de casas de sobrada reputación; algunos proveedores tenían títulos académicos, como por ejemplo una cátedra de geopolítica. (Y, así, una de sus joyas, el

*Lebensraum* –espacio vital–, era una creación de la casa Haushofer.) Como era de esperar, llegaban todos para confirmar las largamente profesadas, y vehementemente diseminadas, ideas y descubrimientos del Führer. (A Marx, tipo que no encajaba en absoluto en el escenario, no lo leyó Hitler con mucho detenimiento, pero, ¿quién de nosotros ha sido capaz de pasar de las primeras cien páginas *de El Capital*?)

Con esto hemos reunido en lo esencial el material de su programa. Sabemos más o menos lo que estaba a disposición del interiorista Hitler. Y ahora vamos a buscar la idea que fuera el eje de su pensamiento.

V

# EL EJE

## O LA REINA CRUEL DE TODA SABIDURÍA

M*i lucha*, de Hitler: un mundo sombrío, carente de esperanza. A muchos lectores les ha recordado el borboteante pesimismo de las sagas nórdicas, pero hay una diferencia importante: la Edda habla de la muerte a golpe de espada y de veneno, de torturas y conflagraciones, pero nunca de enfermedades, infestación y decadencia. El lenguaje metafórico de Hitler, en cambio, se centra en lo clínico, cabría decir en lo epidemiológico. Los pueblos están "infestados"; doctrinas extranjeras penetran y se adentran cual "bacilos" en el "saludable cuerpo del pueblo": en su habla, la eugenesia deja de ser terapia de consulta o práctica quirúrgica para convertirse en un gigantesco hospital de campaña en el que los infestados candidatos a la muerte yacen entre sanguinolentos vendajes y miembros amputados. ¿Acaso es un error suponer que no dejan de aflorar en él las impresiones de la carnicera fábrica de muerte de aquella guerra de trincheras flamenca?

Todo eso no lo dice, claro está, y tampoco lo habría sabido, de ser así. Lo que le preocupa es el pueblo alemán, su salud, el peligro que lo acecha desde esos enemigos clínicos activados desde hace ya siglos, o milenios, y cuyo poder, o superpoder, quedó potenciado desde el surgimiento del marxismo, pero que ya estaban latentes, siglos y milenios antes, por una especie de pecado original, de extravío esencial de la humanidad, en particular de su raza más noble.

*"O tú o yo"*

Para su estúpido extremismo no hay más que salud o infección, y con los agentes que amenazan la salud no hay reconciliación posible, comunicación posible, a no ser el combate a vida o muerte.

En 1927 escribe: "La lucha contra los grandes animales ha terminado, pero aún prosigue, impertérrita, contra los seres pequeños, las bacterias y los bacilos. Y aquí no hay entendimiento marxista, sólo un 'o tú o yo', vida o muerte, extinguirse o ponerse al servicio de la causa".

Y aún más claramente lo dice en una de sus invectivas de 1928:

> ¡Toses, querido amigo! ¿Por qué toses? Porque tienes una tuberculosis pulmonar. ¿Y qué haces para combatirla? Te vas al médico y esperas que el médico inicie una sangrienta batalla contra los bacilos que te han provocado la tuberculosis. Pero éstos también son seres vivos que ignoran por qué existen, igual que tú, que no sabes para qué estás aquí. Ignoras lo que fue el hombre un día [...] y ahora de pronto te muestras brutal y cruel, tú, ¡el pacifista! Exterminar, dices de pronto. Sí, la batalla aún no está decidida. En su día fueron las bestias salvajes, hoy se trata de bacterias.

*La terrible simplicidad*

Bien, hoy sabemos un poco más que en tiempos de Hitler, y no sólo sobre las bacterias. Sabemos más sobre la naturaleza, sobre los principios de mutualidad, simbiosis y eficiencia del mundo natural, y sobre todo gracias a los trabajos del noble científico ruso y

anarquista, el príncipe Pjotr Kropotkin, que expuso sus tesis y descubrimientos a comienzos de los años veinte, antes incluso que Hitler. El mundo de Adolf Hitler era más simple, más terrible y más simple. Precisamente esta simplicidad es lo que lo hace inaccesible al intercambio, a la comprensión, al pacto, por decirlo así, con las leyes del mundo. Más aún, lo obliga al último paso, el decisivo, que da casi inconscientemente: el de tratar la historia de la humanidad como si de historia natural se tratara y, concretamente, de la historia natural vista desde la perspectiva de un Darwin vulgarizado y carnicero. Y así surge el gran lazareto, la lacerante preocupación por la capacidad de resistencia de los más nobles, porque éstos no se las tienen que ver con congéneres humanos sino con rabiosas y ciegas bacterias. Y por eso no pueden admitir posibilidad alguna de transacción, marxista o política en general, sino únicamente la sangrienta batalla a vida o muerte.

### *Superhombres y subhombres*

Estos nobles son, naturalmente, los arios; allí Hitler es fiel discípulo de sus profesores de juventud austríacos. Dicha doctrina racial afirma que en principio no ha habido ni hay más que una sola raza civilizadora, una raza capaz de crear cultura, y ésta es precisamente la de los hombres del Norte, los germanos, y sus primos indoeuropeos. Únicamente ellos llevaron la cultura a los pueblos inferiores de todo el mundo:

> Lo que hoy conocemos como civilización, como el resultado del arte, la ciencia y la técnica, es casi exclusivamente creación del ario. Y es precisamente este hecho el que permite la conclusión, ampliamente fundamentada, de que

> sólo él fue fundador de la humanidad más elevada y que representa el modelo mismo de todo lo que hoy designamos con la palabra "hombre".

Lo que no explica es cómo llegaron estos civilizadores hasta Egipto, Mesopotamia, China o a América Central. En cualquier caso, los habitantes de estos lugares sólo "adquieren cultura" gracias a la fertilización por los arios. Para ello fue precisa "la existencia de asistentes humanos": "Y así, la formación de culturas superiores tuvo como premisa básica la existencia de seres inferiores [...]. Sólo tras la esclavización de las razas sometidas, sufrieron los animales el mismo destino, y no al revés".

¿"Al revés"? Naturalmente, Hitler quiere decir "anteriormente". Su antropología es muy precisa: creador de cultura, animal de carga, bacteria, éstas son las categorías en las que divide la existencia humana de nuestro mundo y su historia.

*El constante peligro del suicidio*

Hitler no abandona nunca el pesimismo histórico. Bajo su luz despiadada, el logro cultural decisivo, el regalo de la "humanización" entregado a las poblaciones inferiores, se revela como ineluctable camino hacia el suicidio racial: "La experiencia histórica demuestra con aterradora claridad que cuando el ario mezcla su sangre con pueblos inferiores el resultado siempre ha sido el fin del portador de cultura".

Y la redención que otorga el ario es, en último término, un suicidio sacrificial, o al menos entraña el riesgo permanente de la inmolación. Y gana fuerza precisamente por el carácter excelso de la cultura del ario, que reduce el deseo brutal de aislamiento

y autoconservación y que le impide emplear formas de gobierno adecuadas. Hay que resistirse a impulso tan noble como inadecuado, pues: "Todo acontecimiento histórico es únicamente expresión del instinto de supervivencia de las razas en el buen y en el mal sentido".

## *Más allá del fascismo corriente*

Aquí surge la diferencia esencial que distingue al hitlerismo del resto de los fascismos, o al menos de los fascismos que tuvieron algún éxito. Lo que unía a Hitler con Mussolini, con Franco, con los intentos fascistas de Pilsudski, Pétain, Salazar, Antonescu, o como se llamen todos, está claro: un desprecio radical de la democracia mayoritaria, la aniquilación del derecho objetivo y, en consecuencia, la desposesión de todo derecho del enemigo político, junto con el poder paralelo ejercido por formaciones militares y paramilitares. Pero todos esos dictadores entendían y practicaban este tipo de política entendiéndola como fortalecimiento del Estado, erigiendo, o recuperando, su carácter excelso y su poder basado en el terror. Aún eran hegelianos que veían en el Estado la encarnación del *Weltgeist* (espíritu de la época). Cuando la "raza" desempeñaba un papel en sus doctrinas y en su propaganda, sólo lo hacía en tanto que producto de un largo proceso histórico de fusión del que cabía enorgullecerse.

En este sentido es ejemplar la conciencia que tuvo de sí el fascismo italiano. A la *razza* italiana pertenecían tanto etruscos, ligures, latinos, griegos, longobardos, normandos, como sarracenos, todos los que, en suma, habían aportado sus genes al surgimiento de la nación. (Se sabe que Mussolini no conocía en principio la persecución por motivos raciales, ni la deseaba, y que

sólo participó en la caza de los judíos ante la enorme presión a la que lo sometió Alemania. En sus últimos años en Salò la tachó expresamente de error.)

Los criadores de animales saben que el concepto italiano de *razza* es mucho menos nocivo que esa manía de los nazis con los arios. Todo el mundo sabe lo rápidamente que degenera por ejemplo el pastor alemán, fiel compañero de los vigilantes de los campos de concentración alemanes, si no se los cruza de cuando en cuando con otra raza; basta pensar también en la necesaria flexibilidad de los sistemas inmunológicos, que se reduce considerablemente al alcanzar cierta "pureza de raza". Pero Hitler no pensaba así, aunque sólo fuera porque sus conocimientos en materia de biología eran más bien pobres. Y así, no deja de confundir los términos "especie" y "raza", confusión que hizo posible el absurdo concepto de "profanación racial" (*Rassenschande*): "En general [...] no hay que olvidar jamás que el fin último de la existencia del hombre no es la conservación de un Estado o incluso de un gobierno, sino la conservación de la especie".

## *La política como programa inspirado en la historia natural*

Para Hitler era claro que la "raza" alemana no era menos variopinta que la mezcla italiana, pero eso le parecía enormemente peligroso. Consideraba una cuestión vital conseguir que los alemanes se "nordificaran" (*aufnorden*). Tal programa constituía el deber primero del Estado, y con ello incluía *expressis verbis* a la historia humana en la evolución milenaria de la historia natural:

> Lo que hoy se olvida en este terreno [...] ha de recuperarlo el Estado racial. Debe poner la raza en el centro de la vida común. Debe vigilar su pureza. El Estado debe apa-

recer por tanto como garante del futuro de los mil años, frente al cual el egoísmo del individuo no es nada y habrá de doblegarse.

### *Más allá de Stalin*

Esta preeminencia que subraya, obstinada, el papel subordinado del Estado con respecto a la raza, no sólo lo diferencia de sus colegas fascistas, sino también del sistema estalinista.

Muchos izquierdistas de antaño se apocaron después de 1989 y han borrado totalmente esta diferencia fundamental en favor de una teoría general del "saqueo y asesinato" propios del totalitarismo. Que Stalin acabase con muchas más personas y que construyera un Estado del terror y de vigilancia mucho más sólido que el de Hitler es innegable; pero lo construyó sobre los fundamentos de una mentira humanista, de una amputación oportunista de su propia teoría y tradición, no sobre un dogma de la cría proclamado abiertamente. Naturalmente, en el bolchevismo se colaban de cuando en cuando categorías biológicas, por ejemplo, cuando Lenin hablaba de "insectos híbridos". Pero, a pesar de ese desprecio solapado de los humanos, Lenin y, después de él, Stalin tuvieron que convertir a las masas a las que aniquilaron en una especie de "enemigo de clase" antes de ponerse manos a la –sangrienta– obra. Hitler no tenía necesidad de hacer tal cosa, pues el signo de la muerte o de la esclavitud de sus víctimas ya estaba impreso en sus genes.

### *El programa eugenésico centenario*

Que entre estas víctimas también había "enfermos hereditarios" era evidente. En el programa concreto de *Mi lucha*, la eugenesia y la eutanasia aún prevalecen por encima de la aniquilación de

los judíos y la "nordificación" si nos atenemos al énfasis verbal y al número de páginas que se les dedican. Pero aquí él pensaba en las etapas de la evolución biológica: "Poner trabas, aunque sólo fuera durante seiscientos años, a la capacidad de reproducción y la fertilidad de los degenerados físicos y los enfermos mentales no sólo liberaría a la humanidad de una desgracia incalculable, sino que aportaría tanto a su sanación que hoy resulta casi inconcebible".

Sobre este punto se extendió lo que quiso, y eligió el tono conminador de la advocación moral:

> El que no esté sano o no sea digno física y mentalmente no deberá perpetuar su sufrimiento en el cuerpo de su hijo. El Estado racial debe rendir aquí una labor educativa ingente. Pero será reconocida como una gesta más grande que las mayores victorias de nuestra época burguesa. Debe inculcar a cada cual que no es una deshonra, sino sencillamente una desgracia lamentable, estar enfermo y ser débil, pero que es un delito y además una profanación despojar de toda dignidad a dicha desgracia en aras del egoísmo, echándola a hombros de seres inocentes; y que en cambio es signo de un sentido excelso y aristocrático, y de admirable humanidad, que el enfermo inocente, renunciando a su propio hijo, dirija su amor y su ternura a un ser desconocido y pobre de su pueblo, que con su salud promete convertirse un día en miembro poderoso de una comunidad poderosa. Y el Estado debe actuar en este sentido sin reparar en que sea comprendido, aceptado o reprendido por ello.

Actuar en este sentido significaba para Hitler primeramente el esfuerzo físico, pero también la formación en lo que él deno-

minaba "idealismo": un sometimiento incondicional a la voluntad racial. El instrumento más adecuado para ello le pareció siempre el cuartel militar; únicamente quien pasaba por esa escuela nacional se convertía en "ciudadano del Estado" de pleno derecho: "Tras concluir el servicio militar se le entregará [al muchacho, ya convertido en hombre] dos documentos: una acreditación de ciudadano del Estado, documento oficial que le permitirá el acceso a cualquier ocupación pública a partir de entonces, y un atestado de buena salud, que confirmará su salud física y aptitud para el matrimonio".

En lo que concierne a la mujer alemana, Adolf Hitler es más escueto:

> Análogamente a la educación de los varones, el Estado racial puede dirigir la educación de la muchacha desde puntos de vista similares. También allí se pondrá el acento ante todo en la formación física, más adelante en el fomento de los valores morales, y finalmente en los intelectuales. El fin de la educación femenina es exclusivamente la futura madre.

A esto se reduce lo que piensa sobre la cuestión de la mujer.

### *¿Qué es "racialmente superior"?*

Es evidente que para Hitler los signos definitorios de la "superioridad racial" son externos y meramente físicos. Es cierto que no deja de referirse a la "sangre" y a los "valores de la sangre", y que de cuando en cuando alude a que, a fin de cuentas, no se trata de lo externo, lo que, a la vista del aspecto de

casi la totalidad de los dirigentes nacionales, suena pertinente. Pero del conjunto de sus propuestas para la educación de los judíos, de sus preferencias estéticas, de su rechazo del pensamiento reflexivo del tipo que fuere, se deduce claramente que pensaba en los craneómetros y los libros de genealogía de la cría bovina cuando se trataba de definir al más auténtico y noble.

Y, como un fanático, proyecta estos criterios de libro de genealogía al planeta entero. Sus conocimientos sobre la realidad internacional son mínimos, pero sus opiniones contundentes. El resultado es su preferencia, incluso admiración, por Inglaterra y los Estados Unidos de América (a los que, en consecuencia, considera racistas), tanto como su mofa de los anhelos de independencia de los indios y la entonces muy debatida "guerra santa" de los egipcios, para los que recomienda "el fuego graneado de las ametralladoras" y la "lluvia de bombas de impacto".

El eurocentrismo de Hitler es patente. Nada denota más lo mucho que dependía de la imagen decimonónica clásica, del siglo previo a la guerra mundial.

Esto también vale naturalmente para su actitud frente a los africanos negros. Nada lo enfurecía más que escuchar a alguien poner en tela de juicio el viejo y científicamente consolidado dogma de la inferioridad de los negros:

> De cuando en cuando le quieren hacer creer al ciudadano alemán que aquí o allá un negro ha ocupado por primera vez el cargo de abogado, profesor, o incluso pastor, o tenor heroico, o cosas parecidas... Parece que este corrupto mundo burgués no concibe que se trata aquí verdaderamente de un pecado contra la razón, que es

> una insensatez criminal adiestrar así a un medio simio hasta creer haber hecho de él un abogado [...] porque no se trata aquí más que de adiestramiento, como el del perrillo que hace cabriolas, y nunca de una "formación" científica.

(Esto, aunque sólo esto, lo liga a Voltaire.)

Pero ¿quiénes son estos delincuentes que con tanta elocuencia tratan de escenificar el filantrópico sinsentido de la posible igualdad de los negros? ¿Quién puede estar tan fervientemente interesado en diseminar tan necia doctrina? ¿Han surgido solos estos despropósitos, o se apoyan en un plan diabólico e increíblemente osado, plan que los pueblos, y sobre todo los ingenuos alemanes, aún no han descubierto antes de Hitler?

### *El bacilo mortal*

Aquí entra en liza la tercera categoría antropológica de Hitler: la bacteria, el mortífero desencadenante de la infección y el esquizomiceto por excelencia: el judío.

Como en todas sus fanáticas tesis, Hitler afirma que ha llegado a descubrir este peligro absoluto y mortal, parapetado durante años tras la sensiblería de lo humano, tras varios años de aguda reflexión y probada experiencia. Seguramente la afirmación es errónea, pero no nos hace falta buscar pruebas. El judío que dibuja y proclama Hitler no tiene en cualquier caso nada que ver con una experiencia personal, es un personaje ajeno al mundo: aunque físicamente un cúmulo de fealdades, mentalmente está muy por encima de los prosimios que son las razas inferiores comunes. Planifica a largo plazo, actúa con extremado refina-

miento, está siempre alerta y dispuesto a destruir lo excelso. En una palabra, el judío de Hitler es algo, o alguien, parecido al alien de las películas "B" de ciencia ficción, incluidas las variantes pornográficas más perversas del género:

> El chico judío de pelo negro acecha durante horas, con satánica sonrisa, a la inocente muchacha a la que deshonrará con su sangre, robándosela a su pueblo. Pues un pueblo puro, consciente de su sangre, jamás podrá ser sometido por los judíos. Y así, según un plan perfectamente trazado, intenta rebajar el nivel de la raza envenenándola sin cesar con la suya.

Sin duda, detrás de todo ello se esconde únicamente el deseo de despachar a la rubia Margarita de Fausto. Detrás hay un gran plan y una gran tentación. Como la serpiente del paraíso (el judío es, como ella, la encarnación del diablo), nos promete algo: algo que parece ser noble y glorioso y que precisamente por eso es excesivo y nos lleva al abismo. Y, de paso, hay que hacer notar que en un adjetivo salta de pronto la relación, concretamente allí donde Hitler vuelve a mencionar las férreas leyes de la naturaleza: "Allí se afirma con *judía* insolencia: '¡Es que el hombre supera a la naturaleza!'".

La superación de la naturaleza sería justamente la premisa de la realización de la insensata doctrina de la igualdad, es decir, la dignidad equiparable de todos los seres humanos, incluso de los débiles y los discapacitados. Dicha igualdad es a su vez condición previa de la victoria definitiva del judaísmo. Y en la medida en que el no judío, concretamente el ser excelso ario germano, quede atrapado en este lema humanista, se acrecentarán las probabilidades de éxito del gran plan judío.

Por ello, este plan se prevé de largo plazo. Y, por supuesto, el propio judío no cree en él ni por un instante; es demasiado inteligente para eso. Y en este diabólico engaño radica el enorme peligro del bacilo judío.

*La reina mística de Hitler*

Pero la instancia última y el eje del pensamiento hitleriano es, por supuesto, la naturaleza, o más bien lo que cree que es. Si en algún punto de *Mi lucha* cabe escuchar algo así como veneración o temor, o incluso perruna devoción, es en los pasajes en los que apela a esta diosa –la "cruel reina de toda sabiduría"– . Sin duda habrá sacado tan sonoro título de algún folleto popular (aquí habría un campo muy fértil para futuras tesis doctorales). Pero lo que no cabe dejar de oír es la siniestra consecuencia de su convicción, su fascinación por la insensible crueldad de esta reina. Es la insensibilidad de la serpiente, incluso del insecto, incapaz, o más bien, inaccesible a cualquier clase de comunicación conocida. Se declara devoto de esta crueldad, la abraza en un abrazo místico y la convierte en su sabiduría, y a él en su fiel ejecutor.

Pero ¿cómo gobierna esta cruel reina, este inmenso insecto galáctico provisto de garras y ojos compuestos? ¿Por qué principios se rige? ¿Es posible saberlo, "sin contar con que el ser humano aún no ha superado en ningún asunto a la naturaleza, sino que a lo sumo ha tratado de levantar uno u otro pico del gigantesco e increíble velo de eternos enigmas y secretos de aquélla"?

Una cosa sabe Hitler: la reina actúa de acuerdo con el "principio aristocrático" (esto es una afirmación recurrente). Selecciona lo mejor, lo que equivale a decir lo más fuerte. Y esto mejor

es lógicamente una minoría, en cualquier caso nunca la gran masa de los iguales. Este principio aristocrático es el motor de la evolución, la condición de su éxito. Según este principio y con este método se mide el éxito o el fracaso de las especies y razas. Y la grandeza última y siniestra del plan mundial judío se revela finalmente en su hostilidad a dicho principio.

## *El tropel de los enemigos*

Este plan consistía y consiste sencillamente en la imposición de doctrinas de salvación y métodos que desde hace milenios se oponen al principio aristocrático de la cruel sabiduría. Ésta es la premisa lógica de los enemigos imaginarios de Hitler, de su a primera vista demente guerra de múltiples frentes contra el humanismo, el liberalismo, el marxismo y (aunque esto no se formule abiertamente) contra el cristianismo consecuente. Todos ellos han sido y son encarnaciones históricas de la misma arrogancia antinatural, de ese alzamiento "de judía insolencia" contra los decretos de la reina.

De mil maneras penetra el bacilo judío, la "pestilencia", "el veneno en el cuerpo del pueblo"; esto ya lo comprendió Hitler (según él) en Viena. Y precisamente por ello hay que combatirlo desde mil frentes. Contracepción, teatro de entretenimiento, cine, parlamentarismo, comicios que se rigen por el principio mayoritario, pactos: todo esto es profundamente contrario al espíritu de la naturaleza, a su inclemencia, a su selección aristocrática. Y hay que empezar por la democracia parlamentaria: "La democracia actual de Occidente es precursora del marxismo, que sería impensable sin ella. Constituye el sustrato de esta peste mundial".

*La última batalla*

Y con ello el análisis paranoide de Hitler arriba a la seguramente última y decisiva permutación del espíritu judío, el marxismo. Aquí, este espíritu logra forjar su, por el momento, arma más aguda contra la sabiduría de la naturaleza; contra el marxismo hay que librar la última gran batalla:

> La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza y sustituye el eterno privilegio de la fuerza y el poder por la masa del número y su peso muerto. Al hacerlo le hurta a la humanidad la premisa de su existencia y de su cultura. Esta doctrina, si se adoptase como base del universo, conduciría al fin de cualquier orden humano concebible. Si el judío vence sobre los pueblos de este mundo con ayuda de su confesión de fe marxista, su corona se convertirá en corona mortuoria de la humanidad, entonces este planeta volverá a girar, como hace millones de años, vacío por el éter [...]. La eterna naturaleza venga inmisericorde cualquier infracción de sus normas. Y así, hoy creo actuar en el sentido del Creador todopoderoso: defendiéndome del judío, lucho por la obra del Señor.

*La reina y el Señor*

Ahí aparece de nuevo el lugar común de la tierra sin vida. Gobineau lo empleó en 1822, Ludwig Klages tres generaciones después, y ahora lo utiliza el frío agitador que desea liberar finalmente a la naturaleza de los asedios de su eterno enemigo. La

reina de la sabiduría parece no estar interesada en tomar partido, como buena reina; se venga inmisericorde, pero no hace la labor del Señor, un Señor que aparece contadas veces en la teología de Hitler. Este Señor (que en ocasiones sustituye por el término aún más vago "Providencia") es aparentemente una instancia subordinada, mejor predispuesta hacia el hombre y a los sentimientos más débiles del hombre de lo que beneficia a su poder y al futuro de la humanidad. Y así, requiere de un brazo que ejerza el poder terrenal, como se decía en tiempos del catolicismo, de un profeta armado y un enviado que le recuerde ocasionalmente que dejarle un espacio excesivo a Satán entraña un peligro mortal; un profeta, un enviado que ejecute "su obra", "defendiéndose del judío" (lo que significa este verbo quedó claro en los muelles de carga de Auschwitz-Birkenau).

## *Sostenibilidad*

De modo que Hitler consideraba que su misión, su tarea histórica, consistía en garantizar esa sostenibilidad de la pervivencia.

No emplea la palabra, y es poco probable que la conociera. Pero ya existía, procedía de la ciencia forestal. El significado es sencillo, incluso banal: por cada árbol talado es preciso plantar otro, por cada merma de la vida hay que crear un equivalente vivo, y sobre todo suficiente.

Pero como la muerte no es más que un trasiego de la vida, es necesario que encuentre su lugar legítimo en cada sistema vivo. Y de quién ha de administrar este lugar, o los lugares, de la muerte, por los siglos, para impedir la definitiva extinción del planeta, se ocupa en último término el programa hitleriano de la raza superior.

*Resumen*

El programa de Hitler abarca un lapso de tiempo imponente y se ocupa de la historia humana esencialmente desde la perspectiva de la historia natural. El objetivo máximo es asegurar la grandeza y el poder de la raza superior aria en un mundo que opera de acuerdo con los principios darwinianos. En ello, el papel del Estado es el de un subordinado que ha de crear las necesarias condiciones políticas. *Aquí radica una diferencia esencial con respecto a casi todos los demás fascismos.*

El papel de la raza superior en la historia fue desde siempre el de crear una cultura superior, que ulteriormente se transmitió a otras razas, con lo que se convirtieron en portadoras de cultura. Esto conminó, y sigue conminando, el peligro de la infestación racial, concretamente de la degeneración.

De allí se deriva el pecado capital de la historia de la raza: el hombre excelso ario se deja pervertir precisamente por su nobleza y actúa en contra de las leyes de la naturaleza, de su principio aristocrático de la selección de los mejores, es decir, de los más fuertes.

Dicha desviación se ve fomentada desde hace milenios por un bacilo satánico, una contrarraza: el judío. Su modo de vida es parasitario: se alimenta de la sustancia de las razas seducidas y subyugadas por él. Los pervierte por una parte mediante la "profanación racial", y por otra mediante programas de defensa del débil, mediante el pacifismo, el humanismo, el igualitarismo, en una palabra, mediante un plan por el cual da a entender que es más listo que la cruel reina de la sabiduría.

No es difícil ver que con este satánico plan judío Hitler no se refiere a otra cosa que a la suma de la tradición humana tal y como ha evolucionado desde los tiempos de los filósofos grie-

gos y de los profetas judíos, y que conformó el futuro de Europa hollando los caminos del cristianismo y del humanismo. Hitler es el primer político del moderno mundo de Estados que denuncia abiertamente esta tradición como extravío, que la erige en enemigo mortal y le declara la guerra.

Como desde el siglo XIX no faltaban ni comparsas ni munición para semejante declaración de guerra (desprecio de la democracia, socialdarwinismo, racismo, eugenesia, teorías sobre el espacio vital), nadie reconoció en un principio que en el programa expuesto en *Mi lucha* se demonizaban los valores esenciales de la civilización (también los seculares del poscristianismo) presentándolos como un satánico complot, por cierto ayudándose de vagos vocablos de resonancia religiosa, fácilmente identificables por el cristiano medianamente formado si tenía voluntad de hacerlo.

Entonces, ¿por qué se negaron tantos coetáneos, indiferentes, ingenuos, pero algunos bastante inteligentes, a reconocer esta abierta proclamación de barbarie pagana?

Cabe explicarlo tomando como ejemplo la relación de Hitler con el cristianismo y con la comunidad cristiana alemana.

## EXCURSO II
### *Hitler y el cristianismo real*

“Desde el principio he rechazado a esas seudoautoridades. Son falsos gobiernos que, vistos desde la perspectiva del sentimiento alemán de justicia, desde la perspectiva de la cultura cristiana, sólo cabe combatir.”

Tal afirma un testigo del juicio bávaro de 1924 con el que se quiso lavar la cara al *putsch* de noviembre de Hitler, Ludendorff y secuaces.

El testigo se llamaba Ernest Pöhner, presidente de la policía de Munich. Era el pilar más importante de los secretos asesinos de la derecha radical en todo el Imperio alemán, su delegado ante la "gruta de los lobos de Munich", popularmente llamada "central asesina" y núcleo de la red protofascista.

No se sabe si Pöhner conocía personalmente al cardenal Faulhaber, que vivía a unas pocas manzanas de él. Pero lo que sí está claro es que el cardenal compartía sus opiniones sobre lo lejos que estaba de Dios la República de Weimar. Aun en 1925, en el día de los católicos de Munich, habló de ella como de un engendro hecho de traición y perjurio; y fue el católico Adenauer quien lo recriminó hábilmente, pero desde luego sin mucho tacto.

¿Eran tan afines el escribano asesino y el príncipe de la Iglesia?

Un buen puñado de izquierdistas afirman que sí. Pero las cosas eran y son más complicadas. Lo que tenían en común el radicalismo de derechas y los círculos cristianos era un compendio de miedos y ofensas. Muchos de éstos procedían de hechos del siglo anterior (en realidad, eran anteriores a 1789), pero a éstos se le añadieron muchos otros: a la socialdemocracia, a los liberales de izquierda y al impío movimiento del Imperio guillermino se sumaban ahora las nuevas potencias económicas y el arte moderno, ostensiblemente "degenerados", además de esas atrevidas modernidades del tango y las rodillas al aire y, en general, todo ese circo hecho de ironía, duda y libertinaje.

Y, por supuesto, el bolchevismo. Primero apareció en 1917 como lejana misiva de Oriente, y luego, en 1919, tras el derrocamiento de tronos y generales, como amenaza cercana y perceptible encarnada en los humillados, en los soldados espartaquistas con sus fusiles invertidos y las desnutridas granaderas vestidas de gris, en agitadores de voces dispares que esgrimían el voca-

bulario del derrocamiento. Y, sobre todo, la amenaza se cernía sobre una cosa: la propiedad. Esto lo justificaba todo: el cadáver de Rosa Luxemburgo en el Landwehrkanal y los cuatrocientos muertos en las barracas de los jardineros del Cementerio del Este muniqués, asesinados por el terror blanco, e incluso los veintiún católicos que vinieron después, muertos a manos de los jóvenes paganos de la brigada Erhard, con su esvástica en el casco de acero.

Cuán arraigado estaba este terror rojo, y cuán poco se reparaba en el blanco, lo prueba con aterradora claridad el discurso fúnebre en memoria de los veintiuno que pronunció el padre jesuita Rupert Mayer. Más tarde, después de 1933, llegaría a convertirse en uno de los protagonistas más destacados de la resistencia contra el régimen nazi; en 1919 habló del fin del terror y de la reconciliación, sí, tendió la mano del perdón a los asesinos, a los verdaderos culpables de esas muertes: ¡los agitadores rojos!

Y también en los años que siguieron el primer objetivo de los que tenían encomendada la salud de las almas de los trabajadores y de los pobres fue, en la medida en que hubo tales seres, el de salvar al mayor número posible de estas almas de las garras del odio de clase, liberarlas de ese afán de desquite proletario, es decir, alejarlas del círculo de influencia del comunismo, lo que equivalía a rescatarlas de la impiedad. La idea de que pudiera haber estructuras sociales ilícitas aún estaba lejana: más de cincuenta años después, y a miles de kilómetros al suroeste, al otro lado del Atlántico, apareció la teología de la liberación.

Tal es la situación de la que parte el agitador treintañero Hitler y su instinto político la percibió con certeza, ya que compartía con los reaccionarios el lacerante dolor del recuerdo de la vieja gloria y la rabia contra la República. Se dice que durante el perío-

do previo al *putsch* de 1923 le dirigía, servil y devoto, el apelativo de "Majestad" al heredero de la corona de la dinastía Wittelsbach. Para los reaccionarios no era más que el tambor subalterno, el desclasado que a su vez debía azuzar a los desclasados. Pero de la Austria prebélica trajo una serie de experiencias aún desconocidas en la Alemania weimariana.

En esa época, en Viena, veneraba a dos dirigentes sobre los que se extiende prolijamente en *Mi lucha*: el jefe e ideólogo de los pangermánicos, un tal Ritter von Schönerer, y el poderoso Lueger, demagógico alcalde de Viena. Schönerer era un ferviente admirador de Bismarck, un progermano y antisemita de la peor calaña que nunca consiguió reunir a un grupo numeroso de adeptos. Lueger era el fundador y creador de los socialcristianos, un partido popular de éxito. Schönerer caló, o más bien penetró a golpe de codo, en aguas aún más turbias y terminó por fundar un movimiento llamado "Los Von Rom" (Lejos de Roma), que tuvo tan poca fortuna como sus calendarios domésticos de motivos germanos. En cambio Lueger avanzaba de victoria en victoria. Hitler consideraba que las doctrinas de Schönerer eran mucho más coherentes y puras, pero sus incursiones en ciertos territorios religiosos le parecieron tácticamente imperdonables. Durante páginas y páginas se extiende comentando este error, e insta a todos los entusiastas de la reforma a no confundir el nacionalsocialismo con una nueva religión, sino a acudir ellos mismos a las iglesias para difundir allí sus ideas desde dentro.

Lueger hace algo muy distinto. Desde luego, era una astilla en el ojo de la mayoría de los prelados nobles del *establishment* habsburgués; pero su catolicismo popular, aderezado con una buena dosis de antisemitismo y de hostilidad hacia el checo, calaba:

> Su relación, astutamente modelada, con la Iglesia católica le hizo ganarse en muy poco tiempo a los clérigos más jóvenes hasta el punto de que el viejo partido clerical se vio obligado, bien a retirarse del campo de batalla, u, opción aún más inteligente, a afiliarse al nuevo partido para reconquistar poco a poco el terreno perdido.

En su lucha contra los checos y los judíos, Lueger era tan brutal como pragmático; seguramente fue él el que acuñó la frase "¡Yo diré quién es judío!". Y también era él quien debía decir lo que era la Iglesia, concretamente, el cristianismo: un órgano más que útil, preñado de experiencia de dominación histórica e imitable, cuya enemistad no convenía en absoluto.

Así pensaban casi todos los primeros fascismos, desde la "Action Française" hasta el fascismo rumano, pasando por la "Legión de San Miguel" de Codreanu.

En cualquier caso, en los primeros años de Munich, Hitler se desprendió definitivamente del rebozo "racial" de su visión del mundo, con lo que elimina un posible motivo de crítica por parte de las Iglesias. En *Mi lucha* se burla durante páginas enteras de esa charada racial germánica con su ensalzamiento de los cuernos de vaca embutidos en cascos de cartón y de los chalecos de piel, de todo ese jaleo querisco* que en su juventud austríaca dominó la sección fundamentalista de la agitación pangermánica, dando alas al anticlericalismo racial.

Pero los nacionalsocialistas sí tenían entre sus filas a ideólogos de lo pagano nórdico, y sobre todo a Alfred Rosenberg, que convirtió el entramado escandinavo en un *Mito del siglo XX* y que quería relegar tanto al cristianismo como al judaísmo a las tinie-

* Querisco: general germano. [N. de la T.]

blas de Oriente. Construyeron salas para los *Things* (asambleas de gobierno germánicas) y confeccionaron liturgias aliterantes, e incluso ocuparon con ello las horas de servicio de las juventudes hitlerianas. Himmler fue más allá que Rosenberg y lo superó, cuando puso a las SS en el centro mismo del poder; eliminó la cruz del monasterio románico de Quedlinburg y lo convirtió en santuario de una orden. Creó y financió la Asociación de Investigación y Entrenamiento de las SS, que se aprestó afanosa a desentrañar los escombros de la historia y la prehistoria.

Los auténticos nazis no le daban importancia a semejantes mascaradas. Goebbels, por ejemplo, se burlaba casi abiertamente de esa casposa estética germánica, y como custodio del cine alemán propugnó una política de entretenimiento dura destinada al hombre común (exceptuando alguna que otra gesta heroica oficial).

Básicamente, Hitler compartía su opinión. Sabemos por los *Tischgespräche* que consideraba con gran escepticismo la visión ensalzadora de lo germano de Himmler y todo hurgoneo arqueológico de aficionados. Se preguntaba, y preguntaba a sus interlocutores en la mesa, qué podía probar el descubrimiento de un hogar germano: lo más que podía hacer era recalcar la superioridad de los griegos, que en aquel tiempo ya erigían magníficos templos.

Hitler era sincero. No sólo le agradaba la pomposa arquitectura vienesa del Ring, sino que amaba el arte antiguo, tal y como él lo concebía; llegó a comprarle algunas obras maestras helénicas a los ricos y potentados del siglo XIX, y lanzaba histéricas invectivas contra el arte moderno. Pero ¿qué es lo que ante todo veneraba de y en la Hélade? Esparta y sus brutales prácticas de dominación y selección, en las que reconocía la sabiduría de su cruel reina.

Pero con esto no llamaba mucho la atención, ni siquiera entre los cristianos. Éstos continuaron viviendo, despreocupados, en un

museo de recuerdos europeo occidental, en el que naturalmente se le dedicaba una vitrina propia a los heroicos espartanos con sus asesinatos sistemáticos de ilotas y minusválidos, vitrina contigua a las de los demócratas atenienses, la República romana y los césares, el expansionismo medieval alemán hacia el Este y las (naturalmente benéficas) cruzadas que tan fácilmente se apropiaba la saga heroica alemana. Y ésta partía de Federico Barbarroja, pasaba por Federico el Grande y las guerras de liberación, y desembocaba en aquel macabro acontecimiento de 1914 en Langemarck, donde estudiantes voluntarios emprendieron el asalto entonando el himno alemán para no ser tiroteados por los fusiles del propio bando, escena muy propia de la pedagogía alemana weimariana y que jamás se ha puesto en tela de juicio.

En semejante ambiente resultaba casi imposible distinguir las ideas de unos y de otros, prácticamente no podía decirse dónde se requería tal discernimiento. Durante los años relativamente robustos de la República de Weimar, las Iglesias (sobre todo la católica) desaconsejaban oficialmente la adhesión al movimiento hitleriano, pero el denominador común de los agravios y temores compartidos tenía demasiado peso. Y Hitler ya había puesto en marcha sus acciones paralelas, que despojaron de todo derecho la vida en el Tercer Reich. Sus matones de las SA y SS atacaban furibundos a curas, y sobre todo a los seglares fieles, mientras él de puertas afuera se atenía a su eslogan del "cristianismo positivo" y se dejaba fotografiar, el semblante contenido, abandonando la iglesia.

La decisión última la tomaron finalmente las propias Iglesias. Tras la toma de poder de 1933, el brazo oficial del catolicismo abandonó el partido centrista, su agencia constante desde los días de Bismarck, al precio del tan ansiado Concordato imperial. Este concordato recordaba una vez más el mundo del siglo XIX, un

mundo marcado por decisivas y dolorosas laicizaciones en Francia, Italia y los Estados Unidos de América: onerosos sueldos y subvenciones para la vida eclesiástica, justificados en último término por la pérdida de los derechos sobre el suelo ocurrida en tiempos de Napoleón. Y las obligaciones jurídicas que resultan de este concordato, como por ejemplo el pago de los salarios de los catedráticos de universidad, las respetaría escrupulosamente la Alemania hitleriana hasta abril de 1945.

Hitler enjuició y trató al protestantismo de un modo muy distinto. Éste ya estaba infestado hasta lo más profundo de las comunidades por "cristianos alemanes", y por ello no pareció insensato adoptar medidas organizativas y emplear a un "obispo imperial" que gozara del favor del Führer, un tal Herr Müller.

Los cálculos no se hicieron del todo bien, y surgió la llamada "Bekennende Kirche", que no quería someterse a ese yugo. Además, en Württemberg y Baviera siguieron actuando los obispos de los Länder, Wurm y Meister, que sabían maniobrar entre el asentimiento a las directrices del Estado y la independencia.

Pero, fuese como fuese: el año 1933 conoció una breve época engañosa en la que pareció posible que aquel Estado del Führer, que posaba tan serio, y el mundo de las autoridades eclesiásticas podía llegar a establecer algo así como un pacto de las fuerzas del Estado que entrañaría una ofensiva contra los viejos temores y peligros, armada con los poderes de la dictadura e inspirada en las tradiciones de la cristiandad occidental, tal y como la entendía el viejo conservadurismo.

Una vez más es una fotografía la que alimentó tal ilusión (por lo que los nazis se encargaron de sacarle buen provecho): la fotografía de un canciller del reino que respetuosamente le tiende la mano al nuncio papal Vasallo di Torregrossa. El fornido prelado, ataviado con el lujo del Vaticano, lo mira con ojos since-

ros y cordiales y afirma: "Durante mucho tiempo no le entendí. Pero me esforcé mucho en conseguirlo. Ahora le entiendo".

Los acontecimientos de los años que siguieron no dejan en buen lugar la agudeza del diplomático papal. Fueron los años en los que el régimen consiguió mal que bien arrinconar a las Iglesias en una reserva de impotencia e irrelevancia social, proceso durante el cual la presión ejercida sobre los desconcertados fieles no dejó de acrecentarse. El resultado de esta evolución fue la encíclica "*Mit brennender Sorge*", que, a pesar de todas las maniobras de bloqueo oficiales y partidistas que se orquestaron, finalmente fue leída desde los púlpitos. Parecía que por fin llegaba el momento de la verdad (o debía llegar), de la verdad de que la sustancia pagana del régimen excluía, a partir de ese momento, cualquier forma de cooperación.

Entonces ocurrió un hecho que hundió a los frentes religiosos y espirituales en una desdichada confusión: el golpe de los generales españoles de 1936.

La reacción fue inmediata. El mundo católico, y hasta cierto punto también el mundo burgués protestante, se identificó casi enteramente con la causa de la España eternamente católica, del antibolchevismo combativo, es decir, con la causa de Franco.

La reacción se produjo en todo el mundo, pero tuvo particular relevancia para Alemania y Austria. Los temores y agravios de los años 1917 a 1919, claramente reconocibles en los dos bandos enfrentados en esa guerra civil, hicieron retroceder la conciencia eclesiástica al modelo atávico, a esquemas de dominio y sentimientos que prácticamente impedían diferenciar y reconocer la verdad objetiva: todavía en 1936 se trataba sencillamente de la causa de la libertad democrática en España, que tanto había costado alcanzar, hasta que en ambos bandos se desataron las masacres y las depuraciones.

Yo tenía entonces catorce años, de manera que estaba en una edad en que es imposible sustraerse al embrujo de las fanfarrias del heroísmo puro. Sin embargo, tuve la suerte de que mi padre estuviera un poco más informado sobre la situación en España de lo que lo estaba el público alemán, ensordecido y cegado por la propaganda y la censura. Pero lo que aún quedaba de la prensa eclesiástica osciló de forma unívoca hacia una nueva línea argumentativa contra la represión ejercida por los que mandaban en España. En España, decía, hay que combatir ahora al gran enemigo común: allí se está demostrando de qué heroicidades es capaz el catolicismo más enérgico y fiel a la fe. (No tardaron en poner en circulación toda una serie de mitos heroicos, como por ejemplo el de los defensores del Alcázar de Toledo, o la historia de un valiente piloto de caza alemán hijo de no sé qué condes. Por supuesto, en estos medios teledirigidos nada se dijo de los moros cortadores de cabezas, o del general loco de la Legión Extranjera que profirió el grito de "¡Viva la muerte!".) Desde esta perspectiva, se quejaba, resultaban del todo incomprensibles los constantes desmanes de los nazis contra las iglesias cristianas.

La guerra española duró de 1936 a 1939 y, casi sin solución de continuidad, estalló la Segunda Guerra Mundial. Su efecto sobre los espíritus y sentimientos, los extravíos en que por su causa incurrió el cristianismo real, sobre todo el catolicismo, fueron una desgracia casi insuperable. Dichos efectos hicieron posible, por ejemplo, que se mantuviese el servicio castrense de cura de almas, aún enteramente organizado según el modelo del Estado eclesial, con un aura de cómoda naturalidad. Con el Concordato imperial sólo quisieron asegurar el suministro de sacramentos al rebaño, fueran cuales fueran las condiciones éticas y espirituales que imperasen.

Un antiguo oficial polaco cuenta en sus memorias que en los primeros días tras la conquista de su país buscó un castillo en el que se alojaba una unidad de monteros. Los probos milicos asistían en ese momento a una misa que oficiaba un sacerdote militar. Sin embargo, en el sótano se arracimaban judíos y otros elementos indeseables, cuyos lamentos se oían a través del suelo de parqué. Ni al oficiante ni a los soldados les molestaban sus voces, eso incumbía a otro departamento.

# VI
# LAS CUATRO VÍAS
## O LA BÁRBARA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Nos acercamos al meollo del asunto, es decir, qué puede suponer la fórmula hitleriana para el futuro del mundo. La insensata consecuencia de su metafísica, su irrestricta veneración de la cruel reina de la naturaleza, tal y como él la entendía, queda patente si analizamos su utilización metódica en *Mi lucha*: su aplicación al posible destino de Alemania y a su política exterior más adecuada.

### *No basta para todos*

El análisis de Hitler comienza con sus usuales tonos grises:

> Tras observar lúcidamente las premisas de la actuación que en política exterior ha de tener el estadista alemán, habría que llegar a las siguientes convicciones:
>
> Alemania tiene un crecimiento demográfico anual de cerca de novecientas mil almas. Cada año aumentará la dificultad de alimentar a este ejército de nuevos ciudadanos y esto necesariamente desembocará en una catástrofe a no ser que se encuentren los modos y vías para evitar a tiempo el peligro de esta carestía.

Nuevamente nos conduce al gran puesto de socorro histórico en un mundo acuciado por constantes peligros y extinciones.

¿Cómo evitar lo peor? Hitler no tarda en ser más concreto: "Hay cuatro vías para evitar tan terrible evolución".

Sobre estas cuatro vías Hitler se extiende con un detalle inusual en él, e incluso aparatoso. Vamos a enumerarlas citando sus propias palabras:

1. Se podría, siguiendo el ejemplo francés, restringir el incremento de los nacimientos por medios artificiales, lo que evitará la superpoblación.
2. Una segunda vía sería lo que hoy se propone y se ensalza sin cesar: la colonización interior.
3. También podríamos conquistar nuevas tierras para trasladar anualmente a los millones de personas sobrantes.
4. O bien cabría instaurar una industria y un comercio destinados a cubrir las necesidades de los otros, para ganarnos el sustento gracias a estos beneficios.

¿Qué vías considera aceptables? ¿Cuáles descarta?

*La primera vía es contra natura*

La vía número uno, el método francés, no puede considerarse, a pesar de que hay circunstancias que parecen favorecerla:

> En tiempos de gran miseria o de condiciones climáticas adversas, la propia naturaleza suele recurrir igualmente a la limitación del crecimiento poblacional de determinados países y razas, y lo hace por medios tan sabios como despiadados. No impide la fertilidad en sí, pero sí la supervivencia del vástago, exponiéndolo a pruebas y carencias

> tan grandes, que los elementos menos fuertes, menos sanos, regresan forzosamente al seno de lo eternamente desconocido. Al actuar con tal brutalidad contra el individuo, llamándolo hacia sí en cuanto no se ve apto para combatir los embates de la vida, conserva con fuerzas la raza y la especie.

Pero los seres humanos no se someten a esta lógica:

> Otra cosa es que el propio hombre se apreste a limitar su número. Su ser no está hecho de la misma madera que la naturaleza, sino que es "humano". Cree saber más que la cruel reina de toda sabiduría. Mientras que, al permitir la generación, la naturaleza somete a la progenie a las más duras pruebas y elige de entre un número excesivo de individuos a los mejores, a los más aptos para la vida [...], el hombre limita la propia reproducción, pero se afana en asegurarse de que, una vez nacido, cada ser se mantenga con vida al precio que fuere. Esta rectificación de la voluntad divina se le antoja tan humana como sabia, y se regocija, una vez más, de haber vencido a la naturaleza, incluso de haber demostrado su ineptitud. Lo que el querido monito del Todopoderoso no quiere ver u oír es que, aunque haya limitado el número, también ha reducido el valor de cada individuo.

El párrafo contiene dos elementos clave de la teología hitleriana: la "cruel reina de toda sabiduría", y el "querido monito del Todopoderoso". Ya hemos tratado de descubrir cuál era la relación entre ambos. No será posible definirla por completo, para ello esta teología es poco sistemática y demasiado confuso el

lenguaje de Hitler. Pero en sus frases resuena innegable el *pathos* de su identificación con los grandes fines de la cruel reina:

> Sin embargo, al final ocurrirá que este pueblo dejará de existir en esta tierra; [...] una estirpe más fuerte ahuyentará a los más débiles, ya que el impulso vital siempre acaba por romper los ridículos lazos que ligan a la llamada humanidad con el individuo para permitir la aparición, en otro lugar, de la humanidad de la naturaleza, que destruye toda debilidad y permite que la fuerza ocupe su puesto.
>
> Por tanto, el que pretenda garantizar la existencia del pueblo alemán mediante la vía de la autolimitación de su crecimiento, le roba con ello todo futuro.

Aquí se exige el empleo de la eugenesia en su versión más despiadada, la única que permitirá que el pueblo alemán no sucumba a manos de una larga decadencia, tan irrefrenable como poco reconocida. Y la extinción es inevitable desde el momento en que el hombre intenta vencer a la naturaleza; entonces, tarde o temprano, aparecerá el hambre y la miseria.

### *Someterse a la selección*

Pero está claro que Hitler no espera que los alemanes se sometan a esa prueba de miseria y hambre de la reina cruel. La selección del más fuerte no se ve ya como un destino al que hay que plegarse humildemente, sino que precisamente su aceptación sin reservas se concibe como un método político de actuación a largo plazo.

Esta amplitud de plazos era una necesidad estratégica para Hitler. No cree en el *muddling through*, en ese penoso avance a golpe de codos propio de la democracia anglosajona. Más bien exige para su política un lapso de siete generaciones –lo que tardaron al parecer los indios norteamericanos en consolidar su moral...–, no, en realidad se trata siempre de siglos, del "Reich de los mil años".

*La segunda vía es demasiado modesta*

Este juicio vale también para su análisis de la segunda vía, la de la "colonización interior". Se entendía bajo este concepto la mejora de la base alimentaria, por una parte gracias a la adquisición de nuevas tierras (roturación de los cenagales, creación de nuevos pólders en la costa, etc.) y, por otra, mediante el incremento de la producción por unidad de superficie cultivable. Tampoco esta vía sale airosa de su prueba de sostenibilidad:

> Es indudable que la productividad del suelo puede incrementarse hasta un cierto límite, pero sólo hasta un cierto límite, y no indefinidamente. Incluso con la mayor austeridad, por una parte, y el mayor esfuerzo, por otra, aquí también se alcanzará la frontera que traza el propio suelo. A pesar de todos los esfuerzos no será posible ganarle nada más, y entonces aparecerá de nuevo la maldición, si bien algo más tarde... En ese punto la naturaleza habrá de acudir de nuevo en nuestra ayuda para seleccionar a los elegidos; o bien el hombre decidirá intervenir de nuevo, es decir, pasará a limitar artificialmente su crecimiento.

Y luego, además, ¡aparecerán las terribles consecuencias raciales!

En última instancia, la lucha por la vida será más o menos sangrienta, y toda política ha de tenerlo en cuenta: "Para la naturaleza no existen las fronteras políticas. Comienza por poner a los seres vivos en el planeta y vigila que entre en liza el libre juego de sus fuerzas. El más valiente y esforzado, hijo predilecto de la naturaleza, obtendrá entonces el derecho al dominio de la existencia".

Pero entonces llega de nuevo el enemigo de antaño, el judío, que trata de ganarse al benévolo y confiado alemán para su discurso pacifista:

> Conoce demasiado bien a su gente como para no saber que caerán agradecidos en brazos de cualquier farsante que los convenza de que ha encontrado la manera de hacerle un quiebro a la naturaleza, que la dura e inmisericorde lucha por la vida será superflua, y que, en lugar de luchar podrán, a veces con un poco de trabajo, y a veces sin hacer nada... erigirse en los amos del planeta.

### *Nuevo suelo*

De modo que hay que ganar suelo nuevo, y, además, cuanto antes. Hitler no habla aquí de las posibilidades de la química agraria (la tecnología genética no se había inventado aún). Pero sabemos por otras afirmaciones suyas que no tenía buena opinión de los abonos artificiales; incluso en ese punto, relativamente insignificante, se atiene a la lógica de su cruel reina. Pero también descarta esta segunda vía: "Con ello no quedan más que dos cami-

nos para asegurar el trabajo y el pan a una población cada vez mayor: o bien una política del suelo, o una política colonial y de comercio".

No hace falta ser muy agudo para adivinar cuál de las dos prefiere Hitler. El comercio y la exportación jamás podrán sustituir aquello que le parece primordial: la poderosa permanencia de la sustancia racial.

> Una reserva estable de campesinos medios y pequeños ha sido siempre la mejor protección contra las enfermedades sociales que hoy nos invaden. Pero éste es también el único modo de que una nación obtenga su pan de cada día en el circuito interno de una economía. La industria y el comercio deben retroceder, pues no es sano que ellos dirijan, y se alinearán en el marco general de una economía nacional de necesidades y de compensación.

Pero para todo ello hace falta espacio, hace falta suelo:

> Si este planeta tiene verdaderamente espacio para que vivan todos, entonces deben darnos el suelo que necesitamos para vivir.
>
> Pero a nadie le gusta esto. Entonces aparece con toda su pujanza el derecho a la autoconservación, y lo que no se consiga por las buenas, deberá exigirse con los puños. Si en su día nuestros predecesores hubieran hecho depender sus decisiones de las mamarrachadas pacifistas que vemos en la actualidad, no tendríamos más que un tercio del suelo que ahora poseemos. Este empeño nuestro tan natural en la lucha por la existencia se lo debemos a las dos marcas orientales del Reich, y con ello esa fuerza

> interior del territorio que ocupa nuestro Estado y nuestro pueblo, y que es la única que nos ha permitido existir hasta hoy.

La misión esencial de la política alemana es por tanto la política de poder: retomar la expansión medieval hacia Oriente, que, bajo el signo de la cruz, pero con asesina brutalidad, arrolló a los pueblos bálticos y eslavos. Toda la política exterior ha de encaminarse hacia ese objetivo. Pero para ello hay que tener libres las espaldas, concretamente mediante una alianza permanente con la potencia marítima germánica, con Inglaterra.

*Leviatán y Behemoth*

El plan entero encaja perfectamente con la metafísica racial de Hitler. Inglaterra y América eran para él los garantes de la superioridad nórdica sobre los pueblos inferiores del mundo, en la medida en que éstos podían dominarse desde el mar. La enorme masa terráquea euroasiática, en cambio, debía someterse a la expansión alemana, debía germanizarse a conciencia durante varias generaciones. El juicio de Hitler dividió al mundo entre lo que le correspondía a Behemoth, el gigante terráqueo, y a Leviatán, el gran monstruo marino. Como Alemania lindaba hacia el este fundamentalmente con eslavos, tal expansión debía regularse enteramente según el modelo "pueblo dominador-animal de carga", sobre todo una vez que se hubiera terminado con el peligro mayor, el bacilo judío. Como los animales de carga no disfrutan, básicamente, de derechos humanos, su empleo (o exterminio) depende del arbitrio del pueblo dominador.

*El pueblo dominador como amo de la técnica*

Pero hay un problema práctico: los alemanes medievales avanzaron con éxito hacia Oriente pertrechados con instrumentos de guerra y de paz bastante primitivos, mientras que en el siglo XX disponen de un alto nivel técnico, sobre todo en el ámbito del armamento, que desde luego no podía alcanzarse con una agricultura pequeña y mediana. Además, Hitler no admite dudas sobre el hecho de que la "cultura alemana" no se componía únicamente de predios y asambleas Thing, sino también de todos los avances con que la era industrial obsequió a sus elegidos. Sí, precisamente el nivel y la enjundia de estos logros prueban su superioridad racial.

Pero ¿acaso no acecha tras estos logros el germen de la decadencia? ¿No forman parte de esa ideología que con "judía insolencia" aspira a vencer a la naturaleza? ¿Encajarán siquiera en un mundo sostenible, en su futuro milenario?

La respuesta se obtiene de la premisa racista. El pueblo dominador no sólo tiene derecho, sino que está obligado a conservar su nivel civilizatorio y a mejorarlo. Sólo así podrá cumplir su misión fundamental: reinar de modo irrestricto sobre el orbe como emperador de la *Pax Germanica.*

No se trata aquí de una deducción especulativa, hay pruebas de sobra. Cuando, en la década de los años veinte, un ciudadano ingenuo le preguntó a Adolf Hitler qué pensaba de la idea de la paz mundial, Rudolf Hess respondió en su nombre que el Führer podría desde luego apoyar esa idea. Sin embargo, siempre bajo la premisa de que la raza más inteligente y más fuerte asumiera el papel de policía. Para ello debía disponer de todos los mecanismos e instrumentos de poder necesarios, así como suficientes medios materiales de subsistencia; los demás debían restringir su uso. (Lo que significa "restringir" en este contexto quedó claro a partir de 1939.)

*El viejo y el novísimo modelo de barbarie*

Esta exigencia radical de la raza dominadora aboca a un modelo de pensamiento humano antiquísimo, el modelo de la barbarie. Muchas sociedades tradicionales –tribus, clanes, comunidades lingüísticas– se definían a sí mismas, con toda ingenuidad, como "hombres", un título honorífico que no podía atribuirse a los foráneos. Ésos eran en principio subhombres, y dependía enteramente de la decisión del grupo si se los acogía como huéspedes, se los usaba como esclavos, o, sencillamente, se los sacrificaba. Los griegos, que definían a todos sus vecinos como *barbaroi*, no se desligaron de este modelo: incluso en tiempos clásicos, en las luchas entre polis y polis, el destino regular de los vencidos seguía siendo la masacre y la esclavitud. Esto no cambió hasta el helenismo.

Es cierto que la barbarie de Hitler se encontraba unas vueltas más allá dentro del avance en espiral del progreso. Ninguna piedad arcaica, ninguna conciencia trágica, ninguna queja común sobre el pesado destino, como las encontramos en Homero en boca del griego Aquiles o del rey troyano Príamo, puede detener este progreso o ponerle cadenas. El espíritu de la época, y sobre todo la ciencia del siglo XIX, había superado con creces tales ámbitos sentimentales, enteramente primarios, y también los métodos de sometimiento, diezmo y genocidio se beneficiaban enormemente de los factores productivos que eran la ciencia y la técnica.

Esta bárbara cuadratura del círculo, la entronización de un pueblo dominador superior, pertrechado con todos los privilegios de la modernidad, que debía garantizar, que podía garantizar, por lapsos de siglos la sostenibilidad y continuidad de la vida en el planeta y sus avances civilizatorios, tal fue el secreto del éxito de Hitler. Una vez liberados del foráneo mensaje judeocristia-

no, que se denunciaba desde la Ilustración, y de los sueños utópicos del internacionalismo, sería posible iniciar la altamente tecnificada marcha hacia las planicies euroasiáticas, no sólo manteniendo, sino incrementando incluso los niveles de la civilización atlántico europea (tal y como la entendía Hitler). El pueblo que había dado a luz a un Goethe, a un Beethoven, a Diesel y al conde Zeppelin podía elevarse ahora a las cimas del confortable imperialismo, de los avances materiales del rico Occidente. En 1942, durante la guerra, Joseph Goebbels escribió un editorial para el diario de las SS, *Das Reich*, en el que explicaba: "Sus objetivos bélicos son para el Tercer Reich lo que el huevo del desayuno para el hombre común".

Y, sin embargo, o precisamente por ello, se organizó todo de acuerdo con el plan de la reina cruel. Sin duda había que defenderse de la decadencia, y no sólo del contagio del bacilo judío, sino también del reblandecimiento y el incremento del material genético inferior. Para eso estaba la pedagogía de las Juventudes Hitlerianas, de las SA y de las SS, sus santuarios y las Napola (escuelas de elite especiales), además de las estrictas medidas decretadas contra los enfermos hereditarios y las férreas leyes para evitar su descendencia. Pero tirarles de las orejas a los jóvenes ya formaba parte del ideal educativo alemán tradicional, y los enfermos hereditarios resultaban de por sí caros y no eran sino una boca más.

### *Alemania está preparada*

En la Alemania de la República de Weimar todo estaba dispuesto para semejante combinación de ingenuidad científica, fantasías megalómanas y hostilidad contra el viejo concepto de progreso.

Los que veían con pesimismo los avances de la civilización se inclinaron ante el icono de la reina cruel (sin tener presente las verdaderas consecuencias que entrañaba para ellos tal veneración). La clase frustrada de los especialistas técnicos y los gestores veían ingentes proyectos ante sí. La burguesía jamás dejó de creer en algo parecido a una primacía natural y de desconfiar del pacifismo y del igualitarismo. Todas estas proyecciones se vieron legitimadas por las terribles experiencias de 1918 y los años subsiguientes: la derrota militar, que nadie quería admitir, y la capitulación; el trauma del Tratado de Versalles con su cesión de territorios y las onerosas obligaciones de la reparación; la terrible inflación, que convirtió en papel mojado toda seguridad financiera, hasta entonces inamovible, y, por último, la crisis económica mundial con sus altísimos índices de paro, cuyas víctimas tuvieron que afrontar renuncias que no pueden compararse con los marginados laborales de hoy.

*¿Y los trabajadores alemanes?*

Finalmente, la crisis económica mundial en general, y en particular el desempleo, se convirtieron en una prueba de resistencia para el movimiento obrero alemán. El alto código ético tanto de los comunistas convencidos como de los socialdemócratas estaba enfocado, en su origen y sus efectos, hacia el internacionalismo, hacia la hermandad de todos los trabajadores. Era este internacionalismo lo que los motivaba y constituía su objetivo más alto. Pero la premisa de esta escatología era la convicción de que los tesoros del mundo bastarían para todos una vez que el desarrollo de las fuerzas productivas no estuviera encadenado al interés por los beneficios del capital.

Desde luego, siempre prevaleció en sus enfoques cierto eurocentrismo, nunca suficientemente revisado (tampoco Marx o Engels estaban libres de él). Pero la lógica de la teoría socialista excluía todo tipo de chovinismo y de disquisición racista. Descansaba sobre la piedra angular del convencimiento de que "hay bastante para todos".

La experiencia concreta hacía cada vez más difícil creer en ello. Cada vez más hombres humildes, trabajadores y proletarios comenzaban a intuir que no habría para todos. Sin duda, el fuego graneado de la propaganda de derechas no había dejado de golpear al marxismo, pero eso impresionaba poco a los socialistas alemanes. Estaban inmunizados contra ello desde hacía varias generaciones, de no ser porque de pronto surgieron masivamente el frío, el hambre y la falta de perspectivas. ¿Era posible que no bastara para todos en este mundo que hasta hace poco era (o parecía) tan rico? ¿Quizá ni siquiera para todos los trabajadores americanos, ingleses, franceses y alemanes? ¿Seguía habiendo alguna posibilidad de que con una mayor o menor coordinación las fuerzas vitales de los trabajadores internacionales se alzasen al tiempo y con éxito, desde Shanghai hasta Detroit, para acabar con la miseria y la opresión? Con esa justeza que comenzaba a ser patente, ¿no era ya la hora de deponer el ideal internacionalista y, si no había para todos, asegurarse lo posible al menos para la propia tropa?

Para eso hacía falta una patria unida, es decir, una patria en la que también participasen los jeques del orden capitalista: una "comunidad popular".

El poco socialismo que quedaba en el nombre de su partido no debía confundirlos hasta el punto de renunciar a los únicos pactos realistas que permitirían llevar a cabo el plan conjunto: los pactos con Inglaterra e Italia.

*Un poco de nacionalbolchevismo*

Bien, en los albores del movimiento nacionalsocialista existió sin duda un ala nacionalbolchevique, radicada fundamentalmente en el noroeste de Alemania, tendencia a la que se inclinó también el ordenanza de la Bolsa Joseph Goebbels. Sus quejas sobre los "caciques" de Munich, sobre los círculos medio burgueses, medio bohemios que trataba Hitler eran comprensibles y, desde su perspectiva, hasta lógicas. Esta ala, que veía en las potencias aliadas occidentales a un enemigo y en la Unión Soviética a un aliado natural, se mantuvo en principio firme hasta la toma de poder, representada sobre todo por los hermanos Gregor y Otto Strasser.

Pero la intuición política de Hitler les ganó por la mano. El nacionalbolchevismo jamas encajó con sus grandes planes darwinistas. La clave para la victoria final, un mayor espacio que facilitase tanto la pervivencia geopolítica como la ecológico biológica, no podía hallarse más que en el Este. Y en el Este (al menos tales eran los cálculos de Hitler) vivían personas a las que el avanzado, privilegiado y racialmente orgulloso Occidente anglosajón dejaría en la estacada sin grandes remordimientos de conciencia en cuanto se le ilustrasen las ventajas políticas de un dominio mundial dual.

Su sistema era paranoico, pero como cualquier auténtica paranoia llevaba en su seno una capciosa lógica interna. Uno de los primeros que la comprendió fue Joseph Goebbels; su conversión al ideario de Hitler, increíble documento de sincera mendacidad, puede leerse en sus diarios (hasta 1926).

Por lo que sabemos de otras fuentes, más tarde Hitler empezó a contar con una confrontación definitiva, una confrontación con los Estados Unidos de Norteamérica y su imperio continental. Pero eso fue mucho después.

### *Comienza el gran drama*

Nordificación, recuperación genética, deshabituación del pacifismo, del humanismo, de la religiosidad compasiva; más allá comienza la gran expansión, el sometimiento, la esclavización, el desterramiento de los "animales de carga", y, naturalmente, como premisa lógica e inalienable de todo ello, el exterminio del bacilo judío: esto abarcaría varios siglos, esto requeriría un imperio germánico de mil años para su ejecución y consolidación.

Con todo, resulta sorprendente cuánto de ello logró cumplir Hitler en doce años.

# VII
# LA SHOAH
## O EL GRAN PLAN ENTRA EN VIGOR

Adolf Hitler no fue elegido por su plan. Estrictamente hablando, no fue elegido en absoluto. La toma de poder de enero de 1933, en un momento en el que el número de votantes del NSDAP (Partido de los Trabajadores Nacionalsocialista Alemán) se había reducido ya en dos millones, fue el resultado de un complot bastante penoso, cuyo móvil esencial era el temor del hijo del presidente del Reich, Hindenburg, de una posible persecución judicial, o al menos del escándalo que produciría la revelación de su uso de fondos públicos. Los *gentlemen* reaccionarios que, empezando por el vicecanciller Herr von Papen, entraron a formar parte del Gabinete se sentían todos por encima de Hitler, y el *establishment* político le daba al demagogo, al pintor de brocha gorda, al farsante, no más de seis semanas o meses hasta que sus artimañas políticas murieran de muerte natural. Pero él fue más listo que ellos.

### *Primavera de amor*

En pocas semanas aplastó a la izquierda y ofreció a la burguesía que creía en el Estado el espectáculo de un auténtico cambio, fundamentalmente orientado hacia el regreso de un sentido nacional alemán de lo bueno, lo bello y lo justo. Se presentó en frac, se inclinó con una profunda reverencia ante el anciano presidente

del Reich, que tenía por norma aparecer únicamente con el uniforme de mariscal del finado Kaiser. Típico de este idilio primaveral es el nombre de una ley ideada para alejar a todos los sospechosos de izquierdismo de las palancas del poder: la "Ley para el restablecimiento del funcionariado profesional". Ya se ha hablado del Concordato imperial, pactado previamente.

Resulta difícil, si no imposible, analizar la complejidad de los sentimientos y percepciones que determinaron entonces el comportamiento de la gran mayoría. Porque junto con tales medidas, decididamente conservadoras, durante esas primeras semanas las SA y la Gestapo emprendieron sus canallas acciones justicieras: apalearon, torturaron y saquearon, crearon campos de concentración provisionales y permanentes, y organizaron agresivas marchas frente a los comercios judíos. De algún modo todo esto se aceptó. De algún modo, parecía, había comenzado una nueva era y soplaban nuevos vientos en el país. De algún modo, sentían algunos, terminarían desapareciendo los rasgos más feos del régimen y se restablecería no sólo el funcionariado profesional, sino todos los nobles logros de los buenos viejos tiempos. De algún modo, pensaban otros, estos tiempos nuevos se revelarían como el cumplimiento de todo aquello a lo que habían aspirado y aspiraban los movimientos juveniles, los defensores de la naturaleza y los bardos de la sana alemanidad. En algún momento, confiaban los más, esos patanes, esos proletarios del lumpen enloquecidos y esos pequeñoburgueses de las camisas pardas se verían de nuevo arrinconados en el humilde lugar que les correspondía en el orden social. Y el cabo de la Primera Guerra Mundial, el valiente soldado del frente Adolf Hitler sabía ya por propia experiencia lo que era la guerra moderna. No se le ocurriría organizar otra, siempre que los países extranjeros fueran razonables y cancelasen las reparaciones con que habían explotado y seguían explo-

tando a Alemania de un modo intolerable. Nadie quería saber que para ello ya habían allanado el camino Stresemann y Brüning.

## *Modalidades de la segunda vía*

Y Hitler, en cierto modo, les seguía el juego. Precisamente se adoptaron unas medidas e iniciativas que parecían contradecir su análisis y valoración de las cuatro vías. Se institucionalizó la solidaridad con los pobres, se instauró la costumbre del "pote del domingo" una vez al mes, y el ahorro que esto suponía favorecía a la Beneficencia Popular Nacionalsocialista (*NS-Volkswohlfahrt*). (Muchas veces, los recaudadores se quedaban con al menos el cincuenta por ciento de lo recaudado.) Obligaron a bloques de ciento setenta y cinco hogares a alimentar con los restos de sus cocinas a un "cerdo de la Beneficencia NS", es decir, a proveer calorías adicionales para su organización. El nuevo servicio de trabajo obligatorio y el fruto de las jornadas de los presos políticos se dedicaron a la roturación de cenagales y a la construcción de diques en el mar del Norte, que arrancaban suelo cultivable al mar. Los campesinos entraron en un nuevo régimen feudal mediante una ley del predio, su suelo se declaró inexpropiable, y las disposiciones que fomentaban las colonias de trabajadores imponían la obligación de mantener huertas. Pero todo eso quedaba incluido en la segunda vía, la vía por lo tanto que Hitler sólo admitía como recurso de emergencia a corto plazo.

## *Engaño y desengaño: la masacre de Röhm*

Ese año de sacrosanta paz interior se vio coronado con una medida enormemente sangrienta y eficaz desde el punto de vista de

la propaganda: la liquidación, por medio de fusilamientos en masa, de los escuadrones de las SA más recalcitrantes, comandados por Ernst Röhm. Entre ellos habían detectado a un puñado de tipos incómodos, rebeldes y excesivamente avispados de todos los colores.

Todo ello se hizo tras un frío acuerdo con la *Reichswehr* y las SS, que se comprometieron con Hitler a favorecer todas aquellas medidas que permitieran una preparación ágil para la guerra. Pero al mismo tiempo fue la primera prueba contundente, y seguramente decisiva, de una pedagogía satánica, a saber, la reeducación de la mayoría alemana que aún confiaba en el Estado para convencerla de la bondad de los nuevos objetivos decretados por la reina cruel.

Nunca olvidaré el brillo en los ojos de nuestro profesor de historia, quien, a la mañana que siguió a aquella noche asesina, apareció ante nuestra clase de secundaria y anunció: "¡Con esto se acabó la revolución!". Mi profesor era hermano del obispo evangélico del Land: cabría suponer que sus ideas y sus percepciones respondían a las de la mayoría fiel al Estado. Y ésta percibió con toda claridad (de ello hay sobradas pruebas) que con este acto se aniquilaban los últimos restos del Estado de derecho. Se había puesto al descubierto el carácter del sistema y, además, hoy estoy convencido de ello, conscientemente.

Röhm y los suyos eran el pretexto ideal para dicha aceleración. Entre marzo de 1933 y junio de 1934 habían inquietado profundamente a los probos ciudadanos alemanes. Röhm, impetuoso dirigente de las SA durante el *putsch* de noviembre de Munich, se había marchado a Bolivia a causa de ciertas diferencias dentro del movimiento, pero luego regresó por deseo expreso de Hitler para hacerse cargo de la reforma organizativa de las SA, de los tradicionales camisas pardas de la llamada "era de la lucha". Tras

la toma de poder se los dejó desfogarse con palizas y saqueos, apalear a socialistas y sindicalistas; entretanto, Hitler no hacía nada por aclarar el papel que debían desempeñar en el Tercer Reich. Röhm, que se sentía (con razón) violentado, pretendía que su formación armada tuviera los mismos derechos que las SS, en ascenso, y sobre todo que la *Wehrmacht*, y creó una especie de ejército privado, los llamados *Stabswachen* (guardia de la plana mayor). En las regiones, y sobre todo en el norte y el este, pero también entre los viejos combatientes bávaros del lumpenproletariado y entre los peligrosísimos militantes austríacos que tuvieron que cruzar la frontera tras del fallido *putsch* contra el régimen de Dollfuss, se alzaban voces de protesta contra el caciquismo y toda esa canalla "fina" de allá arriba, es decir, amenazas propias de la revolución cultural. Pero al mismo tiempo, y con toda probabilidad hábilmente orquestado por los responsables del complot, también comenzó a sonar por todas partes el lema que anunciaba el terror mítico de la "segunda revolución". Este mito siempre rindió buenos servicios al terror blanco, incluso en la caída de Allende en Chile. La segunda revolución, que siempre prepara prolijas listas de candidatos a la muerte, habría afectado íntimamente a esa burguesía que vibraba en aquella primavera idílica, y habría acabado con las únicas cosas que cuentan verdaderamente para la burguesía: las condiciones de propiedad. Y de este modo, al igual que en los días del mayo muniqués de 1919, el terror blanco obtuvo implícitamente plenos poderes.

La habilidad de Hitler y de los verdaderos golpistas, a saber, las SS y la *Wehrmacht*, para alcanzar tales cimas semánticas, la prueba el hecho de que estos acontecimientos siguen cifrándose en la trastienda cerebral de los coetáneos (incluida la del autor) bajo el epígrafe de "*putsch* de Röhm", como si hubiera sido posible siquiera planear tal cosa. Cuán artificioso era el tal "*putsch* de

Röhm" lo demuestra ya sólo el total desconcierto de las masas de SA que, ante una dirección nueva y carente de rostro, abandonaron para siempre la agrupación tradicional y se dejaron arrinconar en los reservados de las cervecerías.

Al mismo tiempo (y esto era verdaderamente digno de un virtuoso) nadie impidió que trascendiesen con carácter semioficial los nombres de los liquidados: el general Schleicher, como protagonista del último y peligroso pacto con los disidentes del ala Strasser en 1932; el desviador del *putsch* de Munich, excesivamente informado, de 1923; el señor Von Kahr, secretario y "negro" del vicecanciller Von Papen, que le habría endosado a su débil amo un valiente discurso contra la injusticia, y un puñado más, entre los que se contaba incluso un crítico musical de Munich al que fusilaron porque se llamaba Schmidt, como uno de los dirigentes de las SA que figuraban en la lista de proscritos.

Todo ello entró a formar parte del gran paquete consensuado que se les puso en la mesa, entero y sin fisuras, a los fieles al Estado, y no lo rechazaron. Con este consenso, Hitler no sólo había sometido moralmente a la *Wehrmacht*, sino también a la mayoría leal al Estado. Sabía que a partir de ese momento podía esperar, y exigir, de estos últimos cada vez más muestras de fidelidad de pandilla, incluso a los que no estaban de acuerdo con el meollo de sus bárbaras doctrinas.

## *Antisemitismo y eugenesia*

Y entonces se iniciaron las decisivas ofensivas del Gran Plan: la lucha por la curación genética y la batalla contra el bacilo judío.

Esta última se escenificó primeramente en el ámbito estético y en el intelectual como lucha contra la suciedad y la porquería, con-

tra el "arte degenerado" y la descomposición de los valores. Tras algunos breves intentos, por parte por ejemplo de Gottfried Benn y de Joseph Goebbels, de introducir algunas corrientes modernas como el futurismo en el canon oficial (remitiéndose a algunos modelos ítalofascistas), acabó venciendo el gusto artístico rígido y anticuado de Hitler, centrado en un estéril clasicismo. Y sobre la pira que precisamente encendieron unos estudiantes terminaron sus días las obras literarias más insignes del "renacimiento" weimariano.

Estas depuraciones (que sin duda respondían al estado anímico de la mayoría "decente") no fueron sino las bambollas del verdadero combate emprendido para la "sanación del cuerpo del pueblo", que se inició con celeridad y decisión, y en dos frentes simultáneamente: la reducción de las enfermedades hereditarias y la separación y eliminación del judaísmo.

## *Leyes de judíos y leyes de esterilización*

El arma empleada en el primer frente era la esterilización, que se prescribía con carácter obligatorio y previa a la celebración de los matrimonios ante la sospecha de determinadas enfermedades psíquicas (tal y como se concebían entonces); también se procedía en este sentido, y con indicaciones muy poco precisas, en el caso de algunos presos condenados. Todo ello se llamaba "Ley para la prevención de descendencia con taras hereditarias". También en este caso cabía contar con la aprobación mayoritaria.

Pero el asunto de la separación y eliminación de los judíos resultaba más amplia y compleja. Aquí el legislador se tropezaba con la imposibilidad de reconciliar la metafísica de Hitler con la realidad alemana de la época. Los judíos, asentados en Alemania

desde hacía milenios y desde hace ciento cincuenta años partidarios de la asimilación y la integración, no sólo participaban en una proporción superior a la media en la vida cultural y científica más insigne del país, sino que incluso se habían distinguido en la guerra como soldados y oficiales, a pesar de no tener acceso a las cúpulas feudales del ejército guillermino. Muchos se habían dejado bautizar, se habían casado con cristianos y cristianas (más de una familia de la nobleza venida a menos había visto saneadas sus arcas gracias al suegro judío). El infestador de Hitler, el mortal bacilo judío, no era fácil de localizar a golpe de vista, es decir, de un vistazo desprejuiciado, en el cuerpo de la sociedad alemana, y mucho menos cuando, ateniéndose a la doctrina pura, no se tomaba como criterio la pertenencia a la fe mosaica, sino la filiación genealógica. Las tristemente célebres "Leyes de Nuremberg sobre los judíos", que se dictaron "para la defensa del pueblo y del Estado alemán", constituían por ello una escabrosa maleza de especificaciones de diversas categorías híbridas en la que, nuevamente de manera arbitraria, se partía de la confesión de los cuatro abuelos, pero donde se contemplaba toda una serie de excepciones (como el valor probado en el campo de batalla). La obra era un verdadero paraíso para los comentaristas, el más famoso de los cuales fue un tal señor Globke, posteriormente ayudante de Konrad Adenauer.

La pedantería es el mejor cancerbero de la arbitrariedad, sobre todo ante la realidad de la llamada "profanación racial", es decir, el comercio sexual entre judíos y no judíos. Aquí la voracidad de los denunciadores y el fascismo cotidiano peor intencionado de los insignificantes se despacharon a gusto. Ha habido que esperar hasta hace poco para que los medios periodísticos arrojasen algo de luz sobre estos turbios hechos, naturalmente tras superar grandes obstáculos y presiones.

Pero la arbitrariedad también podía tener el efecto contrario; hubo nazis insignes que tenían lo que se denominaba "su protegido judío". Los más prominentes fueron (justa o injustamente) el general de las fuerzas aéreas Milch, protegido de Göring, y el que quizá fuera el perro sanguinario más eficaz de todos, Heydrich.

### *Lo que cuenta es el espíritu*

Todo esto no era coherente, pero no tenía por qué serlo. El mundo de Hitler era un mundo de hospital de campaña, de criterios de selección, del combate más basto contra la epidemia en el que los casos concretos no desempeñaban un papel importante. Y, en último término, el bacilo no era un asunto del cuerpo, sino de una metafísica que definía la mortífera orientación "judía" en todas sus sutiles variaciones.

Y así, estaba claro que Hitler no podía tolerar excepciones en el ámbito de la ciencia. Si en algún lugar resultaba peligroso el espíritu judío, en ninguno más que en este campo. Aceptó la contrapartida de la semirruina de la medicina y las ciencias naturales académicas, así como del internacionalmente famoso Instituto de Gotinga, en el que trabajaban los padres (y las madres) de la fisión nuclear. A las urgentes advertencias de que, eliminando a los especialistas de primer orden judíos, la física y la química alemanas se veían seriamente amenazadas, Hitler respondía que entonces habría que pasarse un tiempo sin física y sin química. En su cabeza, o, mejor dicho, en su sistema nervioso estaba firmemente anclada la convicción de que la aniquilación del espíritu judío tenía una prevalencia absoluta. Pues ¿quién sabía, quién podía juzgar bajo qué disfraz actuaba el auténtico bacilo, *que no es más que el mensaje humano en sí*, en el Instituto de

Gotinga, en la Universidad Humbold, en todas y cada una de las facultades e institutos del Reich?

Había declarado la guerra al bacilo, la guerra había empezado.

### *¿Qué ocultaba Hitler?*

No es necesario describir con detalle las diversas etapas de la humillación judía. Durante mucho tiempo el mundo, e incluso los propios dirigentes nazis, ignoraron a dónde conduciría ese camino. ¿Al destierro en Palestina? ¿A Madagascar? Hitler sabía callar, no sólo era un perfecto mentiroso, sino un perfecto encubridor. Por eso no es posible determinar con qué grado de coherencia pensaba aplicar la tercera vía, o incluso cuándo la inició, cuándo y cómo renunció concretamente a las mascaradas de la segunda. Y sobre todo no sabemos qué ocurrió con el calendario que tenía previsto.

La mayoría de los historiadores suponen que poco después de la expansión hacia el exterior comenzó a inquietarse por su misión porque veía mermado su estado de salud. (Era un hipocondríaco, y su médico de cabecera, un charlatán.) Por ello decidió que, si había alguna posibilidad de llevar a cabo lo esencial de su plan, debía hacerlo él en persona. Y así, a partir de 1938 organizó anualmente esos golpes de mano que pusieron en jaque al mundo –Austria, los Sudetes, el Protectorado checo, la crisis de Polonia–, golpes que de un modo u otro desembocarían en la guerra.

### *Qué debía posponerse*

Era preciso, por tanto, posponer ciertos proyectos de largo alcance: la nordificación, es decir, la elevación por la crianza del pue-

blo alemán bastardeado hasta las cimas de la raza germánica con sus correspondientes quiebros en la mentalidad colectiva, la erradicación sistemática del mensaje judeocristiano no sólo de las cabezas, sino del plexo solar y de las entrañas. Cierto que, como quedó demostrado en la guerra, entre los muchachos de Hitler y las muchachas del BDM* avanzó considerablemente su concepto cifrado en el lema "Raudos como podencos, resistentes como el cuero y duros como el acero Krupp". Había logrado sintonizar incondicionalmente sus agujas interiores con el imán del Führer y sus órdenes; así, trabajadores imberbes eran capaces de acercarse al acabar la jornada sin el menor escrúpulo a las alambradas de espino de los campos de prisioneros, donde se arracimaban los rusos exangües, y de divertirse "disparando a los gorriones". Pero todos aquellos que en 1933 ya habían entrado en razón, recuperando el equilibrio, todos aquellos en cuyo entorno aún perviviesen restos de consignas sensatas no pudieron ser reprogramados en los siguientes seis u ocho años.

Seguro, trataban de atenerse lo mejor que podían al plan. En los territorios ocupados del Este se midieron un sinnúmero de cráneos nórdicos y medio nórdicos, y en los institutos Lebensborn se les brindó a algunos gallardos varones de las SS ocasión de engendrar gallardos vástagos. Pero para la guerra que estalló con tanta celeridad, Hitler aún dependía de las virtudes del clásico súbdito alemán, de la ciega obediencia de sus órdenes, de la inconsciente alegría ante el aparato técnico y del orgullo que les producía una buena organización, sí, incluso de la presta y sincera colaboración de los pastores de almas, tanto militares como civiles. (Más tarde, a partir de 1943, fue el miedo desnu-

* Bund Deutscher Mädel (Liga de Muchachas Alemanas), una de las secciones de las Juventudes Hitlerianas; a partir de 1939, las muchachas de entre catorce y dieciocho años debían ingresar obligatoriamente en ella.

do de la revancha lo que unió a los alemanes, y la propaganda de Goebbels supo sacar buen provecho de él.)

*La negativa de Inglaterra*

El segundo golpe de mala suerte fue que Inglaterra no aceptó, no quiso comprender el magnífico ofrecimiento de Hitler. Lo que constituía la espina dorsal de su idea de la política exterior, tal como la expuso en *Mi lucha*, lo repitió en el verano de 1941 en su gran discurso triunfal tras el sometimiento de Francia. (Yo lo escuché desde el campo del servicio de trabajo.) Con verdadero asombro en la voz le preguntó a Inglaterra por qué proseguía con la guerra. Se trataba del viejo ofrecimiento de *Mi lucha*, no turbado por ningún impulso de venganza: el dominio irrestricto e incólume de Albión sobre los mares y las costas que debía permitir a Hitler su expansión hacia el Este. ¿Qué más quería Churchill, qué más podía desear?

La verdad escueta es que Hitler jamás comprendió a Inglaterra. Sólo podía haber un motivo para que rechazase su oferta: había sucumbido a las intrigas y al poder financiero de Judá. Pronto, la propaganda se aprestó a consolidar esta explicación. (Recuerdo una película sobre los Rothschilds que servía a este fin.)

La tozudez de Inglaterra no sólo impedía cumplir los plazos del plan, sino que modificó la justificación de la gran guerra del Este. Ahora se le atribuyó (de puertas afuera, y para los anticuados fieles al Estado) la misma penosa misión que ya atribuyera Napoleón a su campaña de Rusia (y que también precipitó su derrota): Rusia debía ser vencida para arrebatarle a Inglaterra su última daga en el continente. Y de este modo Alemania llegó a lo que en *Mi lucha* se definía como el peor error de la política guillermina: se planteó una guerra de dos y de múltiples frentes.

## *La Shoah es inevitable*

Muchos han señalado que la Shoah, el asesinato programado, no comenzó hasta que las perspectivas de la guerra cambiaron. Esto no es del todo correcto. Y es que la Shoah fue preparada por una acción que respondía a la segunda preocupación más importante de Hitler en relación con el futuro sostenible: el programa eutanásico para niños discapacitados.

La estrecha relación entre esta masacre betlemita y el exterminio judío o, en otras palabras, la relación entre eugenesia y antisemitismo, ha encontrado a su mejor analista, por lo que yo sé, en el historiador Dan Diner, que lo considera el eje de la ideología y la praxis hitlerianas. Que otros no lo reconocieran se debe probablemente a que no hubo sincronía entre ambos programas. Hitler se vio de pronto ante una indignación sorprendentemente virulenta, desencadenada por un sermón del obispo de Münster, Galen, y canceló la campaña eutanásica, seguramente para no poner en peligro la moral de combate de la población católica (volveremos sobre ello). Sin embargo, los equipos de expertos médicos que ya no se precisaban en este programa fueron enviados al Este para trabajar en los campos de exterminio.

## *La guerra de los bárbaros*

En el Este, por otra parte, se había terminado el disimulo, los pretextos y la ocultación. El Holocausto, la guerra bárbara, había estallado. Y empezaron a actuar sistemáticamente ya en 1939.

Los primeros que fueron transportados a Auschwitz, y en parte liquidados, no eran judíos, sino buena parte de la *intelligentsia* polaca. Las primeras exigencias del Gran Plan se imponían bajo

el lema "el polaco es siervo", y eso significó, naturalmente, que desapareció la clase alta polaca, el espíritu nacional polaco y sus tradiciones. Los judíos se vieron rápidamente arracimados en guetos indescriptibles, donde por el momento se los dejó en manos de la cruel reina de toda sabiduría. (Un guía de estudiantes llegó a afirmar con toda seriedad en nuestra presencia que así podrían, finalmente, demostrar su "verdadera" capacidad de supervivencia.)

Pero no fue hasta 1941 cuando comenzó la auténtica cacería. Si en la parte occidental, en los Estados del Benelux, en Francia y en África, aún respetaban en cierta medida las disposiciones de las Convenciones de Ginebra, en el Este reinaba la revancha masiva y el genocidio. Las órdenes para ello son conocidas, y lo mismo ocurre con las prácticas subsiguientes. Ciertos argumentos puntuales en descarga de determinadas personas y unidades están justificados en parte, pero no así en el plano general. Puede decirse de modo fehaciente que allí el mortífero bacilo del humanismo fue definitivamente neutralizado, en el marco de esa gran ocupación planificada.

## *Las dos guerras*

Se ha hablado mucho de las dos guerras acaecidas entre los años 1939 y 1945, la librada contra los aliados occidentales y la que se dirigía contra los pueblos del Este. Y ha habido fuertes protestas contra esta tesis. Puede utilizarse para aclarar los hechos, pero sólo añadiendo que el *status* del enemigo podía modificarse en el transcurso del tiempo. Así, en 1941 capituló una Yugoslavia oficialmente orientada hacia Occidente, pero el genocidio se inició en 1942 con la guerra de partisanos. Quizás el más vergonzoso de

estos cambios fue el vuelco de Italia en 1943. El trato que dieron los alemanes a los italianos tras este giro constituye uno de los recuerdos más exitosamente reprimidos de la guerra.

Y los judíos no podían esperar clemencia en ningún rincón de Europa.

Y aquí tropezamos con lo más negro, con lo diabólico, que en definitiva no es más que el mal, que se resiste a cualquier clase de análisis.

### *¿Por qué Auschwitz?*

La pregunta de "¿por qué Auschwitz?" se ha formulado una y otra vez y jamás ha encontrado una auténtica respuesta, no al menos una respuesta aclaratoria. En su disertación "¿Por qué Auschwitz?", de 1995, Gunnar Heimsohn enumera ya cuarenta y dos tesis como respuesta, y seguramente entretanto habrán surgido algunas más. ¿Por qué, pregunta el racionalista, este gigantesco aparato de transporte, logística y medios de aniquilación? ¿Por qué esa renuncia a los trabajadores cualificados esclavizados que eran los judíos precisamente en el Este? Y, ante todo, por qué justamente en un momento en el que empezaba a dibujarse la derrota, cuando cada tonelada de material, cada kilómetro de carretera y de vía férrea se precisaba urgentemente para el reabastecimiento del frente y se necesitaban toda clase de pertrechos bélicos? Desde luego, hay un par de tesis marxistas entre esas cuarenta y dos que ven en la Shoah un ejemplo extremo de explotación-latrocino capitalista. Pero entonces le cabe preguntar al racionalista si verdaderamente hay que considerar tan tontos a los nazis como para no ver la dilapidación de recursos que entrañó su plan asesino.

No, al menos en la cabeza de Hitler y de sus partidarios más firmes, la absoluta prioridad del exterminio judío, por delante de las necesidades materiales que planteaba la guerra, debía basarse en un motivo suficiente. Debe haber una razón para la última frase que Hitler dirigió al pueblo alemán: "Ante todo encomiendo a los dirigentes de la nación y a su séquito el mantenimiento de las leyes raciales y los conmino a presentar una resistencia inmisericorde a los envenenadores del mundo en todos los pueblos, al judaísmo internacional".

*Prioridades*

Su clasificación de los eslavos como subhombres la retiró *de facto* posteriormente; en 1944, tras la traición de la URSS al levantamiento de Varsovia, quiso ganarse a los polacos, y a Stalin lo respetaba, en principio, como a un hermano de espíritu. Su doctrina racial la vio más confirmada que amenazada por la derrota: el pueblo alemán sencillamente no había pasado la prueba de la reina cruel, y punto. Pero si el mundo no quería ver cómo se perdía toda vida, si no quería orbitar en breve como un planeta inerte en torno del sol, era necesario combatir al eterno y esencial peligro mundial, al Eterno Judío, de forma inmisericorde, es decir, con los métodos de Auschwitz.

Y por ello era perfectamente lógico que precisamente el momento en el que se dibujaba la derrota fuese el momento del gran programa de la Shoah. Si había que dar por perdida la guerra (y no está claro cuándo la dio por perdida Hitler, pero quizás ese momento fuese la catástrofe a las puertas de Moscú y la entrada de los Estados Unidos en la guerra, en el invierno de 1941-1942), había que elegir, entre las diversas posibilidades

de acción que quedaban, la más relevante para el futuro del mundo.

Y ésta era la aniquilación de los judíos, de los judíos y de su mensaje.

### *Donde Hitler fue sincero*

Para explicar la existencia de Auschwitz, o al menos establecer sus circunstancias y vínculos históricos, basta con aceptar que la tesis central de *Mi lucha* era la opinión nuclear y más sincera de Hitler. Seguro, era un mentiroso increíble. Utilizó a todos los grupos sociales, todos los resquemores, todas las ambiciones que bullían en Alemania lanzando consignas y promesas contradictorias. Llamó a su partido el Partido de los Trabajadores, y persiguió a los trabajadores, prometió a los campesinos heredades y los aherrojó a la economía de guerra, halagó a los capitalistas y les tomo el pelo, hablaba del "cristianismo positivo" y ejecutó a los verdaderos cristianos. Pero a lo que se atuvo fue a su devota fe en la reina cruel y el consiguiente odio a su enemigo mortal, el judío. Pues éste pretende, "con judía insolencia", ser más astuto que la naturaleza. Desde hace al menos dos mil quinientos años proclama este mensaje bajo formas y disfraces variopintos. En una palabra: es el mensaje de la protección de la vida, de la compasión para con el débil, del talante pacífico, de la igualdad de derechos para todos. Este mensaje es perverso porque tarde o temprano destruye la vitalidad de los pueblos y sus perspectivas de futuro. Y esto es tan evidente que, naturalmente, una inteligencia superior como la judía lo sabe, siempre lo ha sabido.

Hitler deducía de ello necesariamente que el judío pensaba y sentía en realidad algo muy distinto, y que, debido a su otre-

dad, no pretendía más que debilitar y pervertir al resto de los pueblos para cebarse con los desprotegidos. El resultado último y necesario sería entonces la desvitalización del planeta, que acabaría orbitando, mudo, en torno del sol.

Ya en 1920, en una conversación con Dietrich Eckardt, su mentor literario, conjura Hitler esta imagen del planeta muerto. ¿Lo sacó de Klages, de Gobineau? ¿O se trataba ya de un cliché cultural caído en el anonimato?

Fuese como fuese, lo importante era "defenderse del judío". Y así, el Tercer Reich que comenzaba a hundirse regresó al núcleo de su negra fe, a la última, y en esa situación de postración bélica, incluso desinteresada, misión del pueblo alemán. Aunque fuera demasiado débil para detener la embestida eslavo asiática contra Europa, aún era lo bastante fuerte y bien organizado como para perseguir y cumplir el fin bélico más alto, la aniquilación de los judíos europeos. Y así, tal vez a las generaciones venideras les fuese dado borrar toda huella del odiado mensaje, mensaje que no era en última instancia otra cosa que la sustancia misma del judaísmo. Tal es el sistema que Hitler presenta en *Mi lucha* y su último testamento. Sólo quien no lo tenga en cuenta puede pensar que no hay explicación para Auschwitz. Se trata de la actuación más lógica y consecuente de todas las de Hitler.

## *El renacimiento del crimen santo*

El exterminio se llevó a cabo de forma ritual, en tanto renacimiento de la barbarie asesina y del sacrificio al Moloch multiplicado millones de veces. Desde Abel, el primer asesinado, el mensaje judeocristiano lanza sus proyectores de reconocimien-

to hacia la muerte sacrificial, no, como era usual en el mundo desde que se tiene memoria, sobre la descarga extática que parte de las batallas comunes y que pronto oculta a las víctimas tras las doradas brumas de la exaltación mística. "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?" Con esta pregunta se ilumina el escenario y se dispersan las brumas del glorioso ensueño en torno de los altares de la muerte. Pero precisamente estas brumas las necesitaba Hitler, las necesitaron los nazis, como las necesitaron también, antes que ellos, los cristianos aún profundamente paganos para ocultar los restos de las víctimas de sus santos pogromos contra los judíos. En última instancia, las hecatombes de Auschwitz se le presentaban a la diosa más fría, más afín a los insectos que había conocido el mundo: *la reina cruel* de Hitler.

## *El fracaso era innato*

Y, naturalmente, el culto a la reina fracasó en toda regla. El Plan General Este, plan controlado por las máquinas más modernas de la técnica bélica y policial, y que preveía un sometimiento de siglos y el diezmo de los subhombres, habría transformado a los alemanes en pocos años en aquello que más temían en "el judío": en parásitos alimentados con la sangre de otros, que engullen toda vida en los territorios conquistados, se aíslan en una absoluta esterilidad cultural, rechazando estrictamente cualquier clase de aculturación. Bajo ellos y en torno de ellos, el odio de los esclavos se transformaría en inteligencia indomeñable que ninguna policía de ilotas habría podido aplacar. Y así, el éxito del Plan General jamás habría creado lo que Hitler concebía como objetivo rey de su geopolítica: asegurarse el espacio vital duran-

te los próximos siglos, el Imperio Milenario de la Nación Germana. No se habría llegado a una estabilidad histórico natural, sino que, antes que la victoria judía, habría sido el triunfo del pueblo superior ario lo que habría precipitado el cumplimiento de las artificiales pesadillas de Hitler: el planeta vacío.

Alemania tuvo suerte.

## EXCURSO III
*Hitler y el mensaje judeocristiano*

En *Mi lucha* Hitler formuló sus exigencias frente al cristianismo en un sentido distinto al de una coexistencia que permitiese la conservación del Estado. Sobre el protestantismo escribió:

> El protestantismo representa en sí mucho mejor las necesidades de lo alemán, en la medida en que se encuentra inscrito en sus orígenes y su tradición [...] sin embargo, enseguida se apresta a combatir cualquier intento de salvar a la nación de las tenazas de su enemigo mortal, y su postura frente al judaísmo se ha fijado de acuerdo con criterios relativamente dogmáticos.

No está del todo claro si Hitler considera que el catolicismo es más antisemita, quizá por su historia. Pero de cualquier forma, si las Iglesias aspiran a mantenerse en el futuro, deben liberarse de sus vínculos con el judaísmo. Y nada le parecería más lógico que así lo hicieran. Pues Jesucristo, como se expone en las actas de un discurso pronunciado con ocasión de la Navidad ante sus camaradas en la lucha, había sido también un decidido enemigo del capital judío: "El nacimiento del hombre que conmemo-

ramos en la Navidad tiene la mayor importancia para el nacionalsocialismo. Cristo ha sido el más insigne pionero de la lucha contra el enemigo judío del mundo". La lucha contra el poder del capital habría sido el objetivo de su vida y de su doctrina, por la que fue crucificado por su archienemigo, el judío. Y así, el nacionalsocialismo perviviría, a pesar de todas las argucias y las persecuciones. La obra que Cristo comenzó pero no concluyó, la terminaría él –Hitler–.

A pesar de su simpatía por la causa de la alemanidad, esto era demasiado para las Iglesias. En una serie de sermones pronunciados en la catedral muniquesa de Liebfrauendom, Faulhaber, que era catedrático de exégesis veterotestamentaria, defendió el valor humanitario de la Biblia judía contra los ataques de los neopaganos (y, de paso, de los llamados cristianos alemanes). Sin embargo, en ningún momento defendieron las iglesias oficiales expresamente a los judíos no bautizados como grupo, como parte del pueblo alemán. Exigir esta solidaridad quedó en manos de algunos luchadores solitarios (y algunos fueron apresados por ello).

La resistencia popular más tenaz contra la persecución nazi de las Iglesias se daba allí donde se veían amenazadas las dulzuras de las viejas costumbres, de las antiguas creencias populares: en las escaramuzas por la retirada o no de los crucifijos en las clases. En los informes locales de la policía política y de los funcionarios del partido se percibe a menudo un sorprendente nerviosismo en torno de estos temas.

Pero la prueba definitiva surgió en otro capítulo del Gran Plan: el exterminio masivo de discapacitados, sobre todo de niños. Esta medida afectó profundamente la vida del país, no así la eliminación de los judíos, y no pudo mantenerse en secreto con los medios usuales de la censura de la prensa. Y así, un buen día

un obispo robusto, de aspecto muy germánico, se subió al púlpito y alzó su voz contra esa bestialidad. El conde Galen era todo menos un "izquierdoso". Era un hombre de orientación nacionalista que siempre lamentó profundamente la derrota alemana. Su arraigo en su diócesis era (en el sentido del ideal comunitario nacionalsocialista) precisamente ejemplar. Y ésta fue la razón por la cual la inconfundible condena de una práctica espartana y pagana, su solemne llamamiento a respetar los mandamientos, no conllevó su apresamiento. Se temía seriamente, y seguramente con razón, que se produjera un alzamiento de desobediencia civil y una confrontación, sobre todo con los indómitos campesinos de Westfalia.

Hitler cedió, como es sabido; pero ya estábamos en guerra. La acción fue cancelada oficialmente. (En realidad sólo se transformó el sistema y se optó por el hambre, que era más fácil de ocultar.) ¿Es mucho decir que con ello se le aclararon algunas cosas? Aunque sólo fuera una, que la Iglesia oficial no iba a renunciar a una de sus obligaciones, a transmitir públicamente el mensaje del deber de proteger la vida indefensa. Al hacerlo entraba en la órbita del delito de lesa majestad contra la reina cruel, y se convertía ella misma en portadora del bacilo de la peste judía. Más aún: *ella misma se revelaba como el propio bacilo junto con el judaísmo.*

Debemos este descubrimiento a Gunnar Heimsohn. Este autor ha rastreado los pasos de la tradición de la protección de la vida hasta la Antigüedad, donde ya los judíos destacaban por criar también a los niños débiles y enfermizos. Es lo bastante preciso como para representar el proceso de formación de esta ética de la compasión y de la protección de la vida, así como la ética de la amistad para con los huéspedes foráneos, y muestra que es una característica que en el judaísmo sólo se desarrolló plenamente

con los grandes profetas y maestros del postexilio. E insiste en que el combate de Hitler contra esta ética, que consideraba el principal obstáculo para su programa asesino en el Este, fue el principal motivo de la existencia de Auschwitz: para eliminar definitivamente el *software*, dispuso la eliminación del *hardware*, del pueblo portador.

Bien, la tesis es aún más plausible si incluimos también en este *software* todas las derivaciones modernas que con tanta furia se denuncian en *Mi lucha*: igualitarismo (la dignidad de todo hombre), el pacifismo (tolerancia) y el internacionalismo (la fraternidad de todos los hombres). Ya se ha dicho que Hitler quería ver al humanismo portador de estos rasgos como el producto enfermizo de una conjura, como un siniestro proyecto para la destrucción de los pueblos más fuertes cuya base vital era la sangre y el suelo, y cuya razón de ser histórica han sido las constantes luchas por dicho suelo. (Y así, como de pasada, incluyó también a los gitanos en el genocidio.)

En el momento en que los cristianos, e incluso las Iglesias cristianas, promulgaban el mismo mensaje –por fuerza, si no querían renunciar a su esencia–, en ese instante pertenecían ya al mundo de las bacterias que había que eliminar. Se sabe por diversos testimonios que Martin Bormann, dirigente de los asuntos del partido, que siempre estuvo del lado de Hitler, exigió durante años que se combatiese ofensiva y brutalmente a las Iglesias, incluso durante los años de la guerra. Hitler, que había conseguido mantener relativamente tranquila a la mayoría cristiana en Alemania, compartía su opinión al menos desde el incidente Galen, pero fue lo bastante realista como para no abrir también, en medio de la guerra, ese frente interno y sumarlo al resto de los frentes. Y luego, en la primavera de 1945, ya era demasiado tarde.

No quedó más que el testamento, la encomienda dirigida a todos los alemanes, a sus líderes y a sus seguidores, de seguir librando la lucha, la lucha a favor de la sangrienta causa de la historia natural contra la astucia judeocristiana.

Pero para las Iglesias comenzó entonces un período de engañosa gloria. Se necesitó mucho tiempo y esfuerzo para sacar a la luz las verdades, menos hermosas, que había detrás.

# VIII
# LA GRAN MORATORIA
## O LIBRES DE TEMOR Y MISERIA

Con los suicidios del búnker berlinés de 1945 concluyó el imperio de los mil años y desapareció el Gran Plan.

El fiel mariscal de la reina, Adolf Hitler, había ordenado en las últimas semanas de la guerra la total destrucción de las bases de la vida alemana, leal al "todo o nada" de la naturaleza; varios seguidores más listos y menos consecuentes, sobre todo Albert Speer, lograron desviar estas órdenes de asesinato racial en lo que quedaba de Alemania. Y los alemanes, a excepción de algunos de los prominentes, que siguieron el ejemplo de Hitler y de Goebbels y se suicidaron, abandonaron sencillamente la era y el continente del paganismo asesino, y regresaron a la civilización que habían dejado atrás doce años antes. En particular, terminó la guerra biológica, tuvieron que habérselas de nuevo con el viejo humanismo chapucero que impregnó las normas impuestas por los vencedores en el trato con los vencidos y que se esperaba de ellos con la mayor naturalidad. (Que los soviéticos, tanto los soldados como la administración del ejército, no se atuvieran a él indignó sobremanera no sólo a los viejos nazis, sino también a los viejos socialdemócratas y comunistas.)

### *El regreso del otro continente*

Los observadores extranjeros seguían el proceso perplejos. Un inglés que investigó el batallón de policía de Hamburgo, res-

ponsable de varios asesinatos en masa, una tropa de hombres ya no tan jóvenes, se acercó mucho a la verdad al informar sobre su comportamiento en el juicio por los crímenes de guerra: dijo que comentaban con total frialdad sus barbaridades "como si vinieran de otro continente".

Si el continente se encuentra lo bastante alejado de las señales y consignas de la patria, uno rompe efectivamente con el sistema moral heredado y no establece ninguna relación con la nueva y aventurera realidad. Los españoles del Nuevo Mundo se lanzaban al galope hacia una diversión que llamaban "la caza de los Doce Apóstoles": cada uno debía acosar y eliminar lo más rápidamente posible a doce indios. Y sin embargo si, una vez ricos, regresaban a su patria, Extremadura, se incorporaban con la máxima corrección a los cánticos y coros de la Iglesia católica.

### *El humanismo, plétora de todos los bienes*

Cuatrocientos cincuenta años más tarde, los alemanes también asistían a la misa mayor, si eran católicos. Fue un tiempo pío desde luego, y no sólo en Alemania. Después de todas aquellas bestialidades y horrores todos buscaban una fórmula salvadora, redentora. Hubo un gran número de nuevos conversos; uno de ellos, Claire Booth Luce, esposa del tiburón de la prensa Henry Luce, fue a Roma como delegada americana y dio fe de su catolicismo ante el papa Pío XII. Y en el ámbito de la literatura, los viejos maestros franceses le pasaron la antorcha de la *Renovación* a los anglosajones, a Graham Green, a Evelyn Waugh y a otros.

Pero ante todo había llegado de nuevo la hora del humanismo, del humanismo occidental. Por obra de la Providencia, esta-

ba visiblemente ligado a una plétora de bienes y bondades. Una de las imágenes de la nueva época, impresa en la retina de cientos de miles de niños alemanes y jamás olvidada, era el GI* negro de amplia sonrisa ante el pánzer gris con la insignia de la estrella, que reparte chicles y barras de chocolate, mofa del racismo y anuncio de todas las maravillas que habrían de llegar. Y finalmente llegaron, tras algunos años de descarga formal.

¿Subyacía a todo ello algún designio que se correspondiese con la paranoide completud del Gran Plan hitleriano? De ningún modo.

### *La megamáquina calienta motores*

Lo que más se le parecía era la "Carta Atlántica", una declaración conjunta de Roosevelt y Churchill que elaboraron a bordo de un barco de guerra en agosto de 1941. Proclamaba una paz sin anexiones (¿recuerdo de Wilson?) y el derecho a un gobierno libremente elegido. Los puntos cuarto y quinto aseguraban el libre acceso a materias primas y al comercio mundial, así como la plena colaboración de todas las naciones en el terreno económico. La Carta concluía con una fórmula fáustica que determinó durante mucho tiempo el *pathos* de los años de la inmediata posguerra: *freedom from fear and want* –libres de temor y miseria–.

El documento sentaba las bases de las Naciones Unidas, y en Occidente todos se aprestaron a colaborar en su realización. La verdadera condición previa fue la increíble maquinaria que se había puesto en marcha para armar a los aliados; la industria americana, de amplias miras, inició ya durante la guerra una batalla

* Soldado raso del Ejército de Infantería norteamericano.

propagandística en favor de un consumo hasta entonces desconocido. Casi al mismo tiempo se anunciaron las previsiones de futuro en el sentido de una explotación global de los recursos en la que el optimismo tecnócrata aún no veía ninguna clase de riesgos o de efectos nocivos. Gigantescos bulldozer debían adentrarse en la cuenca del Amazonas, que se tenía por muy fértil, y desmontarla. A los pocos años del fin de la guerra, una expedición americana partió hacia tierras antárticas al mando del almirante Byrd, en una misión de prospección de los tesoros del sexto continente, en particular el uranio. Y, con aire triunfal se comunicó que el poco DDT que quedaba depositado en las alas de los patos bastaba además para liberar de mosquitos al lago vecino: así se mataban dos pájaros de un tiro. Para todo esto no se necesitaba programa alguno, bastaba la consigna dieciochesca de Thomas Jefferson que colgaba en la pared de la sala de lecturas del ala sur de la biblioteca del Congreso, en Washington:

> La tierra pertenece siempre a la generación viva. Ésta puede utilizarla, así como todos sus frutos, a su antojo durante su usufructo.*

La parte más importante de lo que quedó de Alemania, las zonas ocupadas por las tres potencias occidentales, se incorporaron a esta corriente. Y los alemanes fueron alumnos aventajados. Cierto que algún pedante quiso resistirse a la avasalladora cultura de masas americana, pero la verdad es que fue la primera que tuvo ocasión de impregnar las masas. Pero, lo que es aún más importante: los alemanes habían encontrado la forma de aliarse

* The earth belongs always to the living generation. They can manage it then and what proceeds from it as they please during their usufruct.

con las grandes potencias navales de Occidente y con ello accedieron a la amplitud geográfica que Hitler había buscado en el Este. La gran promesa en que se convirtió América para Europa a partir de 1492 dio un giro y regresó a las costas de sus patrias. El miedo a la escasez carecía de fundamento, eso quedó demostrado tras pocos años de milagro económico: en dos terceras partes del territorio del Reich de 1937 convivían ahora más personas de las que tenía toda Alemania en 1937. Y ¿acaso nos iba mal? Nos iba y nos va mejor que nunca.

## *El programa de desarrollo global*

América, nación del éxito, fundada por europeos esperanzados, decidió por tanto exportar su modelo de éxito primero a Europa y luego al mundo entero, ese éxito resumido en la fórmula "libres de temor y miseria" y en la fórmula de Jefferson. Para ello se le daba la mano al mundo entero. En su investidura, en enero de 1949, Harry S. Truman, cuya elección había sorprendido a muchos, desgranó a los ojos de todos la generosidad americana y anunció que procedería a aplicar a escala global la política que tan exitosamente iniciara el Plan Marshall. Aún era lo bastante sincero como para hablar de naciones "subdesarrolladas". (Hacía mal tiempo, pero ni él ni yo, que lo escuchaba, estábamos a cubierto.)

## *La gran guerra de confesión*

Lo que obstaculizaba la pronta realización de estos proyectos era desde luego la Guerra Fría. Según las normas clásicas de la polí-

tica mundial, sin duda fue inevitable: dos potencias aparentemente iguales se disputan la hegemonía mundial. Pero esta guerra se vio reforzada y agudizada por su carácter adicional de guerra de religión: no entre dos religiones, sino entre dos confesiones de la misma religión, lo que le confirió tintes más sanguinarios.

En las religiones se trata de la redención y de la esperanza de redención, pero en las confesiones lo que hay es una disputa sobre cómo alcanzar la redención, que se concibe y define de manera idéntica. La salvación se define del mismo modo tanto en el capitalismo como en el marxismo: plenitud de bienes, liberación de las fuerzas de producción. Y las confesiones enfrentadas se echan en cara errar el tiro en virtud de la perversidad de sus prácticas. Quizá fuera ésta la verdadera tragedia del siglo, que debido a esa diferencia teológica se colocasen en segundo, o en tercer lugar, el resto de los problemas de la humanidad, incluida su cada vez más dudosa continuidad en el futuro.

Lo más acuciante, eso era evidente para todos, era mantener la paz, pues otra guerra, si se entablaba empleando todo el potencial bélico, es decir, lanzando las bombas de hidrógeno, supondría el fin de las condiciones para la existencia de todos los seres que dependían del oxígeno, por lo tanto de la humanidad. Esta es la mejor prueba del potencial de perversión latente en las guerras de confesión, que esta posibilidad se admita y sea contemplada, pero que se subordine a la victoria sobre el hereje. Un padre jesuita en Roma consideraba que la guerra atómica con todas sus consecuencias estaba justificada si con ella se defendía el orden divino en la tierra; la fórmula vulgar era: "Más vale muerto que rojo". Y generosamente se incluyó en esta decisión a todos los miles de millones de seres humanos a los que les era indiferente la guerra de confesión y a quienes nadie les pidió opinión: a fin de cuentas, se trataba de principios.

Pero, en general, y en parte gracias a los laboriosos esfuerzos de algunos científicos responsables por crear foros internacionales y bilaterales de debate (el más conocido fue la llamada Conferencia de Pugwash), la existencia de la bomba instó a la humanidad a entrar en un plano nuevo de duda y, con ello, de progreso moral e intelectual.

Pero lo que enmudeció en las primeras décadas tras 1945, sofocada por el miedo apocalíptico de la bomba, fue la voz de la crítica elemental de la civilización. Los que elogiaban el milagro económico con sus montañas de mantequilla y sus despieces masivos no percibieron ni política ni emocionalmente que el bienestar de las llamadas naciones avanzadas sólo era posible gracias a una ingente aceleración de la obtención de recursos y mediante la expansión de un imperio energético y de materias primas global. Esta libertad frente al temor y a la miseria se compró mediante la apropiación de los recursos de los vecinos más débiles y del futuro de nuestros hijos y nietos.

## *La conversión paulina de los alemanes*

Alemania no tenía desde luego nada que objetar, pues su adhesión a Occidente y sus valores parecían una conversión paulina. Básicamente se había apartado de la tercera vía del finado Führer y se había vuelto hacia la primera y la cuarta, es decir, había dicho no a la apropiación de territorios y apostaba por el control de la natalidad y por la política industrial y comercial que Hitler descartó expresamente en *Mi lucha* tachándolas de estúpidas y mortíferas herejías. La crítica de la civilización ejercida por el Romanticismo y los defensores de la naturaleza, el movimiento juvenil y otras tendencias de ensalzamiento de la vida que

en su día florecieron en suelo alemán con más pujanza que en ningún lugar, estaba totalmente desacreditada gracias al Tercer Reich. En general, prevalecía la visión (históricamente errónea) de que esta crítica de la civilización constituyó la raíz primera del nazismo, y que había abdicado –o al menos debía abdicar– en aras de una modernidad determinada por el discurso social y económico. Pues ya se veía cuál había sido el juicio de la historia: lo que exigió Joseph Goebbels, el huevo en la mesa del desayuno del hombre común, lo trajo la conjunción de la primera y la cuarta vía.

### *Voces nuevas en Norteamérica*

Por todo ello fue una gran suerte que se alzasen las voces nuevas de la crítica de la civilización, primero en Norteamérica. Todos creen conocer la fecha decisiva: 1962, el año en que apareció el libro de Rachel Carson, *La primavera muda.* Pero el golpe definitivo de adrenalina lo recibió el nuevo movimiento gracias a un acontecimiento marcadamente político e izquierdista: la protesta de los estudiantes radicales por la guerra de Vietnam.

La palabra clave era el "agente naranja". Este programa de deforestación mediante una sustancia química que se roció desde los aviones devastó terriblemente el Mekong. No sólo en lo que se refiere a la vegetación, que se pretendía eliminar para despojar al Vietcong de toda protección, sino que también hizo estragos en la sustancia genética de las generaciones humanas con consecuencias que llegan hasta nuestros días. El vuelco que dio la perspectiva de la protesta pacifista, o más bien, la ampliación de la perspectiva de las protestas, fue fascinante. Si hasta entonces sólo contaba el escándalo satánico de la bomba atómica, aho-

ra la mirada se abría y reconocía en la totalidad del movimiento de rearme científico técnico la pecaminosa consecuencia de lo que se denominó la "megamáquina", una etiqueta que la izquierda estudiantil recogió de los escritos del profundamente conservador Lewis Mumford.

La megamáquina –cuyas revoluciones aumentaban de año en año– no sólo satisfacía todas las promesas del año de gracia 1945, sino que engullía cada vez mayores cantidades de material y energía. Sólo hizo falta un chispazo de inteligencia para que los que se rebelaban contra la aventura vietnamita tuvieran clara una cosa: el agente naranja y la superproducción militar industrial eran una sola cosa, así como la bomba infernal y el llamado aprovechamiento pacífico de la energía nuclear eran lo mismo. Acababa de nacer la lógica del movimiento ecopacifista.

## *La dilación europea*

En Europa llevó más tiempo. Es cierto que en la República Federal surgió un movimiento respetable contra el armamento nuclear de la Bundeswehr en los años sesenta, pero se trataba fundamentalmente de la expresión última de un antimilitarismo emanado de experiencias propias que aportaban los supervivientes de batallas y noches de bombardeo. No era una resistencia fundamental contra el desarrollo científico e industrial; el SPD (Partido Socialista Alemán) y las personalidades más próximas a él insistieron en que no debía mezclarse la protesta con la demonización del programa nuclear pacífico, del *Atoms for Peace.* Por el contrario, recalcaban que ese poder del cielo, esa promesa rosa y roja de energía ilimitada, era demasiado buena como para que se la encerrara en la bomba infernal y fuera empleada con

fines destructivos. Para defender este punto de vista se fundó un rotativo denominado *Atomzeitalter* (La era atómica), cuya portada adornaban efectivamente rosadas torres de refrigeración.

Esto ocurrió en los años sesenta, es decir, en los años en que la gran moratoria aún estaba en sazón y cuando nadie ponía en tela de juicio la máxima de Jefferson sobre el derecho al usufructo por parte de la generación actual, y en que los intelectuales de izquierda que disentían aún creían ciegamente en una ciencia infalible y sin fisuras. Si alguien expresaba su malestar por la situación política y económica, se trataba generalmente de pedir con mayor insistencia el asesoramiento de los expertos, de dar más importancia al asunto, recaudar mayores fondos y suscitar un interés mayor por la investigación y el desarrollo. A pesar o incluso precisamente debido a esta crítica inmanente al sistema, la gran industria continuó avanzando y comenzó a definir los grandes asuntos de la política, en la medida en que no se quedara anclada en los lemas y contralemas de la Guerra Fría. Y la gran experiencia paulina alemana no permitía en cualquier caso ninguna desconfianza básica que pudiera traer consigo dolorosas reminiscencias (según se entendían entonces).

## *El año 1968: suena la señal*

En estas circunstancias, 1968 no supuso en principio para Europa ningún salto cualitativo en su comprensión de la crítica de la civilización. Y esto por dos motivos: el anclaje de la APO (Oposición Extraparlamentaria de la Izquierda Alemana) europea y continental en el marxismo teórico, tal como se desprendía, puro y sin mácula, de la práxis realsocialista, y la proximidad geográfica del bloque del Este.

Con respecto a lo primero: los cuadros de la APO más estrictos eran marxistas doctrinarios y, por mucho que su estómago comenzase a protestar, aún se atenían al dogma de la liberación de las fuerzas productivas, confesión que compartían con su enemigo de clase. Concebían su oposición primeramente como oposición al capitalismo y los crecientes peligros que amenazaban al mundo vivo eran también consecuencia de aquél. Les resultaba enormemente difícil creer que los reactores nucleares comunistas podían ser tan peligrosos como los capitalistas. (Más tarde resultó que eran incluso un poquito más peligrosos, lo que proporciona un argumento de calidad suplementario e inmerecido al *lobby* occidental de la energía nuclear.)

### *Las señales que anuncian el fin de la guerra de confesión*

Aún más relevante fue el acontecimiento europeo con mayor contenido emocional de 1968, la "Primavera de Praga", que parecía abrir la puerta a un comunismo con rostro humano. Cierto que los hermanos ruso prusianos la aplastaron, pero en realidad fue el comienzo del fin del bloque realsocialista (esto si no fijamos este comienzo en el octubre polaco y el húngaro de 1956). Tuvo amplios efectos en Europa: los emigrados checos vivificaron el debate sobre los principios básicos y pusieron en circulación "allá" una serie de ideas occidentales escépticas frente al crecimiento.

### *La crisis del petróleo y los límites del crecimiento*

Fue en los años 1971 y 1973 cuando la conciencia política se aproximó más a la realidad de la biosfera: apareció el informe del

Club de Roma "Los límites del crecimiento". En 1972 se celebró en Estocolmo el primer congreso internacional sobre medioambiente y allí se escucharon propuestas insospechadas (y jamás superadas en su arrojo); y en 1973 estalló el gran boicot del petróleo de los Estados árabes. El presidente Carter, entonces y hoy vergonzosamente infravalorado, encargó el estudio "Global 2000", que constituye el intento más amplio hasta la fecha de establecer previsiones ecológico-económicas de forma sistemática. En Alemania, Willy Brandt logró mantener dentro de los márgenes del SPD al movimiento ecopacifista, que en aquel tiempo disponía de una serie de cabezas insignes y que formuló las propuestas programáticas más fértiles que hubo sobre la cuestión de la sostenibilidad. En todas partes creció la sensación de que no era posible seguir comiéndose la balsa sobre la que la humanidad navega por la historia.

### *La dinastía helmutiana o el gran comunicador*

Bien, pues la cosa no duró mucho. El año 1974 trajo consigo la caída del gobierno de Brandt y la cancillería de Helmut Schmidt, que inauguró la era helmutiana de la política industrial alemana hasta el fin del milenio. La disidencia del movimiento ecopacifista reventó y se escindió del SPD, se alió con grupos marginales con respecto a la sociedad federal, lo que le permitió superar fácilmente los obstáculos que le impedían convertirse en partido.

Esto es muy importante para nuestro asunto. Significa que la vieja crítica de la civilización, romántica y vuelta hacia el pasado, muy ligada a la mística del suelo y de la sangre y que, por extraños vericuetos, llevó al alumno de la escuela secundaria de Linz hasta los acerados pechos de la cruel reina, era irrecon-

ciliable con los nuevos movimientos sociales y sigue siéndolo, al menos por el momento. Al contrario, los Verdes traían consigo desde el principio el olor a corral de la izquierda, desde el comienzo emanaron los aromas de la radicalidad de izquierda, no olían ni a suelo ni a sangre, sino más bien a porro y a feminismo. Seguro, también hubo algún intento de dar continuidad a la antigua y amarga crítica de la civilización, pero (a excepción de algún que otro titubeo al comienzo) fracasaron.

Pero también fracasaron y carecieron de prolongación práctica los intentos de los años setenta. La hegemonía de la megamáquina en los Estados Unidos de América parecía definitivamente establecida gracias a la derrota de Carter y el ascenso del gran comunicador de Hollywood, Ronald Reagan. Era la patente encarnación del lema del momento, el de que "el medio es el mensaje", y ese lema siguió siendo determinante en todas las elecciones que siguieron. Eran las condiciones ideales para dejar el problema de la sostenibilidad y el informe "Global 2000" en el baúl de los recuerdos. De nuevo, y en el mejor estilo de los pioneros, los tesoros de la tierra estaban en manos de las generaciones actuales para su total disfrute, y el producto social bruto se convirtió otra vez en la única vara de medir tanto el éxito económico como el político.

## *La quiebra de la confesión realsocialista*

Estas tendencias se vieron reforzadas y aceleradas gracias al fin de la guerra de confesión: el colapso de la URSS y su orden. Entre los resquicios de aquel fracaso aparecieron abismos de impotencia e ingentes mentiras del petrificado Politburó y sus nomenclaturas. Los supervivientes del desastre fueron rescatados, mojados

y temblorosos, e izados a la cubierta del *Capitalist Enterprise*, y hoy tenemos en Rusia a los científicos más hambrientos y a los millonarios más desvergonzados del mundo. El neoliberalismo ocupó todas las torres vigía del globo, y desde allí garre triunfal y monocorde el grito del papagayo: "Desregulación, desregulación, desregulación...".

Políticos como Al Gore u Oskar Lafontaine, que a fin de cuentas habían reflexionado con inteligencia sobre el futuro del planeta, fueron engullidos por los garridos del papagayo. En cuanto se asomaron al ring político de cada día, sus antiguos fans ecologistas se quedaron enredados entre las puertas de los grupos de presión y los micrófonos del congreso del partido. Y el viejo lema inconsciente del "producto social bruto" degenera hasta convertirse en el *shareholder value*, y cada seis meses se somete a la ordalía orquestada por los departamentos financieros, que sólo ponen en su balanza los beneficios.

### *Atrapados en el bazar*

En cualquier caso, en el marco del destino atlántico europeo no se puede ni se debe hablar ya de la cuestión de la especie. Al contrario, nos orientan sin cesar hacia la oferta consumista y hacia el aprovechamiento del instante, rodeados como estamos por un bazar audiovisual incansable, al que se da el elegante apelativo de PR (Public Relations) o márketing, y que no tiene otro sentido más que el de aumentar los beneficios, y con ello los flujos de materia prima y energías, que curiosamente han de crecer y crecer para vernos libres de todo temor y miseria. Incluso aplicando los criterios de sostenibilidad más modestos, es fácil desvelar la inconcebible y suicida irracionalidad de este engranaje.

La influencia de todo ello en el nivel del debate político y social fue y sigue siendo criminal. Un americano se quejó amargamente en una ocasión diciendo que el gran pecado de las administraciones de Reagan era que había dejado a la nación considerablemente más estúpida de lo que la encontró. Lo mismo puede decirse del gobierno de Helmut Kohl. Su predecesor, Helmut Schmidt, aún era lo bastante honrado como para admitir que había renunciado políticamente a la cuestión de la especie, porque la consideraba insoluble. Bajo el gobierno liberal conservador ni siquiera se vuelve a mencionar y, a partir de 1989, las campañas electorales se parecen cada vez más a los excitados gritos de los comentaristas deportivos sobre el papel de los delanteros y los defensas en la liga de fútbol alemana. La nación, por tanto, le da la espalda a la política y se dedica al fútbol. Ya no se debaten verdades que vayan más allá de este trasiego populista.

### *El ratón y el halcón*

Quizá merezca la pena recordar aquí a un temprano profeta, al especialista forestal y filósofo americano Aldo Leopold, que falleció en 1948. Él describe su sensación vital así: “Uno de los precios que hay que pagar por una educación ecológica es estar solo en un mundo lleno de heridas”. En 1949 se publicó una compilación de sus obras bajo el título *A Sand County Almanach*, que hoy es un libro de culto. Modesto e irónico, en él ofrece su comentario a las grandes proclamas de la posguerra, proclamas que, incontestadas entonces e incontestables, sofocaron sus palabras:

> Un ratón es un ser modesto que sabe que la hierba crece con el fin de que los ratones puedan almacenarla en par-

vas subterráneas, y que la nieve cae para que los ratones puedan construir túneles de parva en parva. Oferta, demanda y transporte: todo limpiamente organizado. Para el ratón, la nieve significa ser libre de todo temor y miseria.

Llega un halcón patilargo planeando sobre la pradera. De pronto se detiene como un alción y se precipita como una bomba alada sobre la marisma. No vuelve a remontarse, y por eso estoy seguro de que ha atrapado a algún inquieto ratón ingeniero que no ha podido esperar a la noche para inspeccionar los daños que el deshielo ha causado en su mundo perfectamente organizado. Se lo comerá.

Al patilargo poco le importa por qué crece la hierba, pero está seguro de que la nieve se derrite para que los halcones puedan cazar ratones de nuevo. Llegó de las regiones árticas confiando en el deshielo, pues para él supone la libertad de todo temor y miseria.

Ahí la tenemos de nuevo, a la reina de toda sabiduría. ¿Es tan cruel, tan asesina como la describió y veneró Hitler? En cualquier caso una cosa está clara: tenemos que entendernos con ella.

## IX
## RESIDUOS
### O SIGUE SIENDO POPULAR

La reina no regresó tan pronto. Pero era lógico que tras todos esos años de catástrofe fascista hitleriana quedasen restos venenosos, residuos de siniestro brillo en amplias regiones del mundo y en el espíritu del mundo.

Yo no estaba desprevenido. En el otoño de 1944 trabajaba como prisionero de guerra en un campo de algodón de Arkansas. A nuestra compañía se sumaron algunos temporeros mexicanos que eran mucho más rápidos que nosotros, un grupo variopinto que acampaba en y en torno de las chozas de madera semiderruidas y abandonadas de los negros (a éstos los despacharon al ejército o a la industria bélica). De esos latinos bigotudos aprendimos canciones que veinte años después aparecieron en las listas de éxitos alemanas: sentimentales mariachis y canciones pertenecientes a los heroicos fondos de Pancho Villa. Y cuando pasaban a nuestro lado en sus atávicos camiones de carga, alzaban el brazo derecho y gritaban alegres: "¡Heil Hitler!". Entonces supe que seguiría siendo popular por un tiempo.

En Europa, sobre todo en algunas regiones de Europa del Este, la guerra y los asesinatos duraron todavía un par de años. Hubo acres disputas en torno de las marismas del Pripjat y en la región del triángulo formado por Polonia, Eslovaquia y Ucrania, en las que aún participaron oficiales alemanes con los servicios americanos al fondo. Los nazis habían reclutado a un montón de ayu-

dantes aprovechando las antiquísimas contiendas tribales de la región: estonios, letones, lituanos, ucranios, cosacos blancos a los que, frente a la perspectiva de una capitulación ante los soviets, no les quedaba más opción que morir matando. En la frontera grecoyugoslava hacía estragos la guerra civil, que no se extinguió hasta que Stalin proscribió a Tito.

*La obra del Señor continúa*

También el antisemitismo asesino, alimentado de viejas tradiciones y que en Eslovaquia y Croacia se activó a las órdenes de Hitler, se cobró muchas víctimas en Polonia entre los miles de judíos liberados de los campos de concentración. La muerte del dictador puso fin al gigantesco pogromo de judíos planificado por Stalin, iniciado con una falsa conjura de los médicos. Pero el odio al judío obtuvo un nuevo y acusado matiz debido a los acontecimientos de Oriente Próximo: la instauración del Estado de Israel, con la huida y el desplazamiento de los palestinos árabes.

La guerra en Tierra Santa comenzó ya antes de la Segunda Guerra Mundial bajo el mandato británico y tenía mucho que ver con el doble rasero que aplicaron los ingleses a judíos y árabes. Y así, dos culturas que, gracias a su tolerancia, habían dado al mundo durante siglos un acervo cultural incalculable, se convirtieron en enemigos mortales. Como en un principio los árabes no tenían esperanza alguna de imponerse, su hostilidad fue en aumento. Desde entonces todo alemán que viaje un poco se ha tropezado alguna vez con el clásico taxista árabe de Túnez, Beirut y Damasco, que posee una pistola que le regaló Rommel y que ensalza a los alemanes, pueblo de Beckenbauer, Hitler y Eichmann, y que a lo sumo les reprocha que estos últimos no fueron

capaces de rematar su trabajo. Hace pocos años apareció en una editorial cristiana libanesa una traducción árabe de *Mi lucha* con una benévola introducción "científica". Y podemos imaginar lo que pensará el lector árabe cuando lea la frase: "Al defenderme del judío, hago el trabajo del Señor". Seguramente no piensa en quién pudiera ser el Señor de Hitler ni en su reina cruel, pero sí en el Alá fundamentalista, el dios de las batallas justas.

*Amar al que te desprecia*

Todo esto es muy lamentable, pero relativamente lógico. Más difícil de entender es el atractivo que ejerce la figura de Hitler entre los campesinos mexicanos de los campos de algodón, los amarillos, negros y mestizos, entre los mulatos de Panamá, cuyas motos se adornan con la cruz gamada, en una palabra, entre amplios sectores del llamado Tercer Mundo. ¿Acaso no sabían, o saben, que Hitler les reservaba el papel del animal de carga, del humilde esclavo de los pueblos dominadores nórdicos, que jamás les atribuyó un papel importante, o siquiera humanamente digno, en el juego de poder mundial? ¿Qué piensan, y qué obtienen ellos, de una metafísica del superhombre que no les deja más que la humilde y sórdida supervivencia del esclavo?

*El caso Barbie*

Aquí se palpa el carácter esencialmente contradictorio, y la posible fuerza por lo tanto, de la fórmula hitleriana. No ha sido hasta hace muy poco que un pensador francés judío, Alain Finkielkraut, se ha planteado a sí mismo y a sus coetáneos la pregunta

fundamental. Y lo ha hecho al hilo del juicio celebrado en Francia en el que se procesó al torturador de Lyon Klaus Barbie. Un abogado medio vietnamita, que ha llegado a los más altos puestos de la judicatura francesa y que aparentemente es un hombre muy inteligente, asumió la defensa con un entusiasmo visible y regocijándose ante la incomodidad de la oficialidad francesa, con sus esqueletos de Vichy en el sótano. Finkielkraut preguntó entonces: "¿Cómo es posible que tantas personas hayan apoyado y apoyen a Barbie, personas que, de acuerdo con la teoría de la raza de Hitler, no podían esperar de los nazis más que las más terribles represiones, si no algo peor?".

Los servicios de inteligencia americanos utilizaron a Barbie después de 1944 y 1945, e impidieron que fuese perseguido por la justicia. Luego marchó a Sudamérica, donde se abrió paso hasta convertirse en el principal asesor en materia de seguridad de la junta militar boliviana. En estos tumbos no dejó de encontrarse con la benevolencia de ciertos "amigos", de personas poderosas en el plano regional y local que estaban convencidos de entender mejor el mundo que sus ingenuos seguidores, enredados en ingenuos conceptos como los derechos humanos y la dignidad del hombre.

Se trata de situaciones y mentalidades de las que debemos ocuparnos con más detalle.

## *Los imperios blancos*

Hay algo que tienen en común esta mentalidad y estas situaciones: son los sentimientos de seres que se saben oprimidos por los imperios blancos desde hace siglos. Este mundo nuestro de la gran moratoria, de la libertad frente al temor y la miseria, no

tiene nada que ver con ellos; no confían en él ni un ápice, porque sus fundamentos se hunden en los huesos de los pueblos de color. Consideran que nuestro parloteo sobre los derechos humanos es una hipocresía descarada; lo que se les hizo a los judíos, afirman, responde a los modos usuales de dominación de los blancos en los cuatro continentes. En una ocasión, un negro muy culto de las islas del Índico occidental me comentó su asombro ante el hecho de que a cuento de Auschwitz se hubiera olvidado a los millones de africanos que no sobrevivieron la travesía hacia América, o que sencillamente fueron lanzados al mar ante la proximidad de buques de guerra: consideraba que el debate en torno de la Shoah no era más que un problema interno blanco, del pueblo dominante, que nos permitía entregar a los judíos el monopolio de la compasión y del derecho a la indemnización.

Tales argumentos son casi insufribles, pero comprensibles. Que de hacerse con las colonias, Hitler no habría actuado de manera distinta, y seguramente peor, que los anteriores colonizadores, no es seguro; pero es que los pueblos de color han soportado quinientos años de imperialismo español, portugués, británico, francés y americano. Y al menos Hitler les da la pequeña satisfacción de haber puesto en aprietos a sus amos. (¿Qué sabían de Hitler mis campesinos de los campos de algodón? Sabían que había obligado a los yanquis a entrar en una guerra desagradable, y seguramente también comprendían la ironía que subyace al hecho de que el enemigo nos metiera a nosotros, aspirantes a dominadores, y ellos, a los que la historia siempre traicionó, en el mismo saco, el de los agentes de la producción primaria, iheil Hitler!)

Naturalmente que a esto se le añaden otros motivos más antiguos, incluso atávicos, motivos que proceden de épocas anteriores a la barbarie, de mundos ancestrales. Lo extranjero que no se puede oler no se odia. Las improntas odoríferas extrañas se

perciben con el cerebro reptiliano: así justifican por ejemplo los croatas su repulsa de los serbios bosnios que se asentaron en Voivodina después de la Segunda Guerra Mundial. La convivencia de pueblos y clanes sigue obedeciendo, ayer y hoy, al modelo de la lucha por el agua o en cualquier caso a la ley del más fuerte y del sudor que el miedo produce.

## *Rectificación de un pequeño error*

Más interesante (y en principio menos comprensible) es la cuestión del atractivo que ejerce la figura de Hitler entre los revolucionarios negros, los líderes centroamericanos, o los mariscales asiáticos, en breve, entre los intelectuales y guías del llamado Tercer Mundo.

El mariscal vietnamita Ky, una marioneta del Pentágono, afirmó abiertamente que Hitler era su modelo. Kwame Nkrumah, primer jefe de Estado negro de la Ghana independiente, tenía como libro de cabecera *Mi lucha*. ¿Qué sentiría el jefe de Estado negro cuando agarraba, bajo la lámpara de la mesilla, el libro programático del Führer? ¿Qué pensaría al leer esos pasajes furibundos sobre los semisimios negros que se disfrazaban de catedráticos o de sacerdotes para apoyar la doctrina judía de la igualdad de todos los seres humanos? ¿Acaso no sabía que, si acaso tenía una teoría política global, Hitler relegaba a los negros al papel del animal de carga? ¿Qué hacía este lector con semejante moral de dominación? ¿No le repelía, siendo jefe de Estado negro?

Por paradójico que parezca, era demasiado listo y estaba demasiado involucrado. Como africano negro que, tras largas batallas, había logrado liberarse del yugo británico, estaría sin duda con-

vencido de que en la lejana Europa ese Hitler se dejó llevar por sus prejuicios culturales en cuanto a la identidad de la raza superior, pero que logró poner al descubierto la estructura básica del devenir mundial. Y para cualquiera que hubiera luchado por la libertad, como Nkrumah, cualquiera que, contra toda expectativa y tras años de prisión bajo las fuerzas coloniales, había alcanzado la independencia de su país, estaba claro que los seres superiores no eran esos rostros pálidos y desteñidos, sino los hombres del futuro, es decir, los negros africanos.

Esto significa nada más y nada menos que este hombre de Ghana, y tras él el mariscal del aire vietnamita, y seguramente muchos otros estadistas del Tercer Mundo, habían dado con el núcleo real, y para ellos muy útil, del mensaje hitleriano: *El sujeto de la raza superior es variable. Al que consigue colocarse en el puesto de mando se le corrobora gracias al principio aristocrático, el principio de la selección darwinista, el principio de la reina cruel de toda sabiduría. Y éste pone en marcha de nuevo el antiquísimo decreto de la barbarie: los "otros" no son seres humanos, no son partícipes del sujeto aristocrático.*

Partiendo de esta base muchos participaron en la gran selección, afirmando el principio aristocrático de la reina sabia.

## *La edad de piedra y más atrás*

Bajo la égida de este principio volvieron a entrar en la historia Estados nuevos y pueblos antiguos. Por debajo y entre los resquicios de la gran confrontación que fue la guerra confesional entre Occidente y el Este, oscilaron y oscilan los golpes de péndulo de la barbarie; los regímenes torturadores y las masacres oficiales y no oficiales emergen entonces de la edad de piedra y se adentran de nuevo en el siglo XX.

Estados, hombres de Estado, jefes rebeldes se declaran partidarios o contrarios al comunismo, pero todo eso no significa gran cosa. La doctrina no llevó más que a una variante estalinista, o bien maoísta, del principio de cuadros, es decir, a una clase dominante absoluta. La distancia que los separa del fascismo, o incluso del hitlerismo, cede así considerablemente hasta volverse raquítica. Y así, un Derg etíope, la banda de los cuatro china, o un Angkar camboyano, organizaron los más espantosos genocidios y etnocidios, y algunos, especialmente el Jémer Rojo, esgrimiendo abiertamente puntos de vista cercanos a la sostenibilidad biopolítica.

Y en el que aparentemente era el polo opuesto, en América Central y Sudamérica, reinó durante mucho tiempo, sustentado por los "políticos reales" norteamericanos, un fascismo que se regocijaba con la tortura, bien formado y armado, dirigido y fomentado por maestros del fascismo. Las heridas de esa era no han cicatrizado y los asesinos se mueven con entera libertad o incluso permanecen en los gobiernos o, como Pinochet, en el Senado chileno. (Y, dicho sea de paso, estos regímenes produjeron más mártires cristianos que sesenta años de represión soviética, sólo que Roma no está dispuesta, o no puede, reconocerlos como tales.)

Determinadas formas de asesinato desarrollan fundamentalismos religiosos, y no sólo el musulmán. La pretensión del derecho a ejercer la selección mortífera surge en el instante en el que uno se cree ciento por ciento del lado de Dios.

Estas formas de barbarie no consiguen elevarse al nivel de la perfección real, de la organización absoluta; tarde o temprano retoman los métodos de la edad de piedra y recurren a argumentos tan viejos como el del olor foráneo, regresan al cuchillo, al hacha y a la porra. Y esos métodos primitivos son muy eficaces: en Ruanda medio millón de muertos en tres meses, varias decenas de miles en Argelia, y quizá un número similar en los barrancos de Bosnia.

Sí, tras la Segunda Guerra Mundial, la humanidad pudo y puede acostumbrarse a toda una plétora de modalidades de barbarie, distintas en su carácter y contundencia. El espanto no deja de ofrecérsenos, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo.

Por otra parte, hay en el mundo muchos residuos tóxicos y radioactivos que podrían ser de utilidad para un hitlerismo resurgente. Pero jamás su empleo alcanzará la perfección técnica, ni, sobre todo, la completud teórica de la metafísica de Hitler, y en todas partes falta la base de poder necesaria, que ya para Hitler resultó escasa. En palabras del propio Hitler: la reina cruel no le favoreció. Y hasta hoy no ha aparecido ningún poder que pudiera atreverse siquiera a repetir la gran apuesta que vio el mundo entre 1933 y 1945.

Pero, ¿qué pasa con los viejos países clave de Europa, con Francia, y sobre todo con Alemania? ¿Son aún fértiles los regazos de los que salió aquello, por citar a Bertolt Brecht?

## *El torturador*

Está demostrado, pues su presencia se constata desde hace años, que existe en Francia un potencial, que abarca un quince por ciento de la población, de extremismo derechista contrario al Estado, organizado en torno del movimiento del Frente Nacional. Su ventaja decisiva frente a los neonazis alemanes es que su dirigente es un tipo avasallador, políticamente hábil, que revela de un solo vistazo su perfil. Le Pen es un torturador arrojado e impenitente; considera que Auschwitz fue "un detalle de la historia de la Segunda Guerra Mundial", y el meollo de su mensaje es que hay que deshacerse, y cuanto antes, del mayor número posible de extranjeros (la mayoría africanos del Magreb). Pero en las filas

del Frente Nacional no falta tampoco el antisemitismo. El movimiento comparte con amplios sectores de la derecha francesa "decente" un sinnúmero de viejos y nuevos agravios políticos, de resentimientos sociales e incluso religiosos: sienten nostalgia por la vieja y buena Francia (sea lo que fuere aquello), desean volver a estar "entre ellos" y experimentan un particular rechazo, e incluso hostilidad, por los dogmas igualitaristas de la izquierda y por sus laxas prácticas policiales. También se dan allí contactos con la derecha católica; es sabido que las relaciones con el arzobispo Lefèbre, para quien las conclusiones del Concilio del Vaticano II constituyeron una traición, son tan buenas como para que celebrase con motivo de un congreso del partido de Le Pen una misa según el viejo rito tridentino.

La situación recuerda mucho al estado de cosas que se dio en Baviera a comienzos de la década de los años veinte. El principal peligro que emana del Frente Nacional es que (como en Munich en su día) se produzca una ósmosis de los sentimientos de la derecha fascista y los de la derecha "decente" a raíz de estos agravios comunes. Después de la gran derrota de la derecha "legítima" en las elecciones municipales y regionales de 1998, el presidente gaullista ya no pudo exigir que sus compañeros de partido en las provincias delimitasen estrictamente sus posiciones frente a las de Le Pen, incluso a costa de la derrota en las votaciones individuales. Allí se desató en muchos lugares no sólo el ansia de poder, sino también ese sentimiento compartido, esa "idea de Francia" que tenían en común, como lo formuló uno que rechazó el voto de obediencia del partido. Ya veremos cómo evolucionará esta desintegración de la derecha "decente".

No hay que olvidar tampoco el alto nivel de las aportaciones que hacen al debate los neofascistas y otros agentes próximos al fascismo en Francia, que llevan décadas creando órganos y foros

propios. (Ya era así en los años veinte y treinta: literatos de la altura de un Céline, y antes de un Charles Maurras, o de un Maurice Barrès no los tienen los fascismos italiano o alemán.)

Pero no es esto lo único que distingue la situación alemana de la francesa.

*Los calvos*

Es evidente que el neonazismo, que de algún modo pervivió tras la época de Adenauer, se benefició más aún que Le Pen y que el nuevo fascismo de salón italiano del fin de la guerra de confesión, del colapso del bloque socialista y de la simultánea autocastración del marxismo europeo occidental. Un cúmulo de agravios que hasta entonces habían servido de carburante a la base de la izquierda trasladó su energía hacia el sector de la derecha radical. A ello se añadió la llamada reunificación de Alemania que, vista desde la perspectiva de la historia reciente de la Alemania occidental, no fue otra cosa (que quizá no pudiera ser otra cosa) que la anexión de la República Democrática Alemana por parte de la poderosa república capitalista. La reunificación llegó en un momento histórico, sobre todo para los habitantes de la República Democrática, en que el neocapitalismo entraba en su etapa más reciente y verdaderamente inhumana. Durante un largo período, cuyo fin aún no podemos prever, condenó a una sociedad que durante sesenta años vivió alejada de la práctica democrática, a una especie de "mezzogiorno" alemán. El marco alemán, que durante muchas décadas supuso la promesa de un nuevo amanecer para los que vivían al otro lado del muro, se convirtió en un Sirio que trajo un desierto falto de perspectivas en lugar de aquellos paisajes floridos cuajados de promesas que todos esperaban.

Pero lo más siniestro bajo ese astro es la llamarada resurgente del accionismo terrorista. Sus protagonistas, unos tipos calvos con botas de paracaidista, no están dispuestos a escuchar ninguna clase de argumentos, pero en algunos lugares han llegado a ser un elemento esencial de la atmósfera, incluso en las escuelas de grado medio. Y de alguna manera ya saben a dónde hay que ir; junto a los incendios que organizan con cócteles molotov, apalean a negros y lanzan a minusválidos en silla de ruedas escaleras abajo: xenofobia más eugenesia, recién salidos del vivero de la reina cruel.

Con estos métodos han sabido crear auténticas "zonas francas": calles, barrios, e incluso, según se dice, algunos pueblos. Allí sólo se puede ser rubio, beber cerveza y mostrar la cruz gamada; lo polaco, negroide o discapacitado está tan *out* como pueda estarlo Immanuel Kant. El cardumen de adultos, incluidos muchos pedagogos que se sienten superados y otros liberales de izquierda igualmente desconcertados, está inerme; y de nuevo, como en los tiempos de Weimar, nadamos hacia aguas completamente desconocidas, turbias y frías. Pero por supuesto esto no sólo vale para la antigua República Democrática de Alemania, sino para amplias regiones geográficas y emocionales de los antiguos Länder federales.

Para esa noción alemana de la responsabilidad que aún merece un puñado de pólvora, todo esto es terrible. Todo lo que pueda ocurrir para cambiar este estado de cosas debe ocurrir. El regazo del que salió todo aquello sigue siendo fértil. Pero ¿encontrará el pequeño monstruo que acaba de nacer el alimento y el cobijo que le permitirán hacerse grande y poderoso? En otras palabras: ¿tiene relevancia para el asunto que aquí nos ocupa, para el siglo XXI? ¿Cabe esperar de estos biotopos transidos de gases de pudridero un nuevo Hitler o un hitlerismo que determine el devenir de la historia?

Yo creo que no.

*Lo que falta*

Comparemos rápidamente la situación del período de entreguerras con la nuestra. El sistema de Hitler, por paranoide e irrelevante que pudiera parecer en sus detalles, descansaba en un poderoso consenso del espíritu de la época. Estaba en disposición de ganarse para sí a los dirigentes sociales y económicos. La premisa para ello era que un Estado nacional del tamaño de Alemania aún disponía de todos los principales recursos técnicos y financieros que se precisan para una agresión a gran escala. Aquel era aún el mundo de Adam Smith, al que le costaba imaginar que la economía transnacional pudiera ser rentable, aunque sólo fuera por los altísimos costes del transporte de las materias primas. Alemania, al igual que Inglaterra, era un país de acero y carbón, y por ello poseía aparentemente un potencial decisivo en el campo de la industria, el potencial que precisa un pueblo superior para someter con éxito a amplias regiones del mundo.

Otra premisa para la realización del Gran Plan era que también las capas políticas en el poder, móviles, compartían con el hitlerismo una serie de miedos y rencores fundamentales. Sólo así pudieron desmontar racionalmente el rechazo que separaba su ambiente de las hordas de las SA.

Estos miedos y rencores habían germinado en un suelo cultural amplio, tenían tradiciones que se remontaban hasta el romanticismo alemán. En particular se trataba de un hambre de lo irracional y lo suprarracional que en las campiñas que trazaban las llamadas "bellas letras" y en torno de ellas celebraban unos esponsales siniestros con el biologismo: el ocaso de los dioses matrimoniado con el socialdarwinismo.

Y, por último, se creía conocer perfectamente la cara del enemigo. Era la cara de aquellos a los que Hitler llamó los "delin-

cuentes de noviembre", es decir, los enemigos externos y sus agentes, detrás de los cuales se adivinaba a Judá.

Hoy la situación no es ésa. Si el chovinismo tiene un enemigo omnipotente, entonces es el mundo financiero y productivo, en particular las multinacionales. La agilidad con que hoy se invierte aquí y allá en el mundo global, los bancos de nubes de las empresas informáticas, capaces de asaltar en veinticuatro horas al mundo entero, hacen que una Alemania infectada por el nazismo constituya un riesgo empresarial inaceptable. Cuando un portavoz del conglomerado Siemens anuncia que no tiene sentido seguir poniendo el membrete de *Made in Germany* en los productos de su empresa y que hace tiempo que debería rezar *Made by Siemens*, entonces está claro en qué lado de la balanza de los bancos y empresas caerían hoy los planes de Hitler.

Es de todos conocido el desagrado con que reciben los grandes talleres de la superindustria los síntomas de xenofobia. Necesitamos tanto al experto turco como al alemán. Las palizas y las patadas contra peatones de aspecto exótico es cosa de marginados, que son actores tan indistintos como indistintas sus víctimas.

No detectamos hoy ninguna referencia intelectual o cultural, siquiera del nivel más modesto. Llevar a Fausto o a Hölderlin en la mochila al menos eran posibilidades, aun siendo posibilidades perversas de coexistencia nazi con la memoria nacional colectiva. Hoy, en cambio, el neonazismo realmente existente es básicamente analfabeto.

La situación no es peor en el caso de la imagen del enemigo. El judío de Hitler era una monstruosidad digna de la ciencia ficción, pero como tarde desde Dreyfus y los *Protocolos de los sabios de Sión* ya se preparó y se dio a conocer el rostro de esa monstruosidad. ¿Pero hoy? Como argumento para sus mortíferas agresiones, estos verdugos de las botas de paracaidista ni siquiera se

atreven a alegar la noción de "raza", por no mencionar algo tan concreto como el judío contemporáneo. Aunque siga rampando en forma de espectro por los sótanos del inconsciente colectivo, abiertamente sólo se habla de las *memorias* de la llamada mentira de Auschwitz. De cuando en cuando también conjuran los horrores debidos a las potencias financieras internacionales, que quizá cabe imaginar con una nariz algo ganchuda, pero en lo básico, es decir, a la hora de pegar palizas y de prender fuego, sólo se trata ya de los "canacos", sean quienes sean éstos, y de evitar físicamente una provocación cuya naturaleza no se comprende y por ello se teme.

### *¿Hay que dejar de alarmarse?*

Parece que al siglo XXI le afectan poco estos montones de residuos lamentables e insensibles. Pero ¿acaso por ello debe remitir la alarma? ¿Acaso esta patente debilidad del neonazismo o de las milicias "arias" en Norteamérica son prueba de que el espíritu de Hitler no volverá a emerger del palacio de Drácula de la historia?

Para saberlo es necesario despojar al núcleo de su mensaje, la fórmula hitleriana, por decirlo así, de su disfraz y ponerle el atuendo centroeuropeo de la primera mitad del siglo; trasladar la fórmula de la aritmética propia del aquel momento histórico al álgebra, es decir, a su posible validez más general.

Sólo entonces sabremos qué actualidad puede llegar a cobrar en futuras crisis, prácticamente inevitables ya.

# X
# LA GESTIÓN DEL PLANETA
## O LA GLOBALIZACIÓN DE LA FÓRMULA HITLERIANA

¿De qué factores y elementos se compone la fórmula hitleriana cuando la despojamos de sus falsas magnitudes de cálculo?

### *Los factores de la fórmula*

La primera premisa para su aplicación (o reaplicación) es una situación de crisis que incluya tanto la carestía material como la vivencia de una desorientación existencial.

Esta experiencia de crisis debe suscitar la noción de que no basta para todos (y de que seguramente nunca más bastará).

En tal caso habremos de descartar de raíz toda posibilidad de solucionar la crisis mediante un programa minucioso, pero humanista.

El grupo o formación dominante que se sienta llamado a conservar los logros civilizatorios se verá por ello obligado a acometer una selección; ésta anulará lógicamente el carácter intocable de la dignidad humana.

De modo que nuestra primera pregunta reza así: ¿es posible, o probable, una crisis hitleriana en el siglo XXI?

Sí.

### *El regreso de los demonios*

Hubo un intento precoz de analizar la crisis hitleriana. Se encuentra en una obra aparecida en 1939 en Londres bajo el título *The*

*End of Economic Man* (El fin del hombre económico). Su autor, un emigrado llamado Peter Drucker (que más tarde alcanzó cierta notoriedad en Norteamérica como teórico de la gestión empresarial) escribió la obra en los últimos años de paz. Aún no tenía pruebas de la ofensiva de Hitler contra Europa y por eso no es de extrañar que cayera en el olvido. (Sin embargo, Drucker predijo en su obra el pacto Hitler-Stalin de 1939.)

La idea central de Drucker es la siguiente: la victoria del movimiento hitleriano constituye una respuesta lógica, si bien irracional, al triunfo del capitalismo, que cumplió todas sus promesas y que por lo mismo abocó al desconcierto a porciones cada vez mayores de la humanidad (al menos a aquella parte de la humanidad que custodiaba). Como la economía no es capaz de dirimir el viejo dilema europeo entre libertad e igualdad, como más bien desplaza el valor que el hombre se atribuye hacia su propio puesto en el proceso de producción, ella misma se pone en cuestión en cuanto aparece una de sus depresiones cíclicas. Drucker subraya que la depresión que abarcó los años 1929 a 1933 no fue de ningún modo la más grave, que no trajo consigo mayor dureza que las precedentes, como las del siglo XIX. Lo decisivo de aquélla fue más bien que hizo que percibiéramos como nunca antes la indiferencia de los procesos económicos frente al supuesto sujeto, el ciudadano económico. (Uno de los demonios cuyo retorno postula Drucker, se llama "*too old at forty*", demasiado viejo a los cuarenta. Esto nos suena.)

Hitler, según Drucker trató de emplazar la autoconciencia de los perdedores de la modernización sobre bases distintas de las meramente económicas, por ejemplo en su papel de viejos combatientes del movimiento, de dirigentes menores de las SA, etcétera.

Nosotros, niños quemados, herederos de Auschwitz y Treblinka, podríamos añadir: precisamente por su ataque al economi-

cismo, Hitler restauró un antiquísimo y bárbaro sentimiento de superioridad colectivo, en el que Peter Drucker no se atrevía a pensar aún en 1939.

Pero en el instante en que resucitó esa vieja fórmula bárbara, la fórmula de la superioridad natural de la propia horda que pone a los únicos dignos del epíteto de humanos frente a un universo de extranjeros ante los que sólo cabe la sospecha o la misericordia, en ese instante ya se preparaba la respuesta a otra pregunta que afecta mucho más directamente a los humanos y su cotidianeidad: *¿Hay recursos para todos? ¿Hay bastante para garantizar la libertad general frente al temor y la miseria?*

## *El fin de la moratoria, la crisis del fin de siglo*

Bien, y en este recodo de la amplia espiral de la evolución histórica nos encontramos con un terreno crítico muy similar.

Es evidente que la fórmula jeffersoniana del despreocupado usufructo de las generaciones actuales ya no nos lleva por buen camino, más bien que ya no hay camino. Nos encontramos ya en medio de un proceso de selección acometido por la reina de toda sabiduría contra nuestra especie. El suelo fértil es cada vez más escaso, en los Estados del bienestar se entierran diariamente bajo hormigón terrenos que equivalen a varios estadios de fútbol, los océanos han sido esquilmados, cada día desaparecen varias decenas de plantas y especies animales. El Sahara avanza incontenible hacia el sur, los suelos deforestados del Tigray etíope, de Corea del Norte, de Madagascar, desaparecen o los arrastran las corrientes. En los, poco tropicales ya, bosques de Brasil y del sur asiático campan los incendios, que atizan los fuegos para el desmonte, y los últimos majestuosos bosques altos de Canadá y de Nortea-

mérica proveen de celulosa a una enloquecida industria del embalaje y a periódicos que no dejan de engordar.

### *El sistema económico como aliado del desierto*

Es fácil ver que la crisis de la biosfera es al mismo tiempo (y sobre todo) una crisis cultural. El modo en que tratamos al planeta al menos la agudiza y la acelera. El sector "más progresista" de la humanidad aprueba un sistema económico (o se ve arrastrado por él) que contradice el principio básico de todos los sistemas vivos: la sintropía, es decir, el mejor aprovechamiento posible de la energía solar, que afluye constantemente a nuestro planeta. Este sistema económico es por tanto un aliado del desierto, y el estado final en el que desembocará su actividad roturadora será un mundo hecho de desechos, basura y veneno. Ninguna atrevida charla sobre la innovación, la era de la comunicación o instancias similares podrá modificar un ápice este patrón básico de nuestra actividad económica. Lo único que podrá hacer es atarnos aún más a nuestras ideas preconcebidas de lo que es el "progreso" mediante ofertas siempre renovadas de virtualidad y que resulte menos fácil reconocer el peligro que corre nuestra especie en ese mundo en vías de extinción, peligro que palidecerá en un mundo virtual programado por nosotros. Este mundo artificial, enajenado de toda producción auténtica, ya pasa hoy en el discurso político y social por la realidad decisiva. Quien hoy se llame "realista" quiere decir con ello que hace tiempo que ha desaparecido en ese mundo de repuesto, que ha cerrado tras de sí la puerta que conduce a la realidad de la biosfera y que le importan un comino sus peligros mortales, y posiblemente ya ni es capaz de concebirlos. Y la cuestión de la base de la vida, es decir, la

cuestión mortal, hace tiempo que desapareció también de las campañas electorales, de los debates parlamentarios y de los suplementos literarios.

Esto se ha visto reforzado por dos factores adicionales. En primer lugar, con el colapso del socialismo real ha surgido un perfil de crisis anticuado: los demonios de Peter Drucker han regresado. Seguramente nunca tantas personas se han sentido tan superfluas como hoy.

Y, segundo, gracias al factor productivo llamado ciencia, el mundo de la economía y de las finanzas no sólo se ha liberado plenamente de esa responsabilidad biosférica, sino de toda responsabilidad humana, y ahora orbita, encandilado, en torno al sol de los beneficios. La política, en la medida en que aún reflexiona, no es capaz ya de ocuparse de las previsiones de futuro a largo plazo; salta desesperada de un témpano de hielo a otro, atrapada en el mejor de los casos en la ilusión de que para asegurarse la necesaria mayoría hará falta algún vínculo histórico con el espíritu de los tiempos, lo que creará una posibilidad de futuro.

## *Las elites son las últimas en percibirlo*

Lamentablemente, pero con toda lógica, las llamadas elites, embriagadas por el DAX,* el aumento de la incidencia del cáncer y otros juegos de *status*, son las últimas en enterarse de lo que ocurre en esta casa nuestra, la biosfera. Basta escuchar las fanfarrias con que los neocaníbales de la desregulación atruenan al mundo desde sus cimas semánticas. Se atreven a proponer sin más que se les suministre aún más dinero y más libertad

* Índice bursátil alemán.

de corsario a los que se están comiendo el mundo, para que se lo puedan comer más deprisa; pues esto y sólo esto crea más puestos de trabajo, siendo desde luego irrelevante qué se produzca de bello, superfluo o incluso asesino en tales puestos de trabajo. Sin duda, la productividad de una hora de trabajo ha llegado entre tanto a ser tan alta (y la innovación la aumentará aún más), que un único puesto de trabajo cuesta millones, y resulta que en la ceremoniosa apertura de una planta química gigante en el apesadumbrado Este, el canciller federal debe correr doscientos metros por salas vacías para dar con un operario de mono azul y casco con el que hacerse la foto.

Ese "residuo del bienestar", según la definición de un alto cargo suizo, ese ochenta por ciento de la población que no tiene ninguna posibilidad de acceder a esos puestos millonarios, votan luego a la extrema derecha y matan a palos a los extranjeros. Contra esto no hay receta, como contra el recalentamiento del planeta, pero ya que no podemos alterar el rumbo del Titanic, arreglemos al menos un poco su banda musical.

Lo que resulta de esa ceguera de las elites, o lo que más bien no resulta, puede verse con enorme claridad en la última cumbre sobre el clima de Kioto. Allí hubo una pequeña fracción del poder financiero que apoyó los argumentos sobre la biosfera presentados por las organizaciones no gubernamentales (ONG): se trata de las aseguradoras. Éstas se ven directamente afectadas por el aumento de las tormentas e inundaciones: o bien tendrán que aumentar drásticamente las primas, o excluir de raíz de sus coberturas a regiones enteras y clases de objetos. (En Alemania los ecologistas activos saben que el Rück muniqués, una de las mayores empresas de su ramo, mantiene a un equipo medioambiental muy competente.)

Contra esos peligrosos esclarecedores se alzaron los batallones de los grupos de presión, sobre todo los del petróleo y la industria automovilística, y la potencia hegemónica de los Estados Unidos, cuya opinión pública está profundamente envenenada por los monopolios y sus aliados, los republicanos. El resultado ya se conoce: ya no cabe hablar de una acción realista, aunque sólo sea tentativa, para evitar o al menos desacelerar la catástrofe climática. Lo que quedó fue un poco de chalaneo con las reducciones de emisiones, y fue precisamente Al Gore el que las anunció, príncipe heredero de los demócratas para el 2000, que en una ocasión escribió un libro muy reflexivo sobre el equilibrio de la tierra. Ahora se somete, y encima empleando el tono altisonante de la convicción, pues ¿de dónde han de salir en dos años los dineros de la campaña electoral?

## *Los bárbaros, por ahora*

Mientras las elites del mundo de bienestar no noten nada (o no quieran notar nada), la fórmula hitleriana de la alternancia de los pueblos dominantes queda en manos de un mundo de bárbaros, un mundo que se barbariza más de año en año.

No hay más que hacer una lista de las regiones del mundo que en el transcurso de la última generación han perdido su naturaleza de Estado, que la han perdido enteramente o que son rehenes de la guerrilla o la contraguerrilla. La lista va de la A, de Afganistán, a la Z, de Zaire. Durante la Guerra Fría al menos cabía clasificar estos conflictos según los criterios del partidismo ideológico; desde que se terminó, el proceso no se ha calmado, sino más bien se ha acelerado. Esto comienza delante de la puerta

de nuestra casa, en Yugoslavia, y no termina en el Cáucaso, en el lago Victoria o en Chiapas. Y en todos estos lugares encontraremos al menos en uno de los bandos en conflicto, si no en ambos, la implícita veneración de la fórmula hitleriana: tenemos razón porque somos los mejores, porque somos los auténticos humanos, mientras que, por sus evidentes síntomas de minusvalía, nuestros enemigos se caracterizan como subhombres o no hombres. (Basta recordar el palabrerío inflado de historia, y lamentablemente también de religión, de los formadores de opinión serbios, y también el de los croatas durante los años más sangrientos.)

Como prueba la durabilidad de muchos de estos conflictos, esto puede ir bien mucho tiempo, es decir, muy mal; sobre todo cuando hay amplios intereses económicos en juego. Tanto en Chechenia como en Irak lo que está en juego es el petróleo, e incluso los medievales talibanes de Afganistán son meros peones en el juego por el acceso a los recursos de Asia Central. Todo esto sigue siendo filosofía de la explotación a corto y mediano plazo; el aliento largo lo dan allí los grandes institutos internacionales flanqueados por las potencias del comercio.

## *The White Man's Burden*

El bullir de este bárbaro caldo de cultivo ancestral, aunque esté más o menos inspirado en el nazismo, no satisface los criterios decisivos para la aplicación de la fórmula hitleriana.

Dichos criterios son los siguientes:

1. la comprensión de la historia como historia natural,
2. la constatación de que no hay recursos para todos, y

3. la asunción de la responsabilidad de la decisión de quién ha de intervenir, y cómo, en la gestión de los recursos cada vez más escasos del planeta y, con ello, en el futuro de la humanidad.

Cabría imaginar que reinos con miles de millones de habitantes, como China o la India, estarían dispuestos en un futuro muy lejano a asumir dicha responsabilidad (quizás antes la India que China, porque desde los desoladores tiempos de Indira Gandhi no ha vuelto a hacer ningún intento de controlar el crecimiento de su población). Debido a la esencial falsedad de los dirigentes políticos, no será fácil constatar si, y cuándo y con qué pretextos, se adopta tal decisión en favor de la agresión planetaria.

La historia de la civilización en su sentido más amplio permite sin embargo suponer que los líderes de opinión mundial de las próximas décadas seguirán perteneciendo a las naciones del bienestar del círculo atlántico europeo. A éste pertenece en primera línea la última superpotencia, los Estados Unidos. Desde este círculo se quiso formar, a partir de la gran moratoria de 1945, el escaso gobierno mundial que conocemos: las agencias de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, y la OMC, la Organización Mundial del Comercio.

Desde el fin oficial del colonialismo, sustituido por formas de gobierno mucho más cómodas, ha surgido en la cambiante jungla de proyectos de todo tipo, cuyos beneficiarios y sufridores casi siempre han sido los más pobres, una nueva "cultura sahib" internacional que ha revivido las imágenes más nobles del "fardo del hombre blanco" de Kipling (servicio en el exilio, educación de un Tercer Mundo protestón: "medio niños, medio diablos") y con ello también su racismo explícito o encubierto, que

llega hasta la caricatura. Los impulsos más satisfactorios para esta evolución procedieron y siguen procediendo del norte de Europa: no es casual que el primer secretario general de las Naciones Unidas se llamase Hammarsköld. Aquí hubo y hay un verdadero idealismo; que su fuelle sea la mala conciencia del Estado de bienestar no necesariamente ha de ser una desventaja. Pero forma parte de la problemática de la segunda mitad del siglo que el trabajo verdaderamente desinteresado (y también satisfactorio) pudiera y pueda crear y ahondar dependencias destructivas en los inmensos campos de la pobreza. "Ayuda para la autoayuda", el famoso ejemplo de los hambrientos a los que no se les da un pescado, sino que se les enseña a pescar: una y otra vez se atisba detrás la represiva tolerancia patriarcal de un mundo de sabihondos. Sabihondos muy cualificados y sin duda cargados de buenas intenciones.

### *El dilema de la "izquierda liberal"*

Dentro de las sociedades que fueron patria del capitalismo son legión los "liberales de izquierda", es decir, esa elegante minoría que gracias a los avances técnico industriales ha podido evitar los conflictos básicos por el pan, la cerveza y el vehículo móvil y que puede dedicarse a problemas más generales, y allí recluta su personal la "cultura sahib". A este estrato han de agradecerle además en última instancia su auge los movimientos de los Verdes. Son los únicos capaces de mantener con vida el debate en torno de la futura habitabilidad del planeta. Como también son los que más han internalizado los derechos humanos de 1789, estos liberales de izquierda (como los denominamos, generalizando) son hoy los portadores de lo que Hitler denostó y des-

preció como el "bacilo judío": los portadores del mensaje de la igualdad de todos los hombres, del derecho a la vida del débil, del debate siempre posible y necesario, y del factible y necesario equilibrio pacífico de intereses.

Pero al mismo tiempo este estrato es el portador de la conciencia de la finitud de los recursos, del sinsentido inherente al economicismo. Prepara a los activistas principales y oficiosos de la lucha por el medioambiente, envía a sus lanchas contra los cazadores de ballenas y los que vierten el ácido; sólo él asegura en última instancia la pervivencia de la perspectiva ecológica, cada vez más amenazada por la turbulencia desatada por esas potentes crisis de vida breve. Por eso siguió y sigue en la brecha más tiempo que los viejos conservadores, que en realidad deberían hacer suya la cuestión de la naturaleza esquilmada, de la creación amenazada, pero que hace tiempo constataron que el asunto conllevaría muchos sacrificios: ni el piano Bechstein ni el saloncito de música cabrían en el bote salvavidas.

Pero, una vez que esta autodestrucción por cuenta propia haya avanzado lo bastante, ¿podrán seguir aferrándose a su inocencia estos virtuosos liberales? Cuando se trate de arroz, pozos y patatas, cuando del embustero entramado de la *virtual reality* emerja el patrón real del combate humano por un lugar en la biosfera, ¿será capaz este puñado de virtuosos de plantarse ante el embate de la realidad?

## *El virtuoso californiano*

Hace poco ha aparecido la novela de un autor norteamericano cuya trama ilustra de manera diabólica estos problemas. Un californiano liberal de izquierdas, que vive en una urbanización

estéticamente intachable, que recicla concienzudamente su basura y se altera por la desaparición de las libertades civiles y el sentido democrático general, constata un día que abajo, en el cañón, justo al otro lado de la verja que protege su *gated communiy*, su condominio con vigilancia privada, han acampado un par de cientos de inmigrantes mexicanos ilegales. Sin querer atropella a una de las chicas, con el tragicómico y esperanzado nombre de América. ¿Qué le ocurrirá ahora? ¿Seguirá siendo liberal? Aunque no lo condene la ley, ¿hará caso omiso de la pérdida de valor de su propiedad y seguirá fiel a sus sentimientos más nobles?

El fácil imaginar cómo sigue la cosa; lógicamente, todo menos bien.

Cuando se trate por tanto de la definición de los que sobran, será fácil llegar a un consenso entre las clases dirigentes, las clases articuladoras de las modernas sociedades del bienestar, en el instante en que los sobrantes se perciban como una amenaza concreta del nivel de vida actual. Los que más tardarán son, como ya se ha dicho, los grandes señores en sus plantas de directivos; la madre negra que avanza con su bebé hambriento por la estepa calcinada tiene desde luego una imagen más correcta de la realidad que, digamos, el señor Schrempp en la oficina principal de Stuttgart de Daimler-Chrysler. Pero quizá también él conciba un día el peligro mundial que acecha tras las rejas de sus más hermosas cifras sobre volumen de negocios y beneficios (quizá también se lo contarán sus hijos e hijas liberales de izquierda, ¿quién sabe?). Éste será el momento de dar la patada a la vieja fórmula jeffersoniana del usufructo de las actuales generaciones. Entonces habrá que hacer una nueva elección moral, y descubriremos de pronto que es preciso actuar con responsabilidad frente a ese mundo no humano, frente a la sostenibilidad

de la vida orgánica, en suma, frente a todo aquello que el superejecutivo ha decidido, en virtud de los beneficios, mantener alejado de su vida y que como liberal posmaterialista ha tenido siempre en gran estima, aunque jamás lo haya tenido cerca. Entonces se le acercará de verdad, y entonces habría que actuar rápidamente y a conciencia.

En otras palabras: habrá que eliminar a ese ochenta por ciento de "residuos del bienestar" porque amenaza la pervivencia de la especie (Hitler lo llamó "mantenimiento de la especie") y una minoría (a la que naturalmente pertenecemos) habrá de asumir la responsabilidad, habrá de cargar con el fardo más pesado del hombre blanco, no sólo el de tutelar un mundo lleno de medio niños, medio diablos, sino además la de responsabilizarse de la biosfera, conservando, eso sí, ese nivel de vida propio tan merecido y empleando todos los medios que ofrecen la ciencia y la técnica. Para resumirlo: la nueva tarea, la nueva consigna es el "*planet management*".

## *Métodos refinados de vigilancia*

¿De qué instrumentos se servirá el *planet manager*? ¿Cómo puede concienciarse de su misión mientras las masas de sobrantes en torno de él gritan no sólo por su pan, sino por darle un sentido a sus vidas? ¿Si las masacres que se suceden sin tregua en todo el globo terminan desenmascarándose como batallas en la lucha por el agua y un suelo cultivable?

En primer lugar hay que vigilar, y hacerlo a conciencia. El Tercer Reich de Hitler montó un ingente aparato de escucha y espionaje teniendo en cuenta las circunstancias del momento, pero si se lo compara con lo que hizo Stalin, y desde luego con

las posibilidades de las que hoy disponemos, se trataba de una maquinaria enclenque y anticuada. Un ejemplo: había jóvenes que en medio de la guerra podían sustraerse durante años del servicio militar aprovechando la lentitud del sistema de avisos policial. La transmisión burocrática de un cambio de domicilio tardaba varias semanas, y el que lograse cambiar su lugar oficial de residencia antes de este lapso le daba en las narices al servicio de conscripción. Con la ayuda de un par de tíos o amigas dispuestos esto pudo hacerse durante años. (¡Compárese esto con el actual funcionamiento de los censos informatizados!) E incluso aunque no hubiera oficinas de empadronamiento (como ocurre por ejemplo en los Estados Unidos de América), sería posible recabar miles de datos personales a través de bancos, listas de *mailing*, aseguradoras, etc., lo que haría palidecer la eficacia de los nazis.

Añádase a ello las posibilidades técnicas que desde entonces han experimentado un desarrollo avasallador: nuevos aparatos de grabación de voz e imagen miniaturizados, identificación por la voz, la piel, análisis de ADN, rayos infrarrojos, la lista podría alargarse a gusto de cada cual.

Lamentablemente hay que admitir que la perfección que alcanzó el terror interior en el Tercer Reich debió mucho a los colaboradores voluntarios, a los vecinos y conocidos aficionados a las denuncias. El moderno *planet manager* ya no precisaría de una base popular tan amplia, le bastaría con un número relativamente pequeño de profesionales *high-tech*.

Por debajo bastaría con algunos cuadros medios bien pagados que asumirían la tarea de impedir cualquier ataque físico. Recibirían un estímulo adicional con una apropiada instrucción sobre los conocidos mecanismos sociopsicológicos del levantamiento anárquico espontáneo, que sigue respondiendo al viejo

esquema del odiado prójimo. En Los Ángeles, en 1992, durante la última y peligrosa revuelta de negros, les tocó el turno a los supermercados coreanos, es decir, los lugares más cercanos de explotación y discriminación. El bulevar Wilshire, o incluso Beverly Hills, donde se concentra la verdadera riqueza, no sólo gozaban de protección policial, protección tres veces mejor pagada que las fuerzas de la ciudad de Los Ángeles, sino que además garantizaban su seguridad las explanadas de la abstracción e inaccesibilidad que los alejaban de los cócteles molotov de los instigadores de la revuelta.

Algo parecido ocurrió recientemente en Yakarta, donde la laboriosa minoría china tuvo que pagar la desesperación de las masas; los complejos de los verdaderamente ricos, sobre todo los del clan de Suharto, estaban herméticamente cerrados.

### *Métodos refinados de selección*

También habrá que seleccionar. Bien, la causa de los derechos humanos ha hecho grandes progresos en la segunda mitad del siglo XX, no hay duda. Pueden ser incluidos, pues los bastos métodos de la Shoah estarán de más y no se emplearán más que en casos extremos.

Y, sin embargo, se selecciona. Aquí y ahora.

En ocasiones, la selección se realiza de un modo extremadamente concreto, y entonces se demuestra que sigue operando según los viejos criterios. Rupert Neudeck, el iniciador de la ayuda "Cap Anamur", ha indicado recientemente que en las grandes masacres de Ruanda hubo quien tuvo los reflejos de hacer salir en avión primero a los blancos –incluidas las monjas belgas, que permitieron semejante trato preferente en lo racista, no muy

acorde con los votos de su orden–. Se llegó entonces a situaciones tan grotescas pero características como hacer esperar a un diplomático norteamericano porque era de piel negra, por lo que automáticamente fue clasificado entre los sobrantes.

Las potencias financieras transnacionales seleccionan incluso antes cuando se trata del aplazamiento de los créditos, de la deuda de los más pobres, de las condiciones para seguir suministrando bienestar.

También seleccionan los acuerdos GATT, que constituyen el modo más seguro y menos llamativo de exterminio de las pocas sociedades y culturas tradicionales que aún existen.

También hay selección en las fronteras del pacto de Schengen, en los aeropuertos alemanes, donde el derecho de asilo alemán, antaño muy liberal, se ha convertido en un purgatorio burocrático. El sentido de esta selección es la conservación de ese gradiente de bienestar que surge, entre otros factores, por la selección previa, a saber, los *terms of trade*, las condiciones del comercio internacional.

Y se selecciona con una minuciosidad y amplitud nunca vista sobre todo en el mundo laboral. La cualificación, admitida durante milenios, de un ser normal con voluntad de trabajar, que dispone de músculos fuertes, manos hábiles y cierta resistencia, se ha vuelto totalmente irrelevante. Se está partiendo del presupuesto de que la producción deseada de la economía mundial puede satisfacerla, gracias a las últimas innovaciones científico técnicas, un veinte por ciento de la población del mundo. Al resto lo custodia de momento la ya algo torpona sociedad de vigilancia y oclusión de los Estados nación, pero cabe prever que algún día habrá que deshacerse de él.

Pero también hay selección en los pisos más altos de la economía mundial. Los grandes dinosaurios que llevan los nom-

bres de las grandes empresas y multinacionales se engullen mutuamente mediante OPAs más o menos amables, con lo que poco a poco se va perfilando el estado terminal de los grandes capitalistas globales. Algunos valerosos servicios y tribunales de defensa de la competencia tratan de frenar esta tendencia al menos en parte, pero no parecen tener mucha suerte. En este jueguecito el círculo que establece las reglas económicas ha importado las reglas de la reina cruel; que en todo ello veamos truncados muchos destinos es inevitable, y por tanto poco interesante, y como mucho se intenta solventar con los llamados planes sociales. El capitalista global que llegue al final de la cadena de la selección podrá erigirse en *planet manager* y hacer el balance final, que tarde o temprano parece obligado.

Y se selecciona cada vez más (para descender a la vida cotidiana de los ciudadanos del bienestar) entre los no nacidos.

Recordemos: el único alzamiento parcialmente exitoso contra la inhumanidad del hitlerismo fue el rechazo del asesinato de los niños discapacitados. Allí actuaba el amor, el amor hacia aquellos que quizá no fueran deseados, pero que sí fueron amados (porque también Dios los amaba, ¿quién sabe?). Y el amor dio valor para lo inusual, para salirse del consenso de la nueva barbarie. Al oponerse a esta selección los padres, los hermanos, los miembros de su comunidad, afirmaron la libertad de lo que les había sido asignado, el niño minusválido.

Si la medicina sigue evolucionando como hasta ahora (y no parece haber motivos para dudarlo), entonces semejante negativa no será siquiera necesaria ante la falta de un objeto vivo, no tendrá lugar, y ni siquiera será imaginable. Gracias a los avances del diagnóstico prenatal, el drama de la selección se efectuará en el recogimiento de las prácticas ginecológicas, cuando lo avengan el médico y la futura madre.

Cierto, esto ya no es terror que viene de afuera, o de arriba, es un nivel distinto de decisión. Pero ¿es seguro, es siquiera imaginable que los criterios de una sociedad fría y fraccionada, formada por el economicismo y el consumismo *no* se inmiscuirán en las decisiones que adopten madre y médico? Cuando ocurre por ejemplo que Peter A. Singer, defensor de la planificación familiar activa, es decir, del aborto de niños con taras graves, postula como criterio ético la *happy family*, que sin duda ha de entenderse como la familia burguesa normal, ¿no impide esto la posible dicha que implica la convivencia con un niño frágil, pero amoroso? ¿No estamos eliminando *a priori* esta dicha, que se le hurta no sólo al niño, sino a su familia? ¿Y no quedan anuladas por principio, o al menos discriminadas, ciertas estructuras sociales, como por ejemplo la de los negros africanos, para los que estos niños curiosamente extraños eran "santos"? La "normalidad" ha sido y sigue siendo un asunto muy tiránico.

Por supuesto también seleccionan los servicios de sanidad. Los ricos siempre han gozado de los privilegios que les corresponden, incluso en lo que toca al médico de cabecera; pero las injusticias que ha desmontado la seguridad social quedan anuladas por la avalancha de gastos de esta medicina de aparatos. Las consecuencias se palpan en casi todos los países.

También se selecciona entre los ancianos, y de modos diversos. A primera vista parece que la medicina moderna no tiene un objetivo más relevante que el de aplazar en lo posible el momento de la muerte; pero éste es un criterio muy mecánico de humanidad. La selección comienza ya con el alojamiento y la atención que reciben los viejos; los cuidados en la familia se convierten cada vez más en casos extraordinarios, y mucho depende ya de en qué asilo, fundación o residencia de ancianos pasen, o deban pasar, sus últimos años. Por supuesto, esta selección se rige por

la capacidad de pago del atendido y de su familia: ésta es la que decide la mayor o menor brutalidad de su tratamiento.

Pero también se selecciona en el momento en que se decide sobre el número, naturaleza y efectividad de los aparatos que prolongan la vida. Aquí el sistema carece de escrúpulos, ni el moribundo (si es que aún puede manifestarse) ni sus parientes ni los médicos pueden aquí ampararse tras la excusa del desvalimiento: hay que adoptar decisiones que implican un sí o un no, activar el conmutador X o la sonda Y.

Y se crearán nuevas formas de selección que nos quitarán el aliento gracias al perfeccionamiento del tejemaneje de la ingeniería genética. El concepto hitleriano de raza y su obsesión con la raza parecerán entonces doblemente anticuados. Con las posibilidades de planificación que cabe obtener de los mapas genéticos, la raza dominante podrá crear a su antojo la necesaria infraestructura humana que sustentará la cúspide de los portadores de logros y de cultura.

No tiene sentido romperse la cabeza sobre el lugar que ocupará en el futuro dicha raza dominante en un mundo hitleriano y sostenible, qué funciones cumpliría. Hay algunos indicios, que son las sombras de esos equipos especiales de vigilancia que custodian las *gated communities* de las que ya hemos hablado. Y también existen ya ejércitos mercenarios que se organizan como empresas, concluyen contratos con jefes de Estado o líderes rebeldes débiles o amenazados, y que reciben su pago generalmente mediante concesiones para la explotación de minas o pozos petrolíferos. En África operan al menos desde hace tiempo en los núcleos originarios de los conflictos entre Zaire y el Congo; en las guerras civiles de Liberia, Angola y Mozambique desempeñaron un papel en absoluto insignificante, pero que rara vez se ha debatido abiertamente.

*La cuestión del consenso*

La pregunta política que se le plantea al *planet manager* de las sociedades del bienestar es naturalmente la cuestión del posible consenso de los principales grupos sociales. Si se diera la inevitable confrontación con la realidad vital del planeta, ¿cabe contar con que estos grupos renunciarán a los logros sustanciales de su historia, como por ejemplo los derechos humanos o la protección de las minorías desfavorecidas en aras de la salvación de la civilización (y de su propio nivel de vida)?

Mi opinión es que por supuesto.

Recordemos la situación de la mayoría fiel al Estado alemán entre 1933 y 1934. Paso a paso se la acostumbró a venerar a la reina cruel, olvidando (o reprimiendo) las lecciones del mensaje judío humanista, se preparó y se dispuso para la Segunda Guerra Mundial, la guerra bárbara, la que tenía por objetivo la conservación a largo plazo de la especie, guerra que soportó sin grandes rebeliones hasta su amargo final.

Y eso que no estaba en absoluto dispuesta o preparada a renunciar a los viejos ritos y a sus dulces hábitos, incluso si contradecían la nueva y cruel religión. Éstos se prestaban divinamente a fomentar lo que precisa el hitlerismo del futuro: la parcelación de los individuos en mundos diversos y con ello la parcelación de la responsabilidad, que sólo fue acercándose a Auschwitz en pequeños fragmentos que se reflejaron en cada uno de los soldados, de los trabajadores especializados de las fábricas de munición, de los peones de las carreteras del Reich.

Hoy, tras medio siglo de modernización, la responsabilidad moral se ha compartimentado infinitamente más. El piloto del bombardero, el especialista en misiles, el investigador de armas C, el controlador de las centrales nucleares, el *fix trader* delante

de su ordenador personal, el representante regional de una empresa de química agrícola, todos ellos hacen negocios con un potencial asesino, pero todos ellos protestarían airados si los clasificáramos bajo la categoría tradicional de los asesinos a sueldo.

Es un hecho que el sistema en el que vivimos, el mundo de la fórmula jeffersoniana y del puro economicismo, es moralmente indefendible. Vive de apropiaciones hechas a lo grande, apropiación de recursos, de energías, de ancestrales morales campesinas. En el medio siglo en el que reina de forma incontestada (también en los territorios del realsocialismo reinó, aunque en una versión hereje), ha hecho que el mundo sea menos fértil, más frío, más corrupto y más exigente. Este mundo del bienestar está mucho menos preparado para rechazar la oferta básica de la fórmula hitleriana de lo que lo estaba la confundida sociedad de 1933. La cesta de productos del llamado mínimo existencial se ha ampliado lo indecible, y además se ha convertido en el verdadero eje de la política. Y los ideales de la sociedad también se han adaptado: apenas podemos hablar ya de una moral sexual o de una moral de los negocios, y el hombre ideal, con su credo neocaníbal, es en último término el frágil antisocial, el bolsista o el *yuppie* enganchado a los medios de comunicación que pega al parachoques de su Porsche Boxsters una pegatina que dice "¡Vuestra pobreza me asquea!". No tiene sentido esperar de semejantes prototipos de la nueva flexibilidad alguna clase de resistencia humana contra los guerreros de la reina cruel.

Y así, vivimos en el sistema más efímero, pero más destructivo, de convivencia humana con la biosfera que jamás se diseñara, en un Titanic que avanza a toda máquina. Nos lleva a una velocidad creciente hacia un iceberg que lleva escrita la frase del filósofo Hans Jonas: *¿Debemos ser inhumanos para seguir siendo humanos?*

# XI
# RESUMEN
## LA GRAN MÁCULA

¿Debemos ser inhumanos para seguir siendo humanos?

Como programático y como político, Hitler respondió con un sí decidido a esta pregunta. No sólo se plegó a las exigencias del mundo natural, tal y como lo entendía él, sino que lo mistificó en forma de reina cruel cuyo mariscal y ejecutor quiso ser en aras de la conservación de la especie humana (tal fue su objetivo político supremo, según sus propias palabras). Declaró archienemigos de esta conservación a los judíos, pero en realidad se refería al mensaje judío humanista, el mensaje de la disposición pacífica, de la conservación de la vida frágil y enferma, de la necesidad de debatir y de establecer acuerdos. Fue capaz de arrastrar a un pueblo desilusionado porque fue el espíritu de su tiempo el que le insufló estas ideas y porque le prometió a ese pueblo que gracias a la aplicación de su fórmula se convertiría en guía de la especie y de la cultura humana más excelsa, con todos los privilegios que se derivan de tal cargo para los dominadores.

Como sabía muy poco de la situación interna real del mundo, sobre todo del mundo occidental democrático, como quería comprimir, con hipocondríaco apremio, sus planes de siglos, de milenios, en una única vida, y como la base de poder que le ofrecía Alemania era demasiado exigua para sus planes, fracasó. Y, sin embargo, pensó que podría solventar el punto central, la misión esencial de su servicio a la reina cruel, su aportación a la histo-

ria natural: el exterminio de la existencia judía como premisa para la aniquilación del mensaje humanista y, con ello, de la verdadera y última amenaza mundial.

¿Debemos convertirnos en monstruos para salvar a la humanidad?

Pol Pot compartía decididamente la opinión de Hitler. Stalin y Mao Tse-Tung seguramente también, aunque no lo admitieran, pero sus modos iban en la misma dirección. Estos dictadores inhumanos se propusieron responder a una pregunta a la que no quiso enfrentarse el universo de la Carta Atlántica, el universo del gran imperio blanco occidental, en el que aún vivimos: ¿sobrevivirá la humanidad a sus propios avances? Y, ¿cuál será el coste de tal supervivencia en cuanto a confort, dignidad, derechos humanos, en autodeterminación?

### *¿Hitler redivivus?*

Por fortuna, los programas de todos estos dictadores estaban llenos de lagunas y contradicciones, y la humanidad se deshizo de ellos. Pero mientras no encontremos una respuesta más humana a la pregunta de Hans Jonas, Drácula sigue vivo bajo los escombros del sótano.

O bien deambula cual fantasma con nuevos disfraces por el siglo que termina: como bárbaro cabecilla de un supuesto pueblo dominador, como asesino fundamentalista, como acerado *planet manager* con mejores y más discretos métodos de vigilancia y selección. Por mil caminos y de mil maneras sutiles ya se emplean hoy estos métodos, y la aprobación expresa o tácita siempre se produce en el marco de una componenda, de un *commercium*: libertad y dignidad contra seguridad. Pero cuando veamos

cuán frágil es esta seguridad frente a nuestro amenazado sustrato vital, constataremos la verdadera consistencia de los derechos humanos arraigados en las formulaciones de las Naciones Unidas, y la consistencia del derecho que esgrimimos a vernos libres de todo temor y miseria.

Y sólo entonces quedará claro qué clase de acontecimiento histórico fue Auschwitz; no una catástrofe natural sin vínculo alguno con el devenir ordinario de la historia, sino una anticipación aún primitiva de una opción posible del siglo que comienza.

No bastará con la "elaboración racional del pasado". Tras las vaporosas actas, las cajas de fotos, los precipitados lemas y consignas surgirá de nuevo la pregunta por el verdadero significado de Hitler. Y las benévolas aseveraciones del debate del "¿cómo pudo ocurrir?", de cuán lejos está la Alemania de hoy de aquellos terribles años, de cuánto más democrática, tolerante y crítica se ha vuelto, dejarán de tener relevancia para el tema. Pues se tratará entonces de mucho más que de localizar la fórmula hitleriana en algún lugar de Centroeuropa. De lo que se trata es de su actualidad en el siglo XXI y de las posibilidades que tenemos de evitarla.

### *¿Qué será del mensaje humano?*

El futuro gran *planet manager* se enfrenta a una gran desventaja: no lo tiene tan fácil como en su día Hitler para acusar al archienemigo, para desenmascararlo como el bacilo mortal y cabeza de turco, como víctima sacrificial. Y este odiado bacilo era, como hemos visto, un mensaje, precisamente el mensaje de que cabía vencer a la reina cruel, de la posibilidad de proteger a los débiles y desfavorecidos frente a su principio aristocrático, el men-

saje de la emancipación básica de las modalidades del trato humano de las normas de la naturaleza.

Durante las décadas de la gran moratoria este mensaje fue elevado al rango de doctrina oficial de la humanidad, en parte desde luego ante la impresión todavía fresca de los horrores nazis. Pero a la larga no podrá hurtarse a la cuestión de la sostenibilidad: ¿qué ocurrirá cuando choque con las reglas de la naturaleza, cuando se agote nuestro crédito de energías y recursos en este mundo artificial creado por la civilización dominadora? ¿Nos las veremos entonces irremisiblemente con los ojos compuestos de la reina cruel, o logrará la humanidad como un todo concebir la naturaleza y sus órdenes como una exigencia *cultural* dirigida a todos, como exigencia encaminada a la creación de un ser humano nuevo, verdaderamente maduro, capaz de vivir en simbiosis con todas sus facetas? Y ¿podremos hacerlo sin delegar, a costa de mucho sufrimiento y muertes, en un "maestro alemán"?

Hitler ofrece un truco espantosamente barato, el truco de la barbarie modernizada: vida de pueblo dominador a costa de todos los demás, como privilegio por la conservación de la especie, por la sustentación del reino de los mil años. Su dominio fue breve, no pudo mantenerse, pero nada ni nadie refutó tampoco su fórmula. Pero perdura el peligro de que, una vez depurada de la absurdidad de sus magnitudes de cálculo y provista de conocimientos y técnicas de dominio muy mejorados, se exponga a la irritación que está produciendo una miseria mucho más grave, y que sólo los más perspicaces la reconozcan como la vieja fórmula de Hitler.

Necesitamos una cultura enteramente nueva para ofrecerle una resistencia coherente, y ésta tendrá que apoyarse en una fórmula enteramente distinta.

Pues se trata en último término de la esencia de nuestro sustrato vital, en el que existimos como "vida que quiere vivir" (Albert Schweitzer). La muerte es un *modus operandi* más de esa vida. Olvidarse de esto es necio y peligroso. Pero la alternativa no es un campo de batalla en el que todos luchen contra todos. Ninguna especie sobrevive gracias a la muerte del resto de los seres, ni siquiera una raza dominante; ese fue y sigue siento el punto débil del vulgo darwinismo de Hitler. Pero esto también pone fin a la posibilidad de la vieja e ingenua fórmula jeffersoniana del usufructo indiscriminado.

Lo que debemos desarrollar es una nueva solidaridad con la biosfera, el sustrato de la vida, que se apoye en el conocimiento y en la humildad. Ni el darwinismo de cualquier tipo de neocaníbal encontrará un lugar en ella, ni la ingenua doctrina de la mano invisible, o la descabellada esperanza de una salvación escatológica que venga de afuera y de arriba (otro espectro que merodea por muchas almas secularizadas).

Si todavía se trata de encontrar una fórmula global, entonces ésta rezaría: *El ser humano puede seguir siendo la corona de la creación si comprende que no lo es.*

*Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*, de Carl Amery,
ha sido compuesto en tipos Baskerville Berthold, según
diseño de Enric Satué, en los talleres de Cromotex.
La encuadernación se hizo en los talleres
de Hermanos Ramos, y se terminó de imprimir
en Gráficas Palermo, en Madrid,
el 17 de octubre de 2002.



*Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*

**Frente a la tendencia generalizada de interpretar el período del Tercer Reich como una excepcionalidad histórica, como un tumor crecido en el corazón de la civilizada sociedad occidental, este ensayo rastrea los fundamentos "científicos" y "filosóficos" así como el ambiente social en los que se cimentó el engrudo teórico del nazismo y avisa de su pervivencia en el seno de la sociedad contemporánea. La tentación de un nuevo *planet manager* sigue vigente en un mundo en que la injusticia, las migraciones y la devastación ecológica parecen problemas inabordables desde las sociedades democráticas. Como respuesta a esta barbarie, Carl Amery propone el desarrollo de una "nueva solidaridad" con la biosfera, el sustrato de la vida, que se apoye en el conocimiento y en la humildad.**

**"La fuerza de este libro reside en su impecable narrativa, en la originalidad de sus planteamientos sobre Hitler y en el diálogo que entabla con la gente de la calle."**
***Die Gazette***




**COLECCIÓN NOEMA**

**PVP 15,50€**